

Colección Miscelánea

Relatos en un reloj de arena



e-*Dit*ARX
PUBLICACIONES DIGITALES

Relatos en un reloj de arena (II)

© Del texto: los autores

© De la edición e ilustraciones: e-DitARX Publicaciones digitales

Quedan prohibidos, dentro de los límites contemplados por la legislación vigente, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea informático o mecánico, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la previa autorización por escrito de los titulares.

ISBN 978-84-941758-4-8

Depósito Legal: CS 69-2015

Índice

Leyenda	7
Raúl Gómez Lozano	
Las voces mudas	11
Ricardo Giraldez	
Valencia-Sarajevo	34
Pedro Gascón	
Pampagonía	41
Rodrigo Torres Quezada	
El guardián de Al-Huasta	58
Antonio Jesús Ruiz Munuera	
La joven de la Alhambra	66
José F. Cuenca	
Breve esbozo biográfico sobre Nogales Escolha	76
Ignacio Sánchez-Oro Castellano	
Un cuento, dos relatos (II). La niña de la parra.	98
Xiomary Urbáez	
En el transcurso de un año	108
J. Miguel G. Martín	
Mal de amores	134
Esther Domínguez	

El César de Castilla	150
Arkaitz Lemur	
Confesiones de una reina	156
Rebeca Martín Gil	
Los relatos vistos por sus autores	166
Presentación de los autores	176
Nota final	186

Prólogo de la editorial

Con *Relatos en un reloj de arena (I y II)*, iniciamos nuestra Colección Miscelánea, la cual surgió con el objetivo de agrupar publicaciones relacionadas con la Historia y el Patrimonio Cultural, haciendo especial hincapié en obras literarias que proporcionen al lector un acercamiento al pasado y a este rico patrimonio que, a veces, por desconocido y poco valorado, acaba siendo destruido y olvidado.

El I Certamen de relatos breves de ficción histórica, nació con este claro propósito y ha sido para nosotros un gran alegría, recibir un centenar de relatos de escritores que comparten nuestra forma de sentir la historia. Ellos nos han acercado a hechos y personajes históricos, en ocasiones cercanos y a veces desconocidos o extraños para nosotros, combinando realidad y fantasía, pero siempre sorprendentes y originales.

Por todo ello y desde estas páginas, queremos dar las gracias a todos los autores que nos enviaron sus relatos porque, sin su amor por la Escritura y la Historia, nuestro proyecto no tendría sentido. Por último, queremos dar las gracias a nuestro equipo de colaboradores externos que han asumido la difícil tarea de evaluar cada uno de los relatos recibidos y a todos aquellos amigos que nos han apoyado en este complejo proyecto llamado e-DitARX Publicaciones Digitales.

Leyenda



Raúl Gómez Lozano

«Escupo sangre por tercera vez. Ya casi no duele.

»Te añoro, Isabel, y las heridas que me produce el pensar que no te volveré a ver son más profundas que las que me han ocasionado los infieles. No nadaré en el azul de tus ojos en la otra vida, mi ángel, pues no hubo sacrificio en mi lucha; la hoja de mi espada no les señalaba el camino del Altísimo a los hijos del Al-Ándalus. Solo tú has guiado mi brazo y mi corazón con la única finalidad de encontrarnos de nuevo.

»Encima del frío suelo de la cueva que nos sirve de refugio, decenas de hombres esperamos que el manto de la oscuridad venga a cubrirnos. A lo lejos se oyen gritos de los soldados que se convertirán en almas perdidas. Solo éramos trescientos; ellos se cuentan por miles. Cientos de miles, según aquellos que ensalzarán nuestros actos a la altura de leyenda. Pero no hay heroicidad en nuestros llantos. Algunos de los que están a mi lado no han rozado nunca la piel de una mujer. Afortunados ellos, que no tienen sed de amor. Mi alma, mientras, se agrieta ante el recuerdo de la frescura de tus labios.

»"iDe mayor número estaba formado el ejército persa, y huyeron como ratas ante trescientos valientes!", nos grita una y otra vez Pelayo, olvidando

que Leónidas y sus hombres sucumbieron al paso del tiempo y al arder de sus heridas. Nosotros no somos grandes guerreros como lo fueron ellos; solo humildes ciudadanos. Mi único deseo era seguir herrando, y acompañarte cada tarde al río, donde bañabas tus pies desnudos entre risas. Allí soñabas, inocente, en ser una princesa y yo tu príncipe valeroso, mientras me prometía a mí mismo que lucharía por conquistarte cada día. Tú no querías que me marchase, ni yo la eternidad.

»Se oyen gritos de alegría fuera. La avanzada sarracena ha retrocedido. He perdido la vista, pero oigo como traen a varios compañeros más. Distingo diez o doce voces. Ninguno de ellos vivirá; nuestros cuidados no se los daríamos ni a los perros. No hay tiempo para hombres heridos. La lucha sigue. Nuestra batalla es más grande que nosotros, y está destinada a pervivir en el tiempo.

»La desesperanza me abraza, Isabel. Cuando mi última víctima cayó, se le partió el yelmo. No era más que un niño. Mientras observaba sus ojos inertes, pensaba que quizá en su aldea le estará esperando una joven reina mora, que nunca lo verá regresar. Yo tampoco volveré a tu lado, mi ángel. Ni en esta vida, ni en la otra. No hay nobleza en unos asesinatos. El Señor no puede cobijar mi alma. Los llantos de mis compañeros son profundos; provienen de sus espíritus, más heridos que sus cuerpos. Tarde lo entendemos. Por nuestro Dios, dijeron, pero Él siempre miró hacia otro lado».

«Alaridos de júbilo. ¿Es posible?»

—¡Hijos míos! —El monarca siempre nos llama así cuando le embarga la euforia— ¡Nuestra victoria ha llegado! Dios ha obrado el milagro. ¡Nuestro Señor nos da una nueva oportunidad para la reconquista!

«Las fuerzas me fallan, Isabel. Me voy. Y lo hago escuchando cómo Pelayo blasfema al Creador, cegado por su entusiasmo. Sin embargo, anhelo que, en su Infinito Perdón, la última frase de nuestro rey sea cierta».

Las voces mudas



Ricardo Giraldez

Era entrada la noche. La fortaleza estaba dormida de voces y de movimientos. Se hubiera dicho muerta de toda terrena ambición; pero la fortaleza era la Mota: un gigante que aun dormido continuaba lucubrando sueños de dominio, poder y grandeza en la noche castellana de Medina del Campo. Sus mil bocas mudas, sus mil ojos ciegos y sus mil oídos de piedra sólo semejan estar sellados. Toda quietud y calma es mera apariencia en el coloso; engañosa apariencia. Una gran ansiedad se agita en el silencio nocturno. Sombras dentro de las sombras se mueven con suavidad de seda, y, al pie de la gran torre de homenaje, voces sordas susurran secretas consignas bajo el ojo ciego de una luna nueva.

De pronto, el silencio aparente se quiebra en el sonido hueco y lejano de un cuerno. ¡Es una señal! Y la trama comienza a hilvanarse. Algo está por ocurrir. Alguien a punto está de añadir un nuevo capítulo a su existencia de leyenda.

Desde la ventana del piso superior de la gran torre se tiende una cuerda. Hay un viboreo en el aire, un latigazo ahogado e incierto y luego es un trozo de noche que se descuelga en el vacío. La altura es considerable, el descenso vertiginoso y los jadeos son de

fiera reptante. Rachas de un viento acerado balancean la silueta de un extremo a otro; los pies muerden los sillares de los muros; restos de piedra se desprenden tras cada empellón para precipitarse en un abismo que llama y atrae a un abismo aún mayor.

Y el silencio...; el engañoso silencio de la Mota...; el silencio siempre traidor.

Dentro de la fortaleza se ha descubierto una cuerda tensa atada sospechosamente a los barrotes. Y al tiempo que dan la voz de alarma la cuerda es segada de un refilonazo.

A doce metros del fondo todavía, a doce metros de la evasión o de la muerte, la silueta del prófugo que pendía en el aire se derrumba como un peso muerto para ir a dar al fondo del foso. ¡Es una caída tremenda! Hay gemidos de un dolor indecible ahogados en las aguas turbias y pestilentes. Se precisa de una gran presencia de ánimo para contener el padecimiento. Quien se debate por su vida en esa crucial hora, la tiene.

Los que aguardaban apostados bajo la torre en sus cabalgaduras, aquellos mismos que hicieran sonar el cuerno de aviso, se aprestan ya a socorrer al caído.

La víctima tiene los huesos de los tobillos dislocados, las manos descarnadas y la sangre se confunde en su rostro con el lodo. Apenas si un grado de conciencia le asiste todavía cuando es izado del suelo y acomodado penosamente sobre uno de los caballos.

¡Y la galopada infernal comienza! Millas de penoso trayecto median entre la fortaleza y Villalón, feudo del conde de Benavente. Él ha sido el cerebro de la fuga. Él es quien aguarda expectante en su palacio. Quien cabalga maltrecho hacia allí, sostenido en su montura desde ambos flancos por sus cómplices,

con el rostro besando las crines, no es otro que el duque de Valentinois, ex Señor de la Romaña y Con-faloniero de la Iglesia; él es nada menos que César Borgia.

Un fantasma anda suelto en la noche de Medina del Campo tras años de sepulcral confinamiento. Un fantasma acaba de retornar al mundo de los vivos.

Al principio tuvo sólo la noción de un cierto alivio que se parecía mucho al bienestar; una paz profunda surgida del raro sentimiento de seguridad. Luego percibió suspiros y voces vagas a su alrededor, que parecían llegarle desde muy lejos, como a través de un sueño. El acre olor a encierro, a pócimas y mixturas enrarecía la atmósfera. Pronto, esos olores, esos suspiros y esas voces se fueron haciendo cada vez más cercanos y reales, parecieron cobrar densidad y nitidez. Hasta que finalmente el paciente abrió los ojos al mundo, después de haberlos tenido sellados durante dos días. La luz pareció demasiado en un principio para sus débiles pupilas, lo tuvo todavía a ciegas unos momentos; al cabo, dos siluetas borrosas comenzaron a aclararse y César reconoció a una de ellas. Era el conde de Benavente.

—De nuevo con nosotros, mi querido duque —rompió éste con una voz firme y varonil, apenas ver los ojos de César abiertos—. Y por lo que me asegura esta bruja, con buenas perspectivas de ponerse muy pronto de pie.

La «bruja» no era otra que la anciana que se había ocupado de las heridas de César desde su furtiva llegada al palacio. Una curandera que, en propias

palabras del conde, valía más que el mejor reputado matasanos de la corte, y la rápida mejora del paciente no hacía sino corroborar esto. Había sido una ardua labor despegar las ropas adheridas a las carnes, quitar los pulpejos ulcerados de los dedos, inmovilizar los tobillos... Y todo parecía haber sido hecho con acierto.

—Terribles heridas, Excelencia —intervino la curandera—. Por poco no llegan al hueso. Por muy poco, mirad.

César balbuceó algunas palabras de agradecimiento...

—Nada de eso —lo interrumpió el de Benavente—. Soy yo quien se siente honrado con la presencia de hombre tan ilustre en mi morada, y feliz de poder rendirle un servicio. Ocúpese sólo de restablecerse y ello será suficiente retribución. Ya hablaremos de nuestros asuntos cuando esté más repuesto. Por el momento... descanse y recobre fuerzas. Y haga de cuenta que está en su casa. En cuanto al aspecto de esta vieja; no alimente resquemores y déjela hacer sin cuidados. Lo que tiene en años y fealdad lo tiene en ciencia. Hongos purulentos, raíces velludas, hierbas intratables, flores insólitas, no hay yuyo que guarde secretos para ella. Créame, yo la he visto poner de pie caballos derrenegados por cuya suerte nadie habría dado un maravedí. Déjela hacer, y pronto estará comandando ejércitos nuevamente. ¿Bajo qué bandera?... Esto ya tendremos tiempo de hablarlo. Ahora descanse. Yo debo atender unos asuntos que me reclaman con urgencia... Y recuerde..., está en su casa.

El conde se retiró, no sin antes hacer llamar a los criados y dar órdenes precisas de que sirviesen de comer al huésped. César se incorporó un poco sobre el lecho, y luego de examinar a la vieja que se halla-

ba muy entretenida retirando vendajes de sus pies, lanzó una mirada abarcadora sobre esa habitación a la cual, no ignoraba, quedaría reducido su mundo durante los próximos días. No era un mundo muy vasto, a decir verdad, pese a tratarse de un recinto bastante espacioso. Sólidas columnas de pórfido sostenían el techo artesonado de muy bella talla, cuya rica decoración contrastaba vivamente con el mobiliario austero. Al pie de la gran cama, un arcón, dos o tres sillones de cadera en las esquinas, un bargueño, algunos bancos y un hogar crepitante. Sobre la encarnada alfombra, proyectadas a través de los cristales, unas pequeñas e inquietas motas de luz semejabán un mísero recuerdo del ardiente sol castellano. Fue recién entonces, al llevar la mirada hacia la ventana, que reparó César en la figura diminuta que se hallaba medio recostada sobre el alféizar, chupando una naranja y sin apartar los ojos de él.

—¿Quién es la niña? —preguntó a la anciana.

—¿Qué niña? —replicó ésta sin entender.

Y luego de volverse hacia donde señalaba la mirada del duque.

—¡Ah, esa! —resopló con gesto de fastidio, para añadir luego, en tono despectivo—: Ni vale la pena que le prestéis atención... Es una mala hierba de estos malos campos, una de esas que brotan siempre donde nadie las requiere. Su Excelencia, el conde, en su gran magnanimidad, la ha acogido bajo su techo, y aquí se le deja hacer lo que le place. Vaya a saber una la razón... Va y viene sin rendir cuentas a nadie excepto al conde, que, por otra parte, poco se ocupa de la arrapieza... La muy entrometida... Si me lo preguntáis, yo ya la habría puesto de patitas en la calle... Pero el conde ha de tener razones que una no conoce, o que

mejor prefiere ignorar. Como sea, aun cuando fisgona, es silenciosa. No le oiréis decir palabra y podéis hablar en su presencia sin cuidado. Pues la mocosa... es sordomuda.

César se quedó contemplando muy fijamente a la niña unos momentos, pero ella no pareció intimidada. Por el contrario; tenía unos ojos fuertes, negros y profundos como un abismo. Unos ojos en los cuales podían agotarse muchas miradas. Y no los apartaba un momento de los del duque. Lo estudiaba con suma atención. En cuanto a su aspecto, vestía descuidadamente, llevaba sucio el rostro muy moreno, y sus pies, también sucios, iban desnudos como una mano. Era bonita sin embargo, pero de un tipo fiero, agresivo, áspero.

—¿Y cuál es el nombre de la mocosa? —inquirió César tras quedarse suspenso un buen rato en la contemplación de la niña.

—¿Nombre? Ni eso tiene... Nadie conoce el tronco obscuro del cual ha caído ese fruto salvaje, aunque se murmuran cosas... A más de esto, todos la llaman «la Bastarda»; pero, como os dije, poco y nada se ocupan aquí de ella. Es una paria que a nadie importa y que suele hacer lo que mejor le viene en gana, ya sea fuera de palacio, donde vaga por calles y campos a placer, como dentro de estos muros donde siempre está importunando a todo el mundo.

«La Bastarda». César no era indiferente al apelativo; muchas veces, ya desde su primera infancia, había tenido que sufrirlo en carne propia o bajo la piel de sus hermanos. Sí, muchas veces habían intentado herirlo con esa odiosa palabra, a él, al hijo de una *puttana*, hasta que acabó por tomar afecto al apelativo; ese afecto extraño que se desarrolla ante aquellas cosas

que aun haciendo daño, incapaces de matar, acaban por fortalecer. Contempló a la niña unos momentos más. Verdaderamente tenía ella unos ojos maravillosos; ojos moros, muy vivos y penetrantes como las sombras de una noche alárabe. Esos ojos parecían expresar todo lo que los labios de la niña callaban. El Valentinois pensó entonces en su hija, aquella que nunca había visto. Seguramente debería contar con la misma edad para esas alturas... ¿Cómo se vería? ¿Cuáles serían sus gracias? ¿Se le parecería en algo a él? Y, mordiéndose el labio inferior con rabia, masculló una maldición al pensar en su estrella y reflexionar en cuántas cosas le había sacrificado ya, a sus treinta y un años de edad, a esa estrella suya. ¿Y todo para qué? Para ir a dar a una prisión de Castilla y tener que huir de allí como un vulgar rufián. Para acabar en un lecho de enfermo, recibir en secreto la hospitalidad de un castellano y quedar bajo los cuidados de una vieja bruja y la constante vigilancia de una niña huérfana. ¡Su estrella! ¡Bonita caída la del astro! Una caída en el lodo... ¡y tremenda! «¡Bah!», bufó para sus adentros. «Ya arreglaré cuentas con esa estrella mía si la salud me lo permite. Sí, ya arreglaré cuentas con el mundo entero si la fortuna se decide a barajar cartas nuevamente para mí».

¡El mundo! La noticia de la evasión del Valentinois había corrido como reguero de pólvora. En las principales cortes europeas no se hablaba de otra cosa; siempre con alarma, y a veces incluso con temor. Alguien, a quien se había creído fuera ya del escenario político, estaba de regreso, y este era un dato inquietante y de consecuencias impredecibles para más de una corona. Luis XII reagrupaba ya sus tropas dispersas en Italia a resultas de esta noticia. Fernando el Católico, mo-

mentáneamente ocupado en Nápoles, conferenciaba en secreto con su Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, para decidir cuál de los dos volvería inmediatamente a España a fin de poder enfrentar cualquier eventualidad inesperada. La Serenísima, siempre hostil a los Borgia, hacía recuento de sus milicias terrestres y aguardaba expectante. Pero en ninguna parte se recibió la noticia con mayor preocupación que en el seno del Vaticano.

En efecto, el más intranquilo de todos era sin lugar a dudas el propio papa. Un posible retorno del duque a la Romaña podía tener resultados catastróficos para los planes de Julio II. Lejos de haber sido olvidado allí el nombre de César, se le aguardaba siempre con deseo e impaciencia. El duque no sólo era grandemente amado por muchos pueblos de la Toscana y de las tierras de la Iglesia, sino que contaba con numerosas huestes de leales que sólo aguardaban un llamado suyo para ponerse bajo las insignias borgianas. Sí, el papa temblaba dentro de las estancias vaticanas. Nadie mejor que él conocía sus traiciones para con el Valentinois y las posibles represalias de un César retornado y fortalecido. Grupos abigarrados de catalanes, italianos y germanos barrían a todo galope las calles de Roma bajo el grito de: «*iDuca, Duca!...*» Y esto le congelaba la sangre en las venas al papa Julio.

No cabían dudas de que la noticia de la evasión del Valentinois había ocasionado mucho ruido en buena parte del mundo; muchas preocupaciones inesperadas suscitaba el regreso del duque a la escena política; nadie había sido indiferente a la noticia de la evasión de César; por el contrario, estaba en todas las bocas. Mas, tal preocupación, ¿era exagerada?, ¿se intranquilizaban todos prematuramente y sin motivo?

Quien hubiera visto a César en esos días inmediatos a su fuga de la Mota, postrado en su lecho de convaleciente, sanando de a poco de sus muchas heridas, sin otro deseo inmediato que poder caminar hasta la ventana de la habitación para respirar el aire fresco y regalar a sus ojos con las tonalidades de los atardeceres castellanos, habría respondido afirmativamente. Sobre todo al advertir que la mayor ocupación del duque era seguir los pasos de una diminuta niña que apenas debería rebasar los ocho o nueve años de edad. Más aun, una niña huérfana de la que nadie se ocupaba y que además era sordomuda.

Esto hubiera llamado la atención considerablemente, a decir verdad. Y sin embargo, así era. La niña había despertado desde el primer momento el interés de César. No se trataba el duque de un hombre sentimental, y mucho menos le interesaba parecerlo. De hecho, si su atención se dirigía hacia la criatura, ante todo, era porque estaba ocioso y aburrido y porque el carácter extraño de la niña hería su curiosidad. Como buen hombre singular que era, tenía debilidad por las rarezas. Y era esa niña en verdad toda una rareza. Por otra parte estaba la bravura, indocilidad y cierto desafío volcado en cada una de las miradas de la pequeña; César amaba todas estas cualidades, y el sentimiento e interés eran recíprocos.

Ni un momento se despegaba ella del duque, y si lo hacía, era sólo para vagar por los campos y recoger ramilletes de florecillas silvestres con las que atiborraba la habitación del paciente. Se la hubiera creído encantada con ese hombre misterioso que, medio muerto y totalmente ensangrentado, una noche impensada había irrumpido en el palacio a todo galope para alterar la predecible rutina de la mansión y restituirle

sabor a los días. Ese hombre ante el cual, advertía, nadie parecía indiferente. Por el contrario, todos en el palacio se inclinaban ante sus reclamos, se desvivían por atenderlo, incluido el propio conde de Benavente, el dueño y señor de esos dominios, para quien nada resultaba demasiado tratándose de satisfacer y hacer sentir cómodo al duque. Un hombre capaz de ejercer tal influjo sobre otros, sobre todos, y aun postrado, tenía que tratarse de alguien verdaderamente importante y superior, y así lo entendía la niña. Además, era la primera vez que sus ojos poderosos se encontraban con otros de igual o mayor fuste; era la primera vez, sí, que su mirada no había hecho bajar la vista a su oponente. Y esto, a la niña, no hacía sino reafirmarla en la idea de la superioridad de aquel hombre.

¡Y cuántas miradas intercambiaban!, ¡y cuántas cosas no creía ella percibir, escuchar, aprender en esos intercambios visuales! Era tan nueva esta sensación de contar con un interlocutor, acaso con un confidente... Pues lo que ambos iban desarrollando día a día se parecía mucho a un diálogo, a una comunión de reciprocidad espiritual, y la niña no cabía en su gozo ante la novedad de estar siendo por vez primera oída; ella, que, hasta entonces, sólo había conocido la soledad del silencio más austero. Sí, la pequeña estaba fascinada y desbordada de sentimientos nuevos que la herían de tanta felicidad; adoraba, idealizaba, amaba a César, y no hacía secreto de ello, ni a sí misma ni a los demás; tampoco habría podido, pues la niña amaba rabiosamente, con la pulsión vital de su natural bravío. De hecho, cuidaba de su amado duque con un celo animal. Vigilaba cada movimiento en la habitación y se inquietaba cuando las visitas, generalmente nobles amistades del conde, agotaban al paciente con su

conversación. Era como un perro guardián. Un perro muy capaz de ladrar con la mirada, e incluso de morder con los gestos. Muchas veces, en medio de sus siestas, César despertaba con la niña recostada en su lecho, arropada bajo sus mismas mantas. Y entonces, con sus manos heridas todavía, envueltas en hilas y vendas, el hombre curtido en la guerra y la intriga criminal, acariciaba esa maravillosa cabellera azabache que, a las luces de las candelas, vibraba en extraños reflejos azulados, como las cerdas de un corcel alárbabe.

Sí, quien hubiera visto al César de aquellos días habría pensado seguramente que el mundo se preocupaba sin razón por él, que no había en verdad motivos para alarmarse por su retorno, puesto que no había retornado el mismo. Y sin embargo, de pensar así, se habría incurrido en un grave error de apreciación.

César estaba postrado; pero su quietud era tan sólo aparente. A medida que sus heridas cicatrizaban, que se aseguraban sus articulaciones y que una carne sonrosada y límpida iba sustituyendo las que habían cedido al bisturí manipulado por la vieja, la imaginación de César recobraba su pasado vigor. En su lecho de convaleciente, en efecto, esa imaginación suya, siempre desbordante, era una araña que tejía y tejía telas capaces de extenderse más allá de las fronteras de España. César pensaba ya en su retorno al mundo, a ese mundo con el cual le quedaban muchas cuentas por saldar. Y quien hubiera podido oír sus diarias conversaciones con el conde de Benavente, no habría abrigado ninguna duda al respecto.

Sus conversaciones...

—Traer a don Carlos a España, y en las propias narices del Rey Católico... Suena cuando menos osado...

—Pero necesario, duque..., pero necesario.

—¿Para Castilla? —inquirió César con una sonrisa punzante.

—Y para la paz de España también —alegó el conde, haciendo caso omiso de la ironía de su interlocutor—. Fernando planea dar un nuevo vástago a la corona de Aragón, producto de sus recientes nupcias con una francesa. Y las consecuencias de ello podrían resultar... impredecibles. Probablemente estaríamos ante el enfrentamiento de castellanos y aragoneses, de nobles contra nobles... Y con Felipe muerto y doña Juana desquiciada, tal enfrentamiento podría tener derivaciones nefastas... Sí, podríamos estar ante la prematura zozobra de la alianza tan laboriosamente urdida por Isabel. Sólo la presencia del Príncipe don Carlos, juntamente con la de su abuelo Maximiliano, podría aquietar las aguas... Y usted, César, es el hombre indicado para esta misión, ninguno más pertinente para marchar a Flandes y traer al legítimo heredero y al Emperador.

A César le halagaba la propuesta, y, por supuesto, le tentaba la idea. Por sus venas corría sangre española, sangre de toros borgianos, es cierto; pero confundida con la sangre y la atmósfera de Italia. Por tanto, el sentimiento de revancha era fuerte en él; tenía el rencor tenaz, y sólo pensar en un desquite con aquel rey que tan mal había pagado su confianza, aquel que mediante engaños, injurias y traiciones lo había hecho y tenido prisionero, le procuraba goces indecibles, raras voluptosidades.

—Y sin embargo —insistió, fluctuando todavía en sus propias consideraciones—, la idea sigue pareciéndome enorme... Fernando tiene ojos en la nuca. Por contraparte, ¿qué seguridad puedo tener de que

el Emperador Maximiliano no acabará poniéndose de acuerdo con él a mis espaldas para terminar entregándome nuevamente en manos del Católico?

—Puedo brindarle garantías de que ello no sucederá. Usted marchará con papeles sellados que le brindarán inmunidad absoluta. Toda la nobleza castellana se obligará a no consentir tal transferencia bajo ninguna circunstancia.

César lo atajó mordaz:

—¿Olvida acaso que fueron idénticas garantías y salvoconductos los que me llevaron a la Mota, luego de depositar mi confianza en Gonzalo de Córdoba?

—A este respecto —se apresuró a intervenir el conde— sólo puedo asegurar que a aquellos papeles les faltó la rúbrica de la palabra de honor de un verdadero hombre de honor, y que en este caso sí podrá contar con ella.

—Y no lo dudo, mi estimado amigo. De otro modo no estaría aquí hoy. He cometido muchos errores de juicio últimamente, debido a la celeridad con que se desataron demasiados acontecimientos adversos para mí; pero sé positivamente que haber depositado mi confianza en usted, no está dentro de esos errores de apreciación. Sólo por ello estaría yo dispuesto a emprender la empresa de Flandes, aun cuando no deje de parecerme enorme en su osadía. Claro que cuento con otras razones, y tomarme un desquite con el bueno de don Fernando no es la menor de ellas. Por lo demás, la audacia de una empresa semejante, teniendo el Rey Católico todos los caminos vigilados, le parecerá a él excesiva e inconcebible. Y esta es una ventaja nada desdeñable. De hecho, creo que se trata de una empresa, en cuya audacia, radica también su mayor virtud y probabilidad de éxito. Una audacia

muy digna de mí, dicho sea de pasada. Ya que si algo me ha caracterizado siempre a lo largo de toda mi vida, es hacer posible lo que para otros suena impensado. Dejemos que Fernando siga haciendo el papel de intrigante respecto a la sucesión aragonesa. Ya le enseñaré yo que, en el juego de intrigas, nadie osa ni osará nunca más que un Borgia.

El conde de Benavente, encarnizado enemigo del Rey Católico, no pudo disimular la gran excitación que produjeron estas palabras en su enconado corazón. Pertenecía a la más rancia nobleza castellana, y estaba harto de las atribuciones que, según él, se tomaba Fernando. Veía en César un instrumento providencial para dar un giro inesperado a los acontecimientos, y estaba dispuesto a todo con tal de valerse de este hombre ardido en provecho de la causa castellana. En cuanto a César, él perseguía luces distantes titilando en distantes regiones de bruma, esperanzado, todavía, con la idea de que la fortuna barajara nuevamente cartas para él.

—Sí —añadió el duque, luego de permanecer con la mirada perdida en algún recóndito horizonte—, primero será Flandes... y después..., después vendrá el turno de Italia. Allí tengo otras cuentas por saldar, mi querido conde. Y si el encargo de traer a España al príncipe heredero resulta con bien, mi situación para retornar a la península habrá de ser inmejorable. ¡Oh sí, inmejorable! —y como para sí mismo, dirigiendo la mirada hacia la ventana y acaso mucho más allá de ella, añadió—: ¡Espérame, Julio!, porque voy por ti y por todo lo que me has arrebatado. Espera mi regreso y ya veremos quién es el amo de la Romaña.

En efecto, César estaba de vuelta. El César de los grandes días había retornado finalmente. La calma

de su convalecencia no era más que mera apariencia. Postrado en su lecho, él era la actividad misma y recuperaba día a día el tiempo perdido; aunque para decir con verdad, justo es reconocer que ese César nunca se había ido realmente; sólo la Fortuna lo había abandonado. La caprichosa Fortuna que gusta de ocasionales amantes y de ningún único amor.

Por ello el mundo no se equivocaba al inquietarse por la evasión del Valentinois; esos temores tenían buen asidero y el mundo lo sabía. Se conocía al hombre; se sabía qué esperar de él. Pero no se contentarían con aguardar. Ese mundo daría el primer golpe, y ninguna ocasión más propicia que la presente. Así, en el mayor de los secretos, una intriga se irá gestando; muchas mentes habrá urdiendo redes, planeando emboscadas, sellando juramentos y cada segundo comenzaría a contar en adelante. Contarían los segundos como compases de muerte, sí, y esa muerte proyectada y latente no sería otra que la del propio Valentinois. ¡La muerte de César Borgia!

Mientras tanto, y sin darse por enterado de lo que se tramaba en torno a su persona, en paralelo con esas serias conversaciones sostenidas con el conde, César desarrollaba un diálogo ameno con un ser extraño a tanta trama política. Se trataba de sus diálogos mudos con la Bastarda. Cada día, en efecto, aprendía el duque nuevos signos en el rostro y actitudes de aquel misterioso y silencioso ser. Le divertía a César este parlamento sin palabras y no terminaba de sorprenderle la capacidad de la pequeña para expresar toda una abigarrada variedad de sensaciones, ideas y sentimientos, sin valerse de otro recurso que el gestual. En verdad, los ojos negros de la Bastarda eran su mayor fuente de intriga y curiosidad. Esos ojos eran,

a la par de expresivos, en extremo misteriosos, como dos fragmentos de noche constelados de infinitos y luminosos parpadeos.

Se trataba de una niña muy astuta, en verdad; ya no sólo para su condición de sordomuda, sino incluso para su corta edad. Y el grado de agudeza de su intuitiva inteligencia nunca se hacía más manifiesto como cuando parodiaba a los habitantes del castillo, particularmente a la curandera. Emulaba sus gestos torvos y andar giboso con un verdadero talento histriónico que hacía reír al duque hasta hacerle saltar las costillas (algo que en el estado del Valentinois sólo podía ser hecho de modo involuntario debido al dolor que ello le ocasionaba). Incluso cuando reemplazaba los vendajes de César, tarea que la vieja se había dignado a enseñarle tras los muchos ruegos de la niña, la operación era llevada a cabo imitando las muecas gestuales de la curandera, y todo ello para delicia del paciente. Era ésta una actividad que la huérfana amaba por sobre todas. Realizaba la tarea con un esmero, escrúpulo y pasión rayanos en el delirio, sin omitir una sola de las indicaciones dadas por la anciana. Cuidar del duque era su mayor voluptuosidad, y se vanagloriaba de cada mejoría del paciente como si se debiera a su exclusivísima intervención. Por supuesto que nada para esas alturas le parecía a ella más importante en el mundo que César; él era el mundo en verdad, y todas las cosas del mundo; él era un sueño maravilloso, repleto de encanto y hechizo; el único sueño para el cual latía su infantil corazón; era César su primer pensamiento al despertar y el último en abandonarla antes de dormir. Y era, también, aquel que llenaba sus oníricas ensoñaciones.

Y sin embargo, fuera de los muros del palacio del conde, muy a despecho de la niña, sí existía otro mundo. Un mundo hostil al ídolo maravilloso de sus fantasías. Y ese mundo no sólo había decretado ya la aniquilación del Valentinois; sino que había enviado esbirros para ejecutarla.

Llegaron embozados en sus capas. Sombríos sobre sus cabalgaduras. Tres jinetes sin alma, sin vida, movidos por resortes ocultos, con un único aliento, con un único encargo: dar muerte a César Borgia.

En la aldea de Villalón nadie reparó en ellos. Un grupo semejante no era extraño en una Castilla tan convulsionada. Se apearon en la venta El Corral de la Morena y allí bebieron y remojaron pan seco, parcos y silenciosos, avaros en gestos y palabras. Sólo alguna pregunta furtiva deslizada a oídos de la mesonera, sólo algunas monedas depositadas aquí y allá como pago por alguna información; no mucho más se les vio hacer. Y nada de ello resultó sospechoso a nadie, o a casi nadie.

En efecto, una silueta que se hallaba curioseando en la venta de la Morena en esos momentos, sí reparó en el grupo. Una silueta que pasaba siempre inadvertida a todos, siguió atentamente las acciones de esos hombres. Era la silueta de alguien que tenía la mirada inteligente, que entendía de cataduras, de rostros, de señas, de gestos; que sabía interpretar el menor movimiento interno, la mueca mejor disimulada, el silencio más severo, y cuyos ojos capaces eran de oír lo que pocos alcanzarían a escuchar con los oídos. ¡Era la Bastarda! Y ni un instante perdió ella de vista a aquellos hombres embozados en sus capas.

César estaba entretenido escribiéndole una carta a su hermana cuando la niña entró en la habitación, luego de una larga carrera desde la venta. Llegó exhausta hasta el rellano de la puerta, con el corazón palpitante, y allí se quedó contemplando al duque con expresión de alarma en los ojos muy agigantados y muy explícitos; ojos que, a poco de sondearlos, fueron para César toda una revelación.

Él poseía el justo golpe de vista, y tras las muchas familiaridades con la niña había aprendido a interpretar su rostro con claridad; un segundo le bastó para adivinar la situación. ¡Venían a matarlo!

Él poseía, también, la ejecución casi siempre inmediata y fulminante, y por ello dos segundos le bastaron para resolverse a la acción.

Delante de sus ojos tenía una habitación amplia y penumbrosa, con una sola puerta y una única ventana. Estaba desarmado y no podía sostenerse sobre las piernas. La huída era imposible. Por otra parte, si pretendía defender su situación, la recámara le ofrecía mejores oportunidades que cualquier otro escenario del palacio, ya que era el único que conocía. Recordó la despedida del conde por la mañana, acusando llegar muy tarde en la noche. No se podía contar con su ayuda. Quedaba pegar gritos para alertar a los sirvientes, claro; pero, ¿cómo confiarse a ellos? Acaso estuviesen comprados y formasen parte de la conspiración; acaso les faltase valor para actuar. No, estaba solo con la niña... y desarmado. Esto último lo inquietaba, sobre todo. Hasta que vino en su auxilio un destello metálico y providencial. Era el atizador de la chimenea. La herramienta serviría como ocasional estoque.

¡Qué importa a veces cuántas cartas se tienen, si se sabe que es siempre una la que termina por definir

el juego! Y César tenía la habilidad de hacer de esa única carta suya, la decisiva.

Acomodó apresuradamente sendos almohadones bajo el cobertor, y luego, con ayuda de la niña, se emboscó debajo del lecho. No había tiempo para nada más, así es que, con una mano de fierro amordazando a la pequeña para hacerle entender que no debía hacer el menor ruido o movimiento, se quedó aguardando.

La espera resultaría corta. Apenas unos instantes después, y ya irrumpían las fieras en la habitación, como una tromba fulminante, precedidos de su violento hedor a sangre y carnicería. Eran tres siluetas embozadas cuyos ojos despedían llamas y en cuyas manos florecían las dagas como zarpas. Se cerraron en un anillo de aceros en torno al lecho. Y entonces, una voz áspera y seca, perteneciente al líder de los esbirros, se hizo oír en la habitación, semejante a una sentencia de muerte:

—Traemos un mensaje para ti, Valentinois. Nos lo dicta el mundo entero y precisamos de tu sangre y de tu cuerpo para transcribirlo. El mensaje dice: ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Ciegas, furiosas, bestiales, se precipitaron las dagas sobre el bulto que se insinuaba en el lecho, una y otra vez, al compás siempre de ese mismo grito, repetido en cada impulso: «¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!».

Los golpes eran terribles. Una bruma de plumas de ave no tardó en elevarse hasta llenar la atmósfera del ambiente, arremolinándose a causa de las violentas sacudidas, siguiendo la cadencia bestial del mismo grito interminable y letal. Estaban despanzurrando almohadones, desgarrando telas enrolladas, estropeando sedas, y no sería hasta que los brazos quedaran

exhaustos, que los sicarios comenzarían a barruntar el engaño. ¡Pero ya era tarde!

A la primera pausa, César, con una agilidad felina, giró sobre su cuerpo en el piso para aparecer bajo uno de los asesinos, y, al punto, le hundió el atizador en el vientre, hasta raspar los huesos. Un grito ahogado se oía todavía en la recámara cuando el duque ya repetía la misma operación, pero esta vez emergiendo al otro extremo de la cama. Y de nuevo el gemido roto, inarticulado, tras el vertiginoso destripamiento. Quedaba un tercero, el último de los verdugos, mas éste no sólo estaba ya prevenido, sino que antes de que César pudiese terminar de quitar el fierro del segundo atacante, el sicario le saltaba encima puñal en mano, como una fiera codiciosa de su carne. Fue con los últimos arrestos que el Valentinois intentó detener el brazo armado; la acción fue rápida, instintiva, pero apenas si pudo desviar la hoja. El acero lo alcanzó en el hombro y lo penetró como un fuego punzante, haciendo que el atizador se le cayera de la mano. ¡Se creyó perdido!

Entonces vio cómo la daga de su antagonista se alzaba de nuevo en el aire trazando un vertiginoso molinete. La sombra asesina se reflejó un momento en las pupilas de César. ¡Era su propia muerte proyectada, agazapada, inminente, inevitable! No cerró los ojos, sin embargo; con la respiración entrecortada por la mucha agitación de la contienda, falto de fuerzas y oxígeno, se quedó allí contemplando lo que parecía ser su última visión del mundo. Pero cuando la suerte semejaba irreversible, ocurrió lo impensado: aquel, que a punto estaba de ultimarle, se congeló a mitad del acto: los ojos le blanquearon en las órbitas y la lengua afloró muy larga entre los dientes, flácida cual una sierpe aplastada. Sólo un instante después, y la

enorme silueta caía sin vida al suelo para dejar, en su lugar, la diminuta figura de la niña, la niña, sí!, cuyas manos trémulas sostenían un puñal ensangrentado.

¡Ella, la Bastarda, acababa de salvarle la vida!

Con las pocas fibras restantes, insensible al fuego en la herida, César se incorporó sobre las rodillas, y, al punto, desprendiendo del puñal a su salvadora, la atrajo hacia sí en un abrazo impetuoso y entrañable. Entonces, la pequeña, que había quedado sin reacción hasta allí, se quebró en un llanto ahogado sobre el pecho del hombre; un llanto impetuoso a cuyo través se derramó toda la angustia y agitación contenida durante el lapso que había durado la terrible escena. Brotaron las lágrimas abundantes, incontenibles, en un estremecimiento desgarrador. César no era un sentimental. Nunca lo había sido. No estaba hecho para los actos emotivos o de consolación; incluso le exasperaban. Pero la hora era atípica y la situación extraordinaria. Acarició los cabellos de la pequeña con un sentimiento emotivo, y bebió cada una de las lágrimas de su salvadora con abundantes besos piadosos.

Fue así que los encontró el conde de Benavente momentos más tarde, cuando, recién llegado al palacio, seguido de un nutrido grupo de sirvientes muy alarmados y medrosos, irrumpió en la habitación en que se habían desarrollado los violentos acontecimientos: indiferentes al reguero de sangre y a los tres cadáveres despanzurrados a su alrededor, César y la niña se hallaban fundidos en un único silencio del cual ambos eran cómplices; un silencio atravesado de profundas y largas miradas. Un silencio como un diálogo misterioso, sin palabras, hecho sólo de... voces mudas.

Valencia-Sarajevo



Pedro Gascón

El periódico publicaba este anuncio comercial:

«Regina es la más perfeccionada pistola automática de todas las que se fabrican en España. A nuestros suscriptores y lectores recomendamos la pistola Regina y Bristol, que deben preferir a todas las demás. Calibre 6,35 con 7 tiros, 23 pesetas. Calibre 7,65 con 8 tiros, 26 pesetas. Pedidos en esta región valenciana a J. A. Rodríguez Lacalle, Ollería (Valencia)».

PRIMERA PARTE

El mismo día que Gavrilo Princip asesinaba en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austro-húngaro, Alfonso Miguel mataba en Valencia al aserrador llamado José Beltrán. Dos personas de muy distinta condición compartían esa fecha trágico destino. Francisco Fernando vestía uniforme militar; José, blusa, pantalón y chaleco de pana negra.

El domingo 28 de junio de 1914, el proyectil disparado por una pistola semiautomática FN modelo 1910, de calibre 9 milímetros, seccionaba la yugular del ar-

chiduque. Una bala de calibre menor había perforado unas horas antes la región parietal izquierda del empleado de serrería.

José vivía en Valencia en un bajo de Casas del Real; estaba casado y tenía dos hijos de corta edad. Francisco Fernando habitaba un palacio en Viena y tenía dos niños y una niña: la primogénita de trece años.

Gavrilo, el asesino del heredero, había cumplido diecinueve años; Alfonso Miguel, que mató a José, veintiuno. Gavrilo era miembro de una organización llamada «Joven Bosnia». Alfonso, de profesión fogonero, participaba en el Rosario de la Aurora que transcurría desde el convento de las Salesas a la iglesia de Santa Mónica.

El archiduque tenía previsto ese día ejercer las funciones propias de su alto cargo: presidir maniobras militares e inaugurar un museo. Le gustaba exhibir su solemne majestad y por eso viajaba en un coche sin capota, un lujoso *Gräf & Stift Double Phaeton*. Iba sentado en el asiento trasero junto a su esposa Sofía, que también murió en el atentado.

El aserrador había pasado la noche en las fiestas de la calle Orihuela, donde se celebraba una «cantá». Tenía por costumbre después de su larga semana de trabajo, reunirse con compañeros y pasar la noche del sábado dicen que alegremente. En ese tiempo los de su clase tenían motivos suficientes para beber y olvidar su esforzada existencia. José Beltrán caminaba por la calle Sagunto, dando voces, abrazado a su amigo Manuel Martí. Al archiduque lo mataron a la altura del Puente Latino que cruza el río Milijacka en Sarajevo; al aserrador, en la calle Orilla del Río de Valencia.

Dicen que José se mostró irreverente con la comitiva religiosa. Dicen que insultó a las señoras que

con voz muy aguda rezaban de madrugada el Rosario. Puede que actuara bajo los efectos del alcohol; o que respondiera a un anticlericalismo ancestral; o ambas cosas a la vez.

El hombre que se le enfrentó recriminándole su grosería acabó siendo su asesino. Eso fue después del altercado, porque Alfonso Miguel buscó el desafío en lugar de la iglesia. Puede que Alfonso Miguel cometiera el crimen por sentirse ofendido en su sentimiento religioso; o simplemente en su hombría. O en ambas cosas a la vez.

A Francisco Fernando lo mataron por motivos políticos, por disputas nacionalistas enquistadas en la compleja estructuración de un Imperio que dirimía identidades mediante la fuerza del Estado.

A José, que yacía inconsciente en el suelo, lo trasladaron dos guardias a la Casa de Socorro. Allí certificaron su muerte nada más llegar. Otros dos municipales detuvieron al agresor. Lo encerraron en la Cárcel Modelo. Gavriilo también fue detenido, juzgado y condenado, y murió en presidio de tuberculosis.

La esposa de José se presentó en la Casa de Socorro acompañada de sus pequeños, queriendo ver a su marido. La escena fue desgarradora. Los tristes lamentos de la viuda hicieron llorar desconsoladamente a los niños, recién estrenados en su condición de huérfanos. La duquesa, esposa de Francisco Fernando, con el abdomen perforado, ya no tuvo oportunidad de consolar a los suyos.

La tragedia de finales de junio de 1914 no era nada comparada con la que muy pronto se repetiría decenas de millones de veces. Los muertos no solo son alimento de la estadística; son hijos, padres o esposos; son amigos, o compañeros de trinchera. Los muertos son

siempre otros, hasta que nosotros mismo morimos en dramática primera persona.

SEGUNDA PARTE

Mis padres murieron en uno de los bombardeos que hubo sobre Valencia durante la Guerra de España. Yo me salvé por estar ese día al cuidado de mi tía. La hermana de mi madre era soltera, y murió antes de que yo tuviera razón suficiente para preguntarle lo que normalmente las personas quieren saber de su origen. Mi partida de nacimiento se quemó en el verano de 1936, por culpa de un grupo de anarquistas incontrolados que hizo arder el archivo en el que me habían inscrito. Tuve que crecer sin familia y sin comprender el porqué de mi desgracia. Después de la guerra mi tía pudo registrarme en la parroquia del barrio, gracias a un cura buena persona que dio por supuesto que yo ya estaba bautizado.

Lo único que heredé de mis padres fueron los apellidos, y un recorte de periódico antiguo que informaba del asesinato del archiduque en Sarajevo el 29 de junio de 1914. Lo he conservado sin saber su significado ni comprender el motivo por el que mi tía, antes de morir, me pidió que lo guardara. «Durante toda tu vida» me dijo en su último suspiro. Muchas veces he tenido que repasar con bolígrafo las letras impresas que el paso del tiempo hace desaparecer poco a poco.

Este recorte me ha acompañado en los grises asilos de mi adolescencia; en el cuartel en el que serví y en cada uno de los trabajos en lo que he envejecido.

No me he casado, ni he tenido hijos. Ahora estoy jubilado.

El recorte de periódico que heredé de mis padres está colgado en la pared de mi casa. He leído muchas veces esa noticia sin comprender el significado que para mi familia tuvo una muerte tan famosa, pero en tierra tan lejana. Nunca pensé que el anuncio comercial de la parte trasera tuviera alguna importancia.

«REGINA es la más perfeccionada pistola automática de todas las que se fabrican en España».

El mismo día que mi particular herencia cumplía cien años, mientras repasaba con esmero las letras impresas, vi lo que nunca antes había visto. Con ayuda de una lupa y una luz potente descubrí que en un extremo del recorte se habían escrito unas pocas palabras: «El Rosario de la Aurora». Una expresión que refiere popularmente el final trágico de un acontecimiento social.

Ni nadie ni nada está solo en esta vida, ni en este mundo. Todos somos porciones de un conjunto, de una existencia colectiva, de una historia global en la que las partes forman el todo, y el todo se compone de las partes. La noticia del recorte debía tener un contexto, una página entera, y seguro que formaba parte del periódico de un día.

Esa tarde le pedí a un taxi que me llevara a la hemeroteca municipal, a la que nunca había ido. Era la primera vez en mi vida que procuraba obtener por mí mismo explicaciones de lo que no entendía. Le enseñé a la amable funcionaria el recorte y le dije lo que buscaba. Consultó en una relación los distintos diarios que se editaban en 1914, y en cuestión de minutos puso a

mi disposición varios tomos con los periódicos de ese año. Dijo con voz muy suave que me sentara en una de las mesas destinadas a los investigadores. Me temblaban las piernas y tenía las manos muy sudadas. No sabía qué podía encontrar pero estaba entusiasmado por mi determinación.

El mismo día que Gavrilo Princip asesinaba en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austro-húngaro, Alfonso Miguel mataba en Valencia con una pistola «Regina» a mi abuelo José Beltrán.

Morir morimos todos, los grandes personajes y las personas comunes. La muerte de mi abuelo no es más que un suceso olvidado en las hemerotecas. Nunca fue, ni será citado en los libros que refieren el pasado. Por eso quiero contarlo en este ejercicio de redacción; porque todos tenemos derecho a tener nuestra propia historia.

(Comentario de texto de Santiago Beltrán en el examen de acceso a la Universidad.)

Pampagonía



Rodrigo Torres Quezada

En un punto entre Arica y Antofagasta, en un lugar cuyas coordenadas exactas el tiempo no ha querido precisar, y cuyas huellas el polvo levantado del desierto ha sabido esconder, se ubicaba Pampagonía. Muy cerca de ella, a unos cuantos kilómetros, se encontraba la oficina salitrera Realidad, llamada así por los mineros del salitre, mientras que su dueño, el inglés Harris, prefería llamarla simplemente como The Company. Este hombre, un fuerte especulador de acciones, vivía temeroso de la amenaza que las nuevas oficinas estadounidenses significaban para su negocio. Esto, sumado a su temperamento febril, le hacía ser un hombre arisco cuya actitud acre se transmitía a sus serenos y al corrector o jefe de la pampa.

Pampagonía se presentaba ante los trabajadores como un oasis en donde el deleite de su burdel y la anestesia del alcohol de su bar, les hacía olvidar por unos momentos aquella *Realidad*.

El pueblo parecía una feria ambulante. Si bien su plano de damero con dos manzanas le daba un aspecto ordenado, había en Pampagonía la sensación de que el desierto se llevaría todo aquello de un día para otro. Por sus calles circulaban trabajadores y personas que no se podrían llamar habitantes, más bien

podrían ser «andantes». La mayoría de sus construcciones estaban hechas con pino oregón y los cimientos con piedras graníticas. Los muros en tanto, estaban levantados con tierra arcillosa y paja.

Su bar se llamaba El Godo. Dentro, en una mesa apegada a la esquina, un hombre de bigote levantado, de facciones delgadas, enjuto y de mirada ida y apocada, tenía frente a sí un cuaderno. Intentaba escribir algo. Su nombre era Baldomero Lillo. Se tomaba la cabeza, luego se pasaba los dedos por sus bigotes, entonces anotaba sus ideas. En la barra del bar, un hombre de ropas estropeadas pero que llevaba un maletín de médico, tomaba un *whiskey*. Observó a Lillo con curiosidad. Se acercó a su mesa.

—Disculpe, amigo. ¿Le molesta si me siento aquí?

Baldomero Lillo se sintió un tanto incómodo. Sin embargo, aceptó.

—Claro, siéntese.

—Disculpe que me entrometa en sus asuntos pero sáqueme de una duda. ¿Usted no es Baldomero Lillo, el hombre que escribe sobre nuestra gallarda gente de las minas de Lota?

Lillo se sonrojó un poco. Con modestia miró hacia abajo.

—Sí, soy yo.

—Le felicito por el premio de la *Revista Católica*. También quiero felicitarle por el libro publicado el año pasado, *Sub-Terra*. Contiene buenos cuentos.

—Gracias —contestó escuetamente Lillo.

—¿Y qué hace ahora en el norte salitrero? ¿Quiere cambiar las minas de carbón por las minas de salitre?

—Lo que pasa es que quise buscar una atmósfera diferente. Estoy tratando de escribir una novela y aún no encuentro un argumento que me satisfaga —los

ojos de Lillo se encendieron—. Es muy difícil escribir una novela.

—¿Y cómo se llamará su obra?

—*La huelga*. Bueno, está entre las posibilidades.

—Yo también escribo. De hecho el año pasado publiqué una novela. Se llama *Raza chilena*, claro que para evitar ciertos problemas la publiqué anónimamente en Valparaíso.

—Entonces, ¿usted se dedica a escribir? —preguntó Lillo con interés.

—No, amigo. Yo soy médico —y levantó su maletín—. Y aunque coloco las letras, no soy yo el que escribe. Es el roto chileno, el pampino que sufre, quien se mete por mis venas y habla por mí.

El hombre que atendía el bar tornó la vista hacia arriba y dijo para sí: «Ya va a empezar el doctorcito con su discurso».

—Disculpe que no me haya presentado antes. Mi nombre es Nicolás Palacios. Yo luché en la Guerra del Pacífico. Mi hermano Senén también peleó ahí. Un día dieron por muerto a mi hermano pero logré encontrarlo en el campo de batalla. Estaba malherido pero aún con fuerzas. Toda esta maldita oligarquía que derrocha el dinero salitrero, debe su riqueza a hombres como mi hermano. Hombres representantes del roto chileno, la raza más perfecta y masculina que pueda existir. Luego, o quizás un poco antes, está la germana. El roto chileno lleva en su sangre la unión de dos razas guerreras: la gótica, sangre paterna, y la araucana, sangre materna. ¡Son los latinos, esos sucios extranjeros italianos quienes están socavando nuestra nación! —Nicolás Palacios dio un golpe sobre la mesa. Lillo le observó preocupado.

De pronto, se levantó desde otra mesa, un hombre regordete, moreno y sonriente. Llevaba bajo el brazo un periódico cuya fecha decía: 10 de noviembre de 1905. Se acercó hacia el par de hombres que platicaban (o mejor dicho, donde Palacios daba su discurso) y, sin tomar asiento, expuso sus ideas.

—Distinguidos señores, no creo que en este tema tenga algo que ver la raza. La cuestión que afecta a nuestra sociedad radica en la economía, la mala distribución de la riqueza y el mal manejo político. Sobre todo en este sistema en donde los presidentes son simples títeres del parlamento. Les aseguro que Pedro Montt, si sale electo, cambiará la situación.

—Así que no está de acuerdo conmigo —exclamó furibundo Nicolás Palacios—. Se levantó de su asiento y arremangándose las mangas se acercó con aire hostil hacia el hombre regordete.

—No voy a renegar de mis principios humanistas por tener que enfrentarme a puño descubierto con usted —contestó el hombre.

—¿Quién eres que me hablas en ese tono? —Palacios era alto y su rostro denotaba un aire intimidante.

—Me llamo Alejandro Venegas, soy profesor. Pero pueden llamarme Doctor Valdés Cange.

—¿Así que más encima te haces llamar doctor, eh? Yo te enseñaré lo que un verdadero médico con sangre chilena en sus venas puede hacer.

Antes que ocurriera lo peor, un hombre joven que bebía un cocho en la barra del bar, se levantó presuroso y fue a separar a los contendientes. Sus cabellos rubios ondulados, sus ojos claros más su aspecto pálido, le daban un toque germano que Nicolás Palacios respetaba como a una cruz. Tenía un aire irónico, como

si lo que pasara a su alrededor no fuese más que otro hecho sin sentido contra el cual había que rebelarse.

—Caballeros, dejémonos de estupideces. Ya muchas cosas terribles están pasando en el país como para que ahora disputen en el edén del norte, en Pampagonía. Vamos, disfruten el tiempo y brinden como hermanos.

Lillo, quien se había mantenido callado, rompió su silencio.

—Disculpe, yo a usted lo he visto. ¿No es amigo del poeta Augusto D’Halmar?

El rubio dio una reverencia.

—Así es, soy Carlos Pezoa Véliz, poeta, y estoy de visita en la pampa para redactar artículos en mi periódico *La Voz del Pueblo*. Creo haber escuchado que usted está escribiendo una novela, pues sepa que yo también pienso escribir una. La titularé *Tierra Bravía*.

—Vaya, ahora resulta que somos todos escritores —dijo con una sonrisa el doctor Valdés Cange—. Pues yo también escribo.

—Entonces, eso amerita que olvidemos nuestras diferencias, juntemos las mesas y bebamos en fraternidad.

El doctor Valdés Cange se sentó al lado de Baldomero Lillo, evitando así a Nicolás Palacios quien aún le observaba furioso.

—Escuché que no tiene muy claro el argumento de su novela —exclamó Valdés Cange.

—Así es. Sé que debe hablar de la explotación del trabajador minero pero no sé muy bien dónde situarla o bajo qué circunstancias desarrollar la acción —contestó Lillo.

—¿Le doy un consejo? Invente un pueblo ficticio pero que dé a entender que representa al universo de

pueblos u oficinas salitreras de nuestros días. Entonces, coloque en este escenario a distintos personajes históricos para que mediante su interacción se represente el conflicto de la época.

—¿Usted cree que eso funcione? —Lillo estaba dudoso.

—Pues claro que sí. La historia es una novela que se escribe con el paso del tiempo. Usted como escritor, es sólo el maquinista que decide en qué estación partir y a cuál estación llegar.

Carlos Pezoa invitó una ronda de chufly a todos los presentes. Estaban agrupados alrededor de una mesa, en círculo.

—Antes de beber, quiero ofrecer un brindis en honor a todas las víctimas que han fallecido luchando por sus derechos —exclamó emocionado Pezoa—. Un brindis por quienes fallecieron en la huelga de Valparaíso de 1903; un brindis por las víctimas del cantón salitrero El Toco del año pasado; y otro brindis por las víctimas de la semana roja, derivada del mitin de la carne, de este año.

—¡Brindis! —contestaron todos a un tiempo—. Aunque Palacios estaba un tanto reticente.

De pronto, se abrieron las puertas del bar dejando entrar rayos de sol que al instante impactaron en el sombrío paisaje del recinto. El actor, con su chistera roja y su levita de retazos, más el saco al hombro, entró dando una carcajada.

—¡Saludos, hombres del norte salitrero! Mi nombre es Sergio Vergara, vengo en representación de la compañía teatral Cuerpos que ríen y he llegado hasta aquí para hacerles reír.

El hombre que atendía en la barra dirigió una mirada de asombro a sus clientes. Estos no sabían si tomar al hombre como un bromista o un loco. El actor se acercó al grupo de hombres.

—Para esto, quiero construir un teatro en este pueblo. Según me ha contado un amigo, en la correspondencia que me envió, aquí no hay ningún teatro.

—No, no lo hay. Pero tenemos un burdel, ¿qué mejor? —contestó Pezoa Véliz alzando su vaso.

—Caballeros —prosiguió Sergio—, no sé quiénes son ustedes, pero como son las primeras almas con las que comparto aquí, me gustaría saber si están dispuestos a ayudarme.

—¿Ayudarle en hacer reír? —preguntó Valdés Cange.

—Específicamente en el tema de actuar no, pero sí en la construcción del teatro. Quiero que sea algo sencillo y acogedor.

Los hombres se observaron entre sí. La propuesta les pillaba por sorpresa.

—Yo estoy aquí por unos días. Me voy a mudar a San Bernardo, cerca de Santiago —dijo Lillo. Luego reflexionó unos instantes—. Pero, ¿sabe? Es una buena acción. Lo voy a apoyar. Diga cuándo puedo empezar y ahí estaré. No creo que sea algo que tome mucho tiempo.

Los demás hombres asintieron, parecían entusiasmados.

—Es una idea excelente. Este pueblo necesita cultura. Yo lo apoyo, señor —exclamó sonriente Valdés Cange.

—Pues entonces, amigos, cuento con ustedes.

Todos contestaron alzando sus vasos, excepto Nicolás Palacios quien desconfiaba del hombre. El acento

extranjero que tenía el actor le recordaba a sus enemigos ingleses.

—Necesito otro favor, señores —dijo Sergio—. El amigo que les mencioné, aquel que me envió la correspondencia, dijo que trabaja en Realidad. ¿Es algún tipo de comercio, no es así?

Los hombres en la mesa se miraron, confundidos.

—Sí, es un comercio, pero no sé si es el tipo de comercio que tiene en mente —contestó Pezoa Véliz.

—Mi amigo es comerciante... Se supone que tendría que atender una ferretería —dijo Sergio.

—Realidad... Realidad es una de las oficinas salitre-ras más explotadoras que han creado los ingleses —dijo Palacios con odio en su mirada—. Su comercio es entregar un pequeño impuesto derivado de un quintal de salitre, para el estado. Y lo demás... Lo demás se transforma en su opulencia... ¡Malditos ingleses! —masculló entre dientes.

El actor se quedó en silencio unos segundos. Recordó su infancia junto a su amigo. Éste, en todas las correspondencias que le había enviado, hablaba de su negocio de ferretería. Pezoa Véliz dejó a un lado su vaso. Hizo un gesto de despedida a los hombres. Colocó unos pesos en la mesa y se levantó.

—Vamos, compañero. Yo lo llevaré a Realidad.

—Perfecto. Caballeros, recuerden nuestro compromiso —dijo Sergio antes de salir por la puerta. Valdés Cange y Baldomero Lillo le despidieron alzando sus vasos de chufly. Palacios le dirigió otra mirada de odio.

En el camino les salieron al paso algunos trabajadores salitreros borrachos. La causa: el burdel de Pampagonía. Su nombre: El buque de las ostras.

—Buen nombre, ¿no le parece? —preguntó Pezoa Véliz.

—Muy gracioso, señor, muy gracioso —contestó el actor.

Doblaron por una calle perpendicular y pararon frente a un taller tipográfico. Pezoa Véliz dio un grito para que saliese alguien a recibirles.

—Le explico la situación, amigo —exclamó Pezoa—. Hace muy poco, se aprobó hacer un ferrocarril que irá de Arica a la Paz. Por otro lado, está en construcción el ferrocarril que va de Antofagasta a Bolivia. Como verá, lamentablemente para ir a Realidad no hay ferrocarriles cercanos que nos sirvan. Muchos tenemos la esperanza puesta en que si sale electo Pedro Montt, construirá un ferrocarril longitudinal que pueda incluso unir los tramos fragmentarios que dejó el viejo avaro de North. Usted habrá oído de él, el rey del salitre.

—¿Y si no hay ferrocarril nos iremos a caballo o caminando? Mire que yo he andado kilómetros y kilómetros junto a mi saco —contestó Sergio.

Pezoa Véliz sonrió.

—Nos iremos en carroza.

El actor colocó un rostro de sorpresa. Entonces, apareció ante ellos un hombre vestido de mangas oscuras y camisa manchada. Usaba un bastón pero no debido a alguna cojera sino por gusto.

—Señor Sergio Vergara, le presento a Alejandro Escobar, nuestro cochero —dijo Pezoa.

El hombre saludó al actor con cierta sonrisa irónica.

—Bonito gorro —dijo Escobar. Luego, se dirigió a Pezoa—. ¿Así que quieres nuevamente ocupar mi carroza? Muy bien, ya te cobraré el favor en algún momento. Acompáñenme.

Caminaron hacia el fondo del taller. Una pequeña imprenta decoraba el espacio. Alrededor de los muros había pegados diversos artículos de distintos periódicos. Sergio observó todo con curiosidad.

—Lo mío son los pequeños pasquines —explicó Escobar mientras avanzaban—. En estos momentos tengo compañeros que trabajan aquí; yo debiese estar en Tocopilla, pero han tenido que cumplir deberes y los estoy cubriendo.

En el patio del taller una elegante carroza estaba lujosamente ataviada de un morado platinado. Los caballos, más hermosos que los de los militares que Sergio viese antes, comían tranquilamente paja.

—¿Cómo consiguió esta carroza? —preguntó el actor sorprendido.

—Digamos que se la «pedí prestada» a uno de los socios de la oficina salitrera de Agua Santa —Escobar observó con complicidad a Pezoa Véliz.

Escobar conminó a los hombres a entrar en la carroza. Luego subió él y guió a los animales hacia una compuerta que ocultaba un corredor por el cual pasó la carroza. Ya en la calle, tomaron dirección hacia Realidad.

—¿Y has sabido algo de Recabarren? —le preguntó Pezoa Véliz al «cochero», durante el trayecto.

—¿De Don Reca? Bueno, luego que saliese de la cárcel de Tocopilla dejó de escribir *El Trabajo* y ahora publica *El Proletario*. Para serte sincero, tengo ciertas discrepancias con él. Parece que los anarquistas no

podemos tener un noviazgo duradero con los socialistas —contestó Escobar.

—¿Y usted qué opina de la política chilena? —preguntó Escobar al actor.

—La política... Yo soy partidario de la vida, esa es mi política. Quiero que las personas tengan sueños, que observen la vida con otros ojos. He recorrido muchos lugares y he comprendido que todos somos iguales. Todos somos uno. El rico, el pobre; el alto, el bajo; el feo, el apuesto; el exitoso, el mediocre; etc., etc., etc., son simples etiquetas. Por eso amo hacer reír: porque en la risa todos nos igualamos. Y cuando hablo de igualdad, no digo convertir nuestras personalidades en un solo tipo de carácter, pero sí que podamos darnos cuenta que crear más diferencias nos va anulando como hermanos.

Sergio terminó su respuesta moviendo suavemente una mano. Pezoa Véliz frunció el ceño. Escobar guardó silencio unos segundos.

—Oiga compañero, me gusta cómo piensa... ¿Viene usted del futuro?

La inclemencia del sol se reflejaba en el duro suelo pedregoso. La carroza se movía de un lado a otro como si la gravedad reclamase para sí la humanidad que iba dentro, única cosa viva en varios metros a la redonda. Las ruedas del transporte creaban una melodía molesta pero a ratos necesaria, cuando dentro los hombres se sumían en el silencio y deseaban que el paisaje les hablase en su idioma ardiente. Los caballos corrían a su paso, sabedores de que sus cuerpos debían ahorrar la mayor cantidad de agua posible. Incluso ellos eran engañados con espejismos que les presentaban un pozo de agua, el cual hacía salir ésta al exterior creando un manto de mar dulce sobre el

amarillo rotundo. Allá, a lo lejos, parecía asomar una nube oscura cual si fuese una policía celestial vigilando el correcto funcionar de la oficina salitrera. La camanchaca era reemplazada por un extraño olor que luego de unos segundos se apoderaba de los pulmones aclimatándolos a un mundo con sus propias leyes; aparte del universo entero.

—Cuando llegemos a Realidad se acabará el mundo de las estrellas y los nombres conocidos. Entraremos a la tierra de los anónimos, aquellos que jamás saldrán en un libro de historia a menos que sea dentro de una estadística oficial... o un recuento de víctimas —dijo Escobar con una voz pausada y solemne.

De pronto, como un oasis nacido en la nada de ese universo pletórico de estrellas en forma de nitratos, la figura de una mujer salió al paso de la carroza.

—¿Una mujer? Parece ser una señorita de la aristocracia —dijo Escobar.

—De la aristocracia, obrera, siútica, de la coalición, de la alianza liberal, de qué diantres fuese, el tema es que es una mujer.. ¡Una mujer! —exclamó emocionado Pezoa Véliz.

El actor se acercó al puesto de cochero de Escobar. Desde ahí apreció mejor la bella imagen que el desierto les brindaba, acaso como muestra de agradecimiento por haber acariciado su afiebrada faz con una visita. Al acercarse más, pudieron percatarse que la mujer no estaba sola, sino que también le acompañaba un hombre, quizás su cochero ya que a unos metros de donde estaban, había una carroza con una notoria inclinación en su lado izquierdo posterior. Los caballos estaban tranquilos pero también presos del

cansancio. Posiblemente hacía horas que estaban ahí. La mujer corrió, agarrándose una punta de su vestido, hacia la carroza de Escobar. Levantó sus brazos e hizo gestos desesperados para llamar la atención. Al hombre, que era joven, parecía no importarle lo que sucedía: se puso a fumar una pipa.

—¡Ayúdenos, por favor! Se le rompió una rueda a nuestro carruaje. Estamos parados aquí desde hace unas dos horas. El sol tan terrible nos tiene muertos de cansancio —dijo la mujer a Escobar—. Si no fuese una molestia, me gustaría saber si su destino es la oficina Realidad. Si es así, ¿podrían llevarnos? Ya que ese es nuestro destino.

—Si mis distinguidos patrones no se oponen, ya que también van hacia ese lugar, estaría dispuesto —Escobar observó con una sonrisa a Pezoa Véliz y al actor—. Sus excelencias, ¿puede subir la dama con su compañero a vuestra carroza?

Pezoa Véliz dándose un aire distinguido, con voz sublime, contestó:

—Por supuesto, mi querido plebeyo, que nuestros invitados suban. Luego, tú bajas y traes sus caballos con nosotros. Y hazlo sin reclamos. ¡Vamos, vamos!

Entonces, así se hizo. Los caballos de la malograda carroza fueron amarrados a un costado de la de Escobar. Dentro, la dama y el hombre se sentaron frente a Pezoa y a Sergio Vergara. Luego, partieron. El joven, de unos veinte años, observaba fascinado la vestimenta del actor. Este, a su vez, no despegaba los ojos de la dama. Tendría ésta unos veinticinco años. Esbelta, tez blanca, ojos pardos, tenía un mechón que caía coqueto sobre su frente. Sus ademanes si bien eran refinados no escondían cierto ímpetu juvenil, un «no sé qué» misterioso que dotaba a su fisonomía de

un atractivo natural, salvaje. Su boca, siempre sonriente, presentaba unos labios tan húmedos que con un solo beso suyo, el desierto hubiese florecido y creado una selva como la de Valdivia o Punta Arenas. Sus cabellos castaños se reían del astro solar y sus ojos de por sí devolvían la vida que el sol quemaba en el desierto. Vestía como si no se pudiese despegar del siglo XIX: guantes de seda que le llegaban hasta el codo, un sombrero ladeado, un bolsito francés, una falda ancha y una chaqueta un tanto masculina: una *Chesterfield*. En el bolsillo de esta, llevaba un ramito de brezo.

—¿Usted manejaba la carroza? —preguntó Pezoa Véliz al joven.

—Claro, no hay mejor cosa para crear musculatura que llevar las riendas de un caballo. Es casi sensual —el joven guardó la pipa y alargó su mano hacia Pezoa—. Me llamo Vicente Balmaceda Zañartu, aunque puede decirme Vicho o Jean, como quiera.

Pezoa lo saludó con cierta reticencia.

—¿Y usted, señorita? Disculpe mi imprudencia, ¿cuál es su nombre? —preguntó Sergio.

La dama se sonrojó y dio una sonrisa.

—Yo soy la imprudente, caballero. Detenerles en su viaje para que nos socorriesen... Está en todo su derecho de saber quién es esta desconocida. Me llamo Andrea Mitre.

El actor se sacó su chistera roja y tomó la mano de la joven. La besó tiernamente. Andrea observó aquello con una especie de pudor o timidez. Pezoa Véliz sonrió con picardía. Balmaceda, en tanto, se hizo el incómodo.

—Pero señor, ¿cómo se le ocurre mirar con esos ojos a mi esposa? —el actor le observó taciturno—. Olvídelo, es broma. Es sólo una amiga.

—Además, a ti te gusta tu prima —dijo Andrea lanzando una carcajada que le hizo ver tan lozana que el actor no sabía si reír de felicidad o llorar de emoción.

—¿La Teresa Wilms? Pero si es mi prima y tiene como trece años, ¡por Dios! Claro que si tuviese unos dieciséis, lo pensaría —exclamó Balmaceda.

—¿Y ustedes tienen algo que ver con la administración de la oficina? —preguntó el «cochero» Escobar.

—¿Dejan que su cochero converse? —preguntó sorprendido el Vicho—. Sólo somos amigos de Harris; por una cuestión familiar. Hace como un mes que estamos recorriendo estos lugares. Yo al menos ya me he recorrido toda Europa... No está de más conocer este pequeño y aburrido país. ¿Y ustedes? ¿Cuál es su...?

—Soy actor —se adelantó a responder Sergio, mirando a Andrea—. Vengo a traer humor a Pampagonía. Voy a construir un teatro y quiero promocionarlo.

El resto del camino sólo fue un monólogo de Balmaceda. Habló de sus aventuras y amoríos, de sus excesos, de las mujeres europeas y del dinero.

—Y su mansión es hermosísima —contaba Balmaceda— Tiene un friso de madera de laqué gris, una alfombra de Smirna, en su *plaquet* hay un gato de porcelana traído de la India. La cocina está llena de tacitas de Sèvres y hay vieja loza de Talavera.

Un grupo de serenos, la guardia personal de Harris apostada en la entrada de la oficina, daba la bienvenida a la carroza. A unos metros, en una piedra, un hombre de pelo hirsuto se tostaba al sol. Saludó desde ahí a Escobar. Éste detuvo la carroza. Todos bajaron.

Pezoa Véliz y Escobar saludaron de un abrazo al hombre. Luego, Pezoa se acercó al actor.

—Ahora sigue tu camino. Aprovecha que te hiciste amigo de esa señorita de la alta. Yo debo hablar con el chascón ese. Es un argentino que trafica con aguardiente... Es todo un personaje —Pezoa miró hacia el suelo—. Si quieres volver a Pampagonía deberás hacerlo a pie, a caballo o pedirle alguna carroza a Harris porque Alejandro quizás se lleve la suya a Antofagasta. Dicen que ahí, Esprella, Olea, Guerra, Valiente y Francisco Pezoa piensan levantar a los obreros del ferrocarril a Bolivia.

El actor le observó como si no hubiese entendido nada.

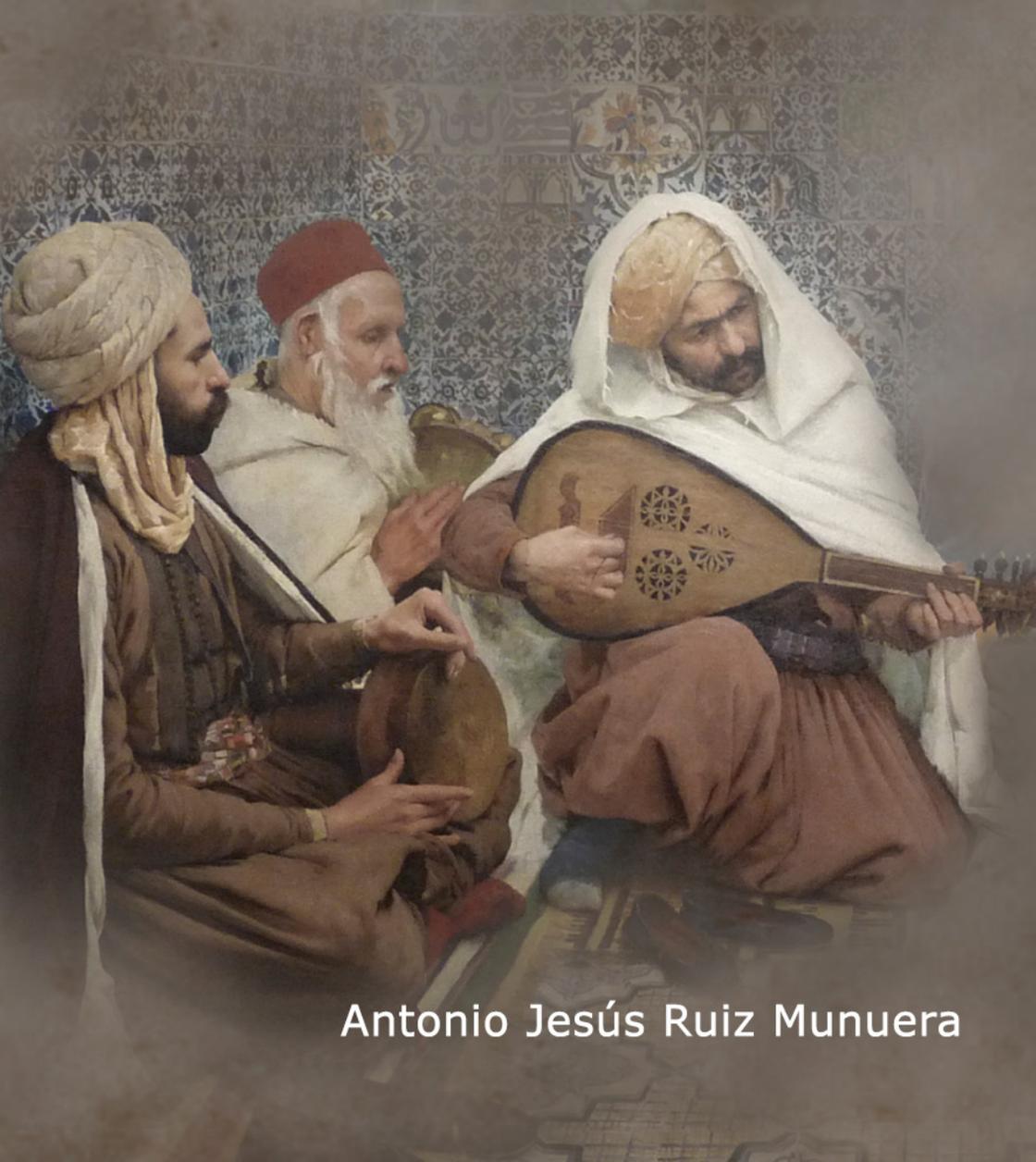
—¡Bah, disculpa! No sé para qué te conté eso. Bueno, cuando vuelvas te ayudaremos con tu teatro.

—Por supuesto —dijo el actor. Entonces se dieron un fuerte abrazo.

Al instante, Sergio entró junto a Balmaceda y a Andrea Mitre. Los serenos miraron al actor con desconfianza. Sin embargo, al verle entrar del brazo de la joven, no hicieron más caso. Andrea Mitre sacó una careta de su pequeño bolso, y se tapó la cara.

—No me gusta que me vean. No quiero romper corazones— dijo.

El guardián de Al-Huasta



Antonio Jesús Ruiz Munuera

Este relato, tan real como imaginario, se apoya en la historia en sentido genérico, y en la fabulación en cuanto a lo específico. Respecto a sus referencias históricas, están basadas en las frecuentes guerras en la frontera nazarí que separaba las tierras de Granada y Murcia. Así tiene de cierta la conquista de parte del sureste por el Sultán de Granada Muhammad IX, más conocido por Al-Aysar («el zurdo»). Menos determinante en el devenir de la historia habría de ser el protagonismo de la Torre Vieja de Alguazas, así como son ficticios los hechos personificados en el pequeño granuja que narra la leyenda en primera persona. No obstante, todo el relato se apoya en la transmisión oral de historias sobre nuestros antepasados musulmanes que, una vez expulsados de la península, sobrevivieron casi un siglo más en el cercano valle de Ricote.

Aunque el otoño se adueña del valle, entre las cañas de la terraza aún se cuela el calor del estío, que se resiste desafiante al equinoccio de este año 1512.

Mientras pulso una cuerda de la cítara en busca del afinamiento ideal, mis ojos planean relajados sobre la vega de Ricote, último reducto de mi linaje.* Al fondo, a cientos de metros bajo mis pies, el *wādi* al-Abyad, al que los cristianos llaman río Thader, serpentea entre los naranjos refrescando las cañadas con su aliento de azahar. Con la seguridad del ciego que no precisa su vista para conocer, mis manos recorren con deleite la madera trapezoidal del instrumento. En los pulgares, dos puntas de concha de tortuga rasgan en orden las cuerdas, derramando el dulce sonido por la umbría. En respuesta, unos dedos percuten la tensa piel de una *darbuka*, acompasando el ritmo de sus manos a mi melodía. Como el río, la música fluye imparable por el valle morisco, ofreciendo otra razón al equilibrio.

* N. del A. Tras la expulsión de los moriscos decretada por los Reyes Católicos, los habitantes del valle de Ricote fueron los últimos en salir de España, hasta que en 1614 se promulgase un nuevo decreto directamente dirigido contra ellos, que ocasionó que finalmente fueran embarcados en el puerto de Cartagena con destino a Berbería.

Pero no siempre fue así. Antes de este tiempo mi niñez, contrariada en su infantil naturaleza por la condición de adulto que me fue impuesta, experimentó el mal, casi endémico, de la conversión. Aunque mi familia habitaba esta tierra por cientos de años, viví mi infancia como un musulmán domesticado, un *mudayyan*.

Como tantos otros, tuve que elegir entre una muerte segura y ser «asimilado» por los castellanos y sus extrañas usanzas. Me hice mudéjar, e intercambié mis costumbres por la seguridad de una vida a la que jamás me adapté. Cristiano de día, musulmán de noche, al igual que otros muchos, nunca me sometí. Mi presunta devoción sirvió de armadura pero, bajo ella, otra cultura anidaba en mi pecho.

Crecí en el seno de una familia agricultora, dedicada desde siempre al regadío de Al-huasta. Con la cristianización, la pequeña aljama fue denominada Alguazas, y con ella, nuestros nombres también se tornaron castellanos. La villa, aunque paupérrima, contaba con la vega más fértil de Murcia, regada por las aguas de los ríos Thader y su tributario el Mula, que desembocaba, casualmente, junto a la vieja torre fortificada donde crecí.

Padre suministraba víveres al Torreón del Obispo, la mayor parte de los cuales cultivábamos en las huertas de ribera; entre arrozales, moreras y plantas de lino se levantaban las miserables chozas de los braceros, sus volátiles paredes trenzadas con las cañas que nacían a sus pies. Como la fortaleza, las tierras, y todo lo que ellas albergaban —hombres incluidos— eran propiedad de la diócesis de Cartagena, regalo del Rey al obispo Peñaranda por sus servicios de armas en la famosa batalla de Lubrín.

Pasado el tiempo, entré a trabajar en las cocinas del castillete, donde gocé del privilegio de comida y jergón gracias a mis habilidades como pastelero, uno de los puntos vulnerables del alcaide. Mis tortas de pistacho y almendra, bien regadas con miel, eran moneda de cambio en el pueblo, tan apreciadas como el brillo de los parvos maravedíes. A ellas les debo el tratamiento de excepción que disfruté durante mi estancia en la torre y el visado que, con la venia de unos guardias oportunamente edulcorados con gollerías, me permitía moverme con libertad por sus dependencias. Aprovechando cualquier libranza de los fogones, corría como gato escaldado para saciar mi curiosidad por los secretos del fortín.

El edificio, invulnerable a los asaltos, estaba levantado sobre dos muros concéntricos, ciegos de ventanas y con dos metros de espesor. Como únicas luminarias, las saeteras abrían el camino a las flechas de los arqueros, implacables con los infelices que osaban un embate sobre la mole de piedra. El foso circundante, profundo y negro como las fauces de un *yinn* infernal, disuadía las escasas esperanzas de los asaltantes.

Sobornados sus obtusos cerebros con mis dulzainas, ningún guardia sospechó en mi comportamiento más que la común admiración de un niño por los pertrechos de la tropa. Gracias a esta involuntaria merced, pude conocer la primaria estrategia defensiva que protegía la barbacana.

Su planta baja, además de las cocinas y el comedor, estaba ocupada por el barracón de la soldadesca. En el primer piso se encontraban las dependencias del alcaide y una pequeña capilla. Finalmente, la bajocubierta albergaba la armería y cuatro pequeñas

celdas para los presos. Desde aquí se accedía a una terraza, donde estaba instalada una gran campana de cobre para citar a los lugareños en caso de peligro. En el centro, y rodeada de arpilleras defendidas por guardias, una pira de leña verde esperaba el momento de señalar a los pueblos vecinos un ataque de los temibles moros, aventando humaredas de alarma.

Aunque ciertas, estas refriegas de mis hermanos no eran las únicas; en las comarcas adyacentes, terratenientes mezquinos se postulaban por el señorío del obispo, habiéndolo conquistado durante algún tiempo en épocas pasadas.* Pero las apetencias de los cristianos por los bienes de sus convecinos eran escaramuzas comparadas con la auténtica guerra que se libraba, desde siempre, contra los musulmanes. La frontera con el reino de Granada se desdibujaba cada día, trazada con las pinceladas que ocasionaban las razias nazaríes sobre tierras murcianas; en su particular ajedrez, las torres defensivas eran determinantes para el resultado de la partida. Por la frontera terrestre y toda la costa, se situaban estratégicamente para vigilar y comunicar los movimientos enemigos. Su conquista era un salvoconducto para las invasiones, y la Torre del Obispo, una puerta abierta para tomar la vega media del río.

Así las cosas, yo, Ismail El-Garbhi, me dividía entre mi fe mahometana, inoculada en nuestra sangre desde hacía siete siglos, y la filiación emocional que, pese a todo, me ligaba al pueblo donde nació. En esa entente, ser reclutado para la guerrilla islámica me

* N. del A. En 1368 Fernán Pérez Calvillo, dueño del vecino señorío de Cotillas ocupa la torre de Alguazas, tras una dura pugna con el feudo de los Fajardo de Molina Seca.

obligó a decidir —una vez más—, sin apenas saber del camino que tendría que andar. La yihad, al igual que la guerra santa hace en los cristianos, me arrastró sin orden como una riada otoñal.

Enardecido por los ecos del avance musulmán sobre Murcia, participé, como tantos otros, en la sangría que habría de abatirse sobre la huerta. En ese fatídico 1450, el sultán de Granada Muhammad IX, más conocido por Al-Aysar («el zurdo»), llegó hasta la vega segureña, devastando cuanto encontraba a su paso. Y azares al margen, yo sería un peón determinante en esa jugada.

Ya cité el yantar como primera fragilidad del alcaide. La segunda, más íntima pero no por ello menos conocida, era su querencia por el yacer, la cópula mercantil que cada martes alimentaba en el insatisfecho jerarca sus carencias sentimentales. Como buen mandatario, lejos de esconder su pecado, lo aireaba haciéndose acompañar de la mitad de su guardia, que incluso se permitían dejar expedito el puente levadizo sobre el foso, para acomodar sus torpes pasos al regresar de madrugada hartos de vino.

Aprovechando su fidelidad a tan innoble causa, mandamos comunicación del calendario extraconyugal a las huestes de Al-Aysar, que acampaban entre los naranjos del campo de Albudeite. Al abrigo del novilunio, la oscuridad facilitó el acercamiento entre los cañaverales. Con apenas un centenar de hombres, más otros dos infiltrados en el interior de la torre —un rapaz que oficiaba de monaguillo y yo mismo—, fue tomada la Torre del Obispo. Al tañido de nonas en la campana del pueblo, abrimos el único portón de la torre, tras pasar a cuchillo a los dos guardias que la custodiaban. Cuando los soldados de la armería —acorralados en la

azotea— fueron a prender la hoguera de alarma para los vecinos, sólo encontraron leña mojada y, tras las almenas, un ejército nazarí que tintaba de sangre los azarbes del pueblo.

Tras la breve contienda, hizo presencia el brillo desteñido de la victoria: pillaje, cadáveres flotando en el río, y ruinas humeantes. Apenas una página en el libro perdido de la historia.

Ahora, en el declive de mi existencia, no han bastado seis décadas para borrar de mi memoria el horror de la guerra.

Como bálsamo para la barbarie, alimento el espíritu con el hermoso zéjel que, ajena a mi presencia, entona mi primogénita bajo la sombra fresca de un viejo azufaifo.

El estribillo, insistente, se repite en el cuarto verso de cada estrofa, glosando la hermosura de una princesa sefardí. Su historia, como la nuestra, alienta la leyenda de un pueblo maldito cuyas raíces se habrán de perder en el olvido.

La joven de la Alhambra



José F. Cuenca

Acabo de llegar a Granada y dedicaré el resto del día a visitar la Alhambra. Las filigranas arábigas, el murmullo de las pequeñas corrientes de agua, los rincones atrapados por la vegetación, las estrechas ventanas orientadas al Albaicín. Todo en el monumento anima a vivirlo en tranquila soledad.

Y sin embargo los miles de turistas rompen el encanto del palacio nazarí. Subo hasta el Generalife y la sensación es la misma. Los románticos jardines están regados por numerosas acequias y fuentes. La imaginación te lleva a contemplar una pareja conversando junto a un pequeño estanque. En él penetran chorros parabólicos de agua. Gritos de niños que llaman a su madre, jóvenes estudiantes que ríen estruendosamente, cientos de turistas que no ven más allá de sus narices avanzando en multitudinario rebaño, decenas de miles de fotografías. Una solitaria silla me invita a reposar momentáneamente. ¿Qué sensaciones podría experimentar en este colosal edificio si pudiera disfrutarlo en solitario? ¿Qué viejas leyendas me asaltarían? Una loca idea va tomando cuerpo en mi interior.

Durante horas permanezco sentado en el cómodo sillón, sin prisa, disfrutando de la tarde. Los visitantes pasan sin mirarme, penetran en el recoleto patio

y pocos minutos después lo abandonan en busca del siguiente. Todos se asoman a las numerosas ventanas que en forma de arco se asoman al valle del Darro por encima del que la vista llega hasta el antiguo barrio musulmán.

El atardecer va llegando a la ciudad, de modo que la luminosidad se va apagando progresivamente. Los tonos rojos y anaranjados van sustituyendo al azul luminoso y al amarillo brillante.

Me levanto, me estiro disimuladamente, y me dirijo hacia una de las zonas en la que los jardines son más tupidos. La exuberancia de las plantas colapsa la vista. La fragancia de miles de flores satura el aire. El número de visitantes ha disminuido drásticamente. En un momento que no hay nadie a la vista, salto un parterre y me tumbo paralelamente al murete verde. Me pego todo lo que puedo y casi no respiro. Los brazos cruzados sobre el pecho alcanzando los hombros, los ojos abiertos y muy quietos, fijan la mirada en una pequeña nube que mancha el cielo cobrizo.

Lentamente pasan los minutos y los ruidos van disminuyendo hasta que el silencio se hace absoluto.

Un mensaje se repite por megafonía. Anuncia en español e inglés que ha llegado la hora de cierre del monumento. Se ruega a todos los visitantes que abandonen inmediatamente las instalaciones. Estoy tentado de salir de mi escondite y gritar pidiendo ayuda, pero una fuerza desconocida me lo impide. Me mantengo tumbado en silencio. Una sonrisa maliciosa se va abriendo paso en mi semblante.

Pasan los minutos y de vez en cuando oigo cómo parejas de vigilantes pasean por los jardines.

Son las dos de la madrugada y hace más de dos horas que no oigo a nadie. Solo los sonidos del campo

vuelven después de haber estado escondidos durante todo el día. Insectos, pájaros, roedores, algún perro lejano. Todos me acompañan en mi descanso.

Y decido levantarme. Me encuentro en un laberinto vegetal que la noche convierte en un reto difícil de superar. Por fin logro salir. Circulo entre estanques grisáceos, sobre los que mortecinas sombras lunares de inmensos cipreses se proyectan silenciosamente. Rodeo con mis manos columnas de mármol blanco, suave y frío. Mis dedos se internan en los recovecos de los arabescos de yeso. Subo unas escaleras y llego a una habitación hexagonal con ventanas en cada una de sus paredes. Me apoyo en el alfeizar y contemplo el jardín inferior. Una elegante palmera con sus hojas a la altura de mis ojos me evoca países lejanos. La ciudad aparece iluminada a los pies de la montaña en la que me encuentro.

Desciendo las escaleras y sigo paseando por el solitario monumento. Penetro en otro patio en el que el protagonista es un estanque largo y estrecho. Los chorritos de agua se cruzan entre ellos formando una pequeña bóveda. Sin saber muy bien el motivo, me quito las zapatillas y me introduzco en el estanque. Avanzo despacio sintiendo el frío del agua en los pies y en la cara. Justo en medio del estanque se cruzan varias líneas acuosas. Permanezco durante unos minutos empapándome de agua, de noche y de misterio.

Me calzo las zapatillas y después de unos minutos en los que el agua resbala por mi cuerpo, llego a unas grandes masas negras. Es el palacio nazarí. Me pierdo en su interior, largos pasillos, lúgubres baños, inmensos salones. Y de pronto tengo la visión más bella de mi vida. Es la perfección arquitectónica. La presencia de la luna, en todo su lleno esplendor, ayuda al esplén-

dido espectáculo. Una gran piscina está enmarcada por cuatro bellos edificios. Salgo al patio y una imagen totalmente simétrica llega hasta mis asombrados ojos. Siete magníficos arcos de medio punto asentados sobre finas columnas de mármol sirven de asiento a un bellissimo edificio ornamentado con multitud de arabescos. Perfectamente centrada, una gran torre sobresale por encima del edificio. Todo el conjunto se ve reflejado invertido en el tranquilo estanque. Los lados mayores están enmarcados por dos edificios mucho más sencillos pero no menos bellos. Un amplio pasillo circunda el estanque.

Un leve y misterioso mareo hace que me apoye en una de las frágiles columnas. Su tacto lechoso me reconforta. El malestar es momentáneo y no tardo en levantar la cabeza. El pavor hace que el corazón ahogue mi pecho. Instintivamente y ridículamente me escondo detrás de las finísimas columnas.

Dos mujeres vestidas con vaporosos vestidos azulados, pasean lentamente por el pasillo situado entre el edificio de enfrente y la piscina. Su familiaridad es patente. Frecuentemente se detienen y ríen quedamente. No llego a entender lo que susurran en una lengua desconocida para mí.

El miedo aumenta cuando me doy cuenta que se dirigen directamente hacia el lugar en el que me encuentro. Casi no me da tiempo a pensar y torpemente decido pegarme a la pared de azulejos creyendo que las mujeres seguirán rodeando la piscina. Sin embargo, cuando llegan a la altura del arco principal que sirve de entrada al edificio en el que me hallo, giran y se introducen en el lugar en el que me encuentro. Incomprensiblemente siguen andando sin fijarse en mí. Siguen hablando en la extraña lengua con unas voces

llenas de dulzura. Es imposible que no me hayan visto. Sin embargo, para mí no tiene importancia que sigan paseando sin mirarme. Yo sí las miro, y a través de ellas puedo ver las columnas que hay detrás. Es un fenómeno extraño, percibo perfectamente sus formas, pero también las de lo que hay detrás. Es como si fueran de agua.

Las sigo de forma que yo también penetro en un nuevo patio. Un bosque de finas columnas pareadas, sostiene decenas de arcos apuntados ricamente ornamentados. El techo que sostienen los arcos, se asemejan a panales de abejas de los que parece que pueda caer una lluvia de gotitas de miel. En el momento que las mujeres salen al patio, tropiezo con una losa de mármol levemente levantada. Aunque el ruido no pasa de ser un golpe sordo y apagado, es imposible que no lo hayan oído. Sin embargo siguen paseando sin volver sus cabezas.

Las adelanto y me sitúo a su derecha. Una de ellas es muy joven, debe tener unos dieciocho años y su belleza no desmerece el lugar en el que vive. El pelo es negro, brillante, peinado hacia atrás, deja despejada su cara en la que destacan unos enormes ojos negros. En la boca de carnosos labios, mora una eterna sonrisa que adorna su incomprensible idioma. La otra mujer aunque aún es joven, es claramente mayor, debe tener unos treinta y cinco años y su parecido con la menor es evidente.

Las dos se acercan a una extraña fuente defendida por numerosos leones pétreos. Los sonrientes animales, sostienen un receptáculo en el que un surtidor alegra con su sonido la silenciosa noche. Cuatro pasillos de mármol blanco conectan el bosque de marfil con la herética fuente. Un pequeño canal incrustado en

cada pasillo recoge el agua que rebosa de la coqueta fuente.

Cuando las mujeres llegan al surtidor, la joven se inclina hacia delante y recoge con sus manos un poco de agua. El sonido del agua no se ve alterado, pero el líquido queda atrapado en la mano de la chica. Sus labios besan suavemente el líquido. Un estremecimiento recorre mi espina dorsal. No puedo evitar atrapar la cola del vaporoso vestido azul. La sensación me sobrecoge. La mano atraviesa la tela con una sensación de cálida humedad. Con un gesto de incredulidad me paso la mano por la cara, pero no percibo nada especial.

Una excitación extraordinaria me embarga cuando decido intentar lo más difícil. Las mujeres se alejan de la fuente hacia la columnata que hay en el otro extremo del patio. Aligero el paso y me sitúo en su previsible trayectoria. Cuando están a menos de un metro, cierro los ojos, abro los brazos y avanzo con decisión. Cuando el contacto de los cuerpos debería haberse producido, la conocida cálida humedad llena mi cuerpo y mi alma. El corazón se me expande ocupando por completo el pecho. Abro los ojos y veo los sonrientes leones que me miran con ironía. Me vuelvo bruscamente, y veo como se alejan tranquilamente hacia otro edificio.

De nuevo no puedo evitar seguir las. Poco después me asalta otra sorpresa. Penetramos en un nuevo patio casi totalmente vacío y enlosado de mármol blanco. En su centro hay un pequeño surtidor de escasísima altura. Creo que los diseñadores del palacio, buscaban más la música del agua, que calmar la sed o dar fresco en el cálido verano granadino. Pero el espectáculo está enfrente. Una pared totalmente repleta de dora-

dos arabescos se encuentra perforada por dos puertas rectangulares y por una ventana encima de cada puerta. Cada ventana está dividida por una columna de mármol que sustenta dos arcos de herradura. En medio de las dos ventanas una pequeña hornacina remata la perfecta simetría.

Las dos mujeres se detienen brevemente en el surtidor. Con un gesto cariñoso, se despiden introduciéndose cada una por una de las puertas. Con gran esfuerzo logro reprimir mis deseos de seguir a la joven hasta lo que parece su alcoba.

Me vuelvo y penetro por el arco central de los tres que sirven de entrada a la construcción.

Regreso a los patios en los que he conocido a las misteriosas mujeres y cuando veo que el amanecer se acerca, decido volver a esconderme en el jardín donde lo hice hace unas horas. En unos minutos estoy de nuevo tumbado con los ojos hacia el cielo que está perdiendo su color negro para transformarse en un violeta oscuro. Estoy deseando volver a mi ciudad. Cuando cuente lo que me ha acontecido, no lo van a creer. Es más, quizá no se lo cuente a nadie, será un secreto que llevaré conmigo a la tumba. El resto de mis días recordaré a las jóvenes de la Alhambra. Serán mi amor imposible.

Los pájaros anuncian la llegada del nuevo día. Los minutos transcurren con una lentitud exasperante. Por fin empiezo a oír las voces de los empleados del monumento que se sitúan en diferentes puertas. Estas conectan los distintos recintos que conforman el complejo monumental.

Media hora después, los primeros visitantes llegan a los jardines en los que permanezco escondido. Cuando el número de personas ha aumentado significativa-

mente, tras vigilar que no haya cerca empleados, me levanto y salgo rápidamente del interior del parterre.

A lo lejos veo uno de los vigilantes y decido preguntarle por dónde puedo salir al exterior. El sueño me vence y estoy deseando llegar al hotel para dormir todo el día. Pensando que el empleado se extrañaría si tan temprano le digo que quiero irme, decido hacerme el enfermo y solicitarle que me acompañe hasta la salida.

Finjo un gesto de dolor, pongo la mirada triste y coloco la mano derecha sobre el estómago. Me encuentro a menos de dos metros y comienzo a hablar: «Perdone, ¿puede decirme...?» El hombre uniformado no se detiene y sin poder evitarlo, penetra a través de mí. ¡Esto sí que es una sorpresa! El terror me invade. Me acerco a una madura pareja gritándoles que me escuchen. Siguen hablando tranquilamente mientras pasean por un camino cubierto de una bella arboleda. Lo intento de nuevo con tres chicas jóvenes. Nada. ¿Habré muerto? Intento tocarme y no tengo ningún problema. Me puedo asir sin dificultad la muñeca izquierda. No entiendo nada.

El resto de la mañana lo paso intentando llegar a conocer mi nueva naturaleza. Por fin el cansancio me vence y quedo dormido en un sillón parecido al que me senté ayer por la mañana. Allí comenzó todo. Cuando despierto, ha llegado el atardecer y tengo la esperanza de que todo haya sido un espantoso sueño. Me acerco a un japonés y me sitúo delante de él. Le saludo cortésmente y espero una contestación que no llega. Después de hacer una nueva fotografía, reanuda la marcha y pasa rozándome.

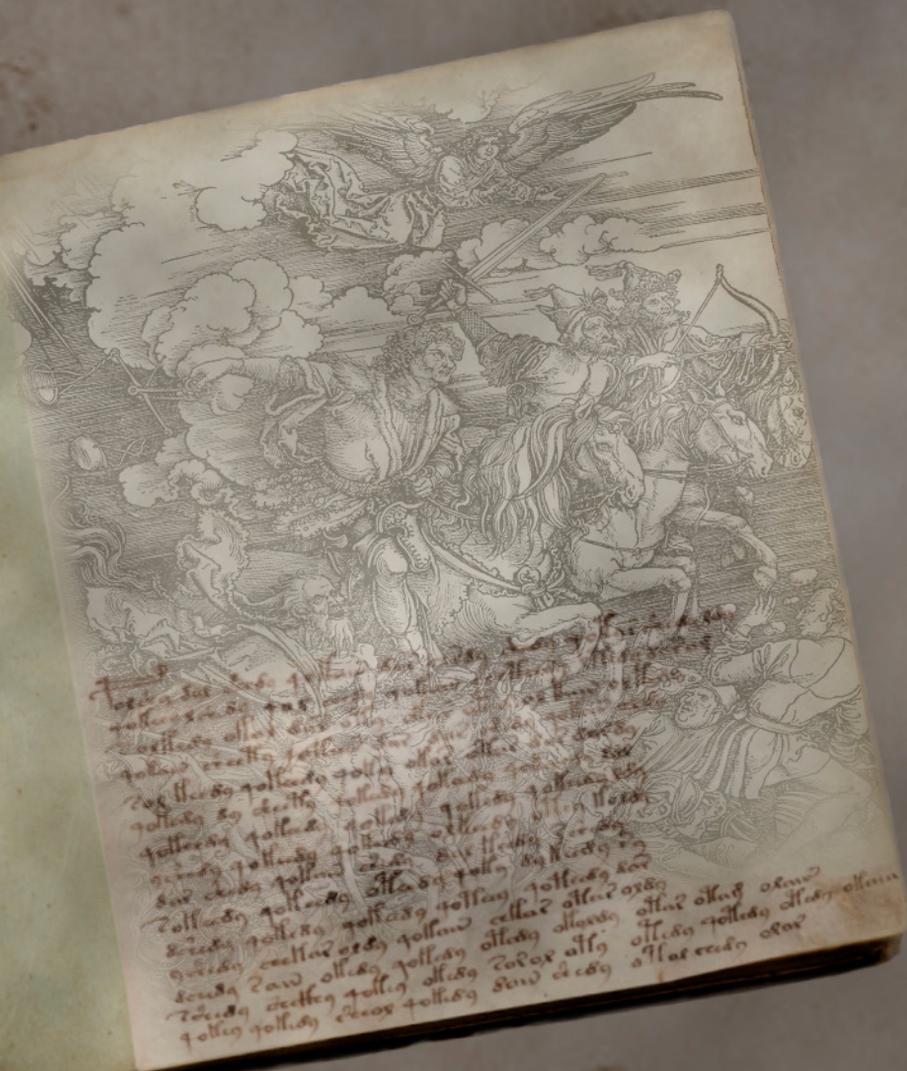
Nada ha cambiado.

La noche avanza y la gente empieza a marcharse. Me siento en el famoso sillón y no puedo evitar que unas lágrimas me resbalen por la cara. Desde mi interior una dulce voz me interroga: «¿Por qué estás triste? No tienes motivos para llorar». Levanto la mirada y me encuentro con la joven del vestido azul. «¿Puedes verme?» «Claro. No te preocupes. Todo saldrá bien. Aquí seremos felices». Es sorprendente que no me extrañe entenderla.

La joven me toma de la mano y al instante, la paz y una luz interior me llenan plenamente. Juntos paseamos a la luz de la luna. Lentamente deambulamos por el monumental palacio. Los jardines, los miradores, el patio del gran estanque, el de los leones. Por último llegamos al patio de la casa dorada. Con una sonrisa me introduce por una de sus puertas.

Jamás he vuelto a añorar el pasado.

Breve esbozo biográfico sobre Nogales Escolha



Ignacio Sánchez-Oro Castellano

Cuando el viajero se interne, vagando por las alisadas llanuras de las vegas del Alagón, unas cuantas quebradas comenzarán a alzarse, cerca de Calzadilla: deberían hacer sospechar al caminante que el terreno se volverá, si no escabroso, sí más arisco y retorcido.

Uno de esos remotos promontorios que se yerguen en la actualidad sigue albergando un enclave de ruinas, abandonadas a la crudeza de la intemperie. La altitud máxima de este accidente geográfico supera los trescientos cincuenta metros de altura sobre el nivel del mar, y solo es accesible por una escarpada cornisa alojada en la cara oeste. Arriba, refugiado del relente por una pared natural de piedra erosionada, todavía yacen, a pesar del paulatino desmoronamiento, algunos fragmentos inconexos de granito puro tallados, vestigios de una antigua construcción. Unos pasos más abajo de la loma que corona el promontorio, aún pueden encontrarse restos de roca elaborada dentro de una gruta, en el lugar de un cauce seco que debió manar en su interior. También hay una plataforma de roca en un costado que asoma al vacío de los farallones del risco: en los días más claros se contempla la fina línea dentada de las demás crestas caurienses, las Cuestas de Mínguez y el Cerro de la Mina, y también

el más elevado Sierrro de Coria. Los pocos montañeros que ascienden al peñasco destacan el rumor del viento dominándolo todo, enzarzado en los matorrales que crecen en las paredes rocosas, espoleado entre las fisuras con un silbido que permanece mucho tiempo después de haber abandonado el lugar.

La historiografía local atribuiría el significado de los vestigios artísticos del escarpado lugar a un motivo sagrado, pero aún indeterminado, en el siglo XIX. Gracias al reciente hallazgo del diario personal de Don Ildefonso Nogales Escolha, en el palacete renacentista de la casa Nogales, en Cáceres, la opinión académica ha esclarecido que esa hipótesis era cierta.

La investigación arqueológica surge a raíz del aviso de los dueños del palacete, los actuales duques de Nogales, que después del fallecimiento de su abuelo, hallaron restos balísticos, una máscara de gas, tres granadas de mano, cinco fusiles, y una escopeta de caza. El arsenal está fechado en las inmediaciones de la Guerra Civil Española, y tras la intervención del cuerpo de desactivación de explosivos se halló una serie de documentos bibliográficos escondidos junto con las armas en un subterfugio escondido durante más de noventa años. El equipo de arqueólogos ha restaurado diversas ediciones originales de humanistas renacentistas cacereños, pero sin duda el documento de más valor ha sido el diario del personaje que nos ocupa.

Nogales Escolha, nuestro protagonista Ildefonso, nació en Lisboa, menor de una casta de hermanos cuyo número no se ha podido determinar. Acabaría siendo una sapientísima eminencia en teología y

literatura, aunque el tiempo acabaría marginándolo, debido a que sus escritos no pudieron ser conservados. Conocido por sus contemporáneos como anodino e intelectualmente volátil, su calidad de hombre excéntrico le llevó a participar en un recorrido impreciso por los contornos geográficos comarcales.

Su madre fue una instruida dama de la aristocracia lusa. Había vivido su juventud en las latitudes tropicales de la Amazonía brasileña, y tras la muerte de su padre, un proselitista y chiflado miembro de la alcurnia militar, había retornado a la decadente capital atlántica de la nación portuguesa. Allí se agravaron los desórdenes mentales de la madre, tras el parto de su único vástago, no buscado, pues se ha apuntado la posibilidad de que el matrimonio hubiera usurpado a los demás infantes que formarían su familia (hipótesis que apunta el hecho que sus edades no se correlacionen con otras evidencias históricas). Solo Nogales Escolha fue el hijo biológico del matrimonio, cuando la madre tenía una edad muy madura.

Su eminente marido, y ubérrimo padre de Ildefonso, contrataría a los más especializados frenólogos europeos que había en la ciudad, y la variedad de diagnósticos desalentó mucho su opinión sobre la salud craneal e idiosincrática de su muy querida esposa, así que decidió internarla en un manicomio que regía una orden de monjas Regininas, conocidas por su culto mariano. No se privaron de inculcar su adoración en la madre del infante Ildefonso: de las breves y dilatadas en el tiempo visitas a la enferma, el pubescente muchacho se fascinaría por su imaginario ferviente de delirios religiosos. Muchas veces aludía a exóticas junglas y peligrosas bestias que su mente no podía siquiera alcanzar a dar forma concreta,

como árboles que crecían hasta el cielo y maduraban frutos carnosos gigantes, o criaturas con tres patas y plumajes de oro, o con cinco cuernos y penachos de ojos sin párpados, o monstruos antropófagos, y por supuesto, la madre mencionaba ocultas vírgenes en las malezas prehistóricas, que algún conquistador podría encontrar guiado por el resplandor que deslumbraba entre los ramajes. El padre del adolescente Ildefonso se apresuraba a despedirse de la madre para alejarle lo antes posibles de aquellas visiones hiperbólicas, y en el hogar, tras la caída de la noche, su fantasía volaba hacia experiencias divinas y paraísos católicos que le aguardaban más allá del inmenso mar. Sin embargo, para su propia desgracia, Ildefonso jamás podría abandonar la península Ibérica, que él no situaba ya en el óbice del globo terráqueo, sino en lo más remoto del mundo, como un apéndice sobrante y famélico del continente europeo, que a su vez estaría en las postrimerías de todos los lugares salvajes y maravillosos que esperaba conquistar. Hay que entender todos estos datos para comprender la empresa última del aventurado Ildefonso.

Su infancia estuvo sentenciada por una enfermedad respiratoria que acabaría derivando en neumonía que, aunque sanada, le perjudicaría la salud gravemente durante el resto de su vida. Como consecuencia del apoltronamiento crónico al que tuvo que resignarse, se empleó con fiereza a la cultivación de su intelecto. Con el paso de los años, escribiría en sus prolijas memorias (escribió todos y cada uno de sus días en un diario, desde los cinco años hasta la fecha de su muerte, con la única excepción de la fecha de la luna de miel con su esposa), que su temprana aspiración a

una erudición culminante no era más que un intento de satisfacer a sus severos progenitores.

Él siempre asoció la fecha de su nacimiento —1 de noviembre de 1855— con la coincidencia del centenario que se cumplía del tremendo terremoto que destruyó Lisboa, casualidad que le llevó a absorber con encendida admiración los lamentos melifluos de su abuelo y su padre, que pese a ser españoles, anhelaban el fulgor intelectual que había aflorado tras el terremoto en toda Europa, y del que decían orgullosos que Portugal había sido protagonista. De hecho, el padre del benjamín Ildefonso tomó tan enserio los textos que Rousseau había escrito tras el desastre, que se decantó por la sencilla vida rural, como el filósofo arengaba en sus textos. Deshecho de su esposa, compró una villa en la localidad de Castelo Branco donde criaría al adolescente Ildefonso, cuyo retiro en aquel lugar desolado agravó más sus problemas respiratorios, a causa de las alergias a los pólenes y a las gramíneas. Por otro lado, aunque esto no debió de ser percibido por el abstraído padre de Ildefonso, el año 1855 iba a determinar una época de bonanza en el reino luso, ya que asumía la corona Pedro V, finalizando así la regencia de Fernando II. El nuevo rey garantizaría un reinado constitucional y contribuyó a un clima de apertura, que sin duda influiría en la educación liberal del infante Ildefonso.

El padre del joven Ildefonso era el director de una lonja de pescado, y dueño a su vez de una flota de barcas de pesca, que él siempre imaginaba naos que fletaban sus onerosas velas a los vientos del océano. El origen de su familia había que buscarlo en las más distantes raíces nobiliarias de la enervación genealógica: la estirpe Nogales había habitado desde

hacía siglos en un palacete renacentista, en Cáceres, pero el edificio vetusto arrastraba un pesaroso olvido, porque el padre de Ildfonso lo había abandonado al cuidado de un huraño guardés al partir a Lisboa, y ahora su fachada de granito solía desfragmentarse de vez en cuando, por la humedad o por la erosión de las matas que crecían entre la mampostería. El viejo blasón servía de nido para unas golondrinas que volaban pizpiretas al atardecer.

Tuvieron que ser los hermanos, que se quedaron en Lisboa, quienes lograron que la industria familiar de pescado se conservara, incluso prosperara. El propio y poco emprendedor Ildfonso sospechó siempre la tendencia, que él catalogaba de esotérica, de la grafomanía de su padre: pasó la mayor parte de su vida recluido en una habitación de la finca de Castelo Branco. Escribía con más de veinte seudónimos diferentes a los periódicos de algunas capitales de provincias; con frecuencia solía hacer referencia a una fuerza violenta que sacudirá los valores morales en el nuevo siglo que se acercaba, inevitable metáfora de un sismo. Aunque con el paso del tiempo se ha disgregado la constancia física de sus infinitas publicaciones diluidas en el caudal de la historia, se cree que fue un escritor de versos obsesivo.

En la finca de Castelo Branco, el joven Ildfonso creció subyugado a la idea de que había huido de una capital venal y apocalíptica para refugiarse a los seguros pechos de una naturaleza maternal. Y puede que sin saberlo tuviera razón, ya que se mantuvo alejado de la crisis que duraría desde 1868 a 1872 en todo el país. Su adolescencia estaría marcada por el anhelo piadoso de su madre, el maniático culto a la erudición de su padre y el entorno silvestre ensalzados

románticamente. Todo esto sería el caldo de cultivo para un misticismo febril y que rozaría altas cotas de absurdidad. Se entregó al estudio intenso, con la constancia de una penitencia, a textos teológicos de Santa Teresa, Nipocástico de Sabón, San Juan de la Cruz, San Agustín, Teodemo de Hanatria y Santo Tomás de Aquino. Con la devoción de un seminarista vocacional madura a través de los años, enriqueciendo su vida interior a expensas de una existencia mustia entre incunables deshechos en polvo y estanterías carcomidas. De esta etapa ascética se despega a la edad de veinticinco años, cuando su padre le obliga a contraer matrimonio con una dama de noble ralea conocida como Bianca Poça.

Su familia había convenido el enlace en contra de la voluntad de Ildefonso, que no había sospechado nada de tanto tener la cabeza metida entre las páginas de los plúmbeos volúmenes. El enlace nupcial se celebraría en una abadía alojada en un promontorio de la serranía. Fue un evento tosco y mal preparado del que no se acordaría con mucha ilusión. Un chubasco matutino vertió sus aguas mientras sucedía la homilía y los escasos invitados corrieron desperdigados por la campiña debido a los rayos y los truenos que restallaban apocalípticos. Según narra en su diario, el propio padre de Ildefonso, embebido de los desusados autores de la Ilustración, gritaba a Dios y le desafiaba a matarle con un rayo atravesándole el pecho, pero no sucedió nada y lo tuvieron que amordazar y a atar ante la consternación de su beato hijo.

Pese al mal comienzo, la pareja prosperó en su afecto. El descubrimiento de las veleidades carnales sería una fructífera revelación para el joven, y se ejerció con lubricidad indomable en la consecución de los

variados placeres de la libido, descuidando la moral, hasta que aconteció lo que consideraría una severa reprimenda del Señor: su esposa enfermó de tuberculosis y murió.

Tras el velatorio, la culpabilidad y el escarnio íntimo del tempranísimo viudo Ildefonso fueron tan monumentales que se prometió una obediente castidad para el resto de su vida. «¿Por qué Dios no arrebató la vida al impío de mi padre, cuando le ofendía con su vanidad de mortal entre la furia de sus rayos, y en cambio marchita la lindeza de esta mía flor nada más desplegarme en sus pétalos rosados cual abeja traviesa?» Se lee en una cita de aquellas jornadas lúgubres para nuestro protagonista Ildefonso.

Ingresará entonces, para fustigar su alma pecaminosa, en un seminario de Lisboa, pero a los dos años —el tiempo que tarda en levantar la cabeza de sus textos y enterarse de que su hijo ha enviudado y se ha metido a religioso— su padre le saca de allí y le obliga a estudiar la carrera de Derecho, que el aplicadísimo Ildefonso concluye en un año menos de lo establecido solo para poder volver al seminario lo antes posible.

Sin embargo, el padre, más atento a las acciones de su hijo, le encomendará ponerse a atender negocios relacionados con la lonja en la capital, junto a sus hermanos, mientras él continúa su retiro en Castelo Branco. Los hermanos le acogen con mucha frialdad, sabiendo que se comportará como un patán al mando de los encargos que le ha asignado su padre. Le consideran un amanerado y un incompetente, pero ante la insistencia del progenitor, no tienen más remedio que ceder a los evidentes desastres que acomete en sus primeras participaciones mercantiles. Descuida las plagas de ratas en varios barcos, yerra en los envíos

y manda cargamentos de café a naufragar, incluso se opone al tráfico clandestino de negros que sus hermanos aún llevan a cabo, a pesar de que está abolido hace décadas, y los retiene en las bodegas para liberarlos, aunque cuando se lo permiten sus hermanos, ya han fallecido la mayoría.

El licenciado Ildefonso, tremendamente frustrado, acude a menudo a consolarse al manicomio en la compañía que más estima. Su madre, que ya se ha desvinculado absolutamente del sentido de la realidad, aconseja a su hijo con afecto. Las largas conversaciones que mantiene con ella serán fuente de inspiración del devocionario con el que soñará en los días en que se sienta desgraciado: misteriosos lugares sagrados en las honduras de la naturaleza, la pureza mística del agua que mana de la tierra, lo mítico que hay en las exploraciones, la naturaleza sacrílega del hombre que puede ser lavado por la pureza.

Un fiero temporal destruye gran cantidad de la flota pesquera, en parte gracias a muchas negligencias que no fueron previstas por Ildefonso, demasiado ocupado en su despacho con ardorosas oraciones entre albarán y albarán. Los marineros se amotinan y ahorcan al capitán Espandinha en la verga de mesana. La empresa familiar pelagra por primera vez desde que la habían reflatado los hermanos, pero resulta muy significativo apuntar que al padre no parece importarle demasiado. Los hermanos se hartan de su hermano menor (o mayor, según los distintos autores que se dedican a contrastar fechas con las fuentes indirectas) y durante muchos días su actitud es la de una conspiración, pero el cándido Ildefonso no es capaz de percibir la conjura que acecha sobre él.

No hay evidencias historiográficas para afirmar que la autoría de un accidente que sufre el desventurado Ildefonso en ese momento crucial sea de sus hermanos, así que en rigor a la ciencia, es mejor narrarlo objetivamente. Una calurosa tarde de julio, el piadoso Ildefonso quiere visitar la catedral lisboeta después del trabajo, y se cuela en la multitud de la avenida Rei Palá, cuando una explosión le arrastra al suelo. Las investigaciones oficiales de la época aluden a un anarquista italiano reclamado por las autoridades del país latino que acaba volatilizado al explotarle la precaria bomba casera de dinamita en una lata de conservas, que pretendía arrojar al gentío. El intenso calor de la canícula provoca que el latón aumente de temperatura, y en el momento que va a poner la bomba, el compuesto explota sin remisión en la mano del terrorista. No existía un pretexto político claro para la matanza; el accidente se cobra veinte vidas y resultan cinco heridos, el afortunado Ildefonso entre estos últimos. Existen muchas especulaciones sobre el hecho.

El superviviente Ildefonso sufre secuelas psicológicas de severa gravedad. Lo más importante es que desde entonces se cree tocado por un haz milagroso proyectado desde los cúmulos divinos: tras quedar postrado en una cama de hospital durante semanas, vuelve en sí diciendo que ha sufrido experiencias místicas. Quiere regresar al campo.

Cuando vuelve a Castelo Branco, acuden también los hermanos. La casualidad no despierta la intriga del enfermo Ildefonso, ni tan siquiera cuando su padre fallece en su lecho una mañana en circunstancias no aclaradas, porque los hermanos no permitieron que ningún médico reconociese el cadáver. Tras su muerte, se hallaron centenares de textos literarios pertene-

cientes al progenitor Nogales; la mayoría empezados pero inconclusos, abandonados a las pocas páginas, y en las que se mostraban la huella cada vez más delirante del terror a una fuerza colosal que barrería a todos los habitantes de las ciudades, lugares donde se engendraba la perversidad.

Tras enterrarle, visita a su madre. Es ella quien le aconseja buscar el agua de la vida, una alusión vaguista y absurda que encandila a la ilusión efervescente de Ildefonso. Sin embargo, la locura de su madre es tan hermética que no es capaz de descifrar donde se halla tal fuente. Aunque el universo mágico de Ildefonso se halla siempre en el continente americano, la proyección de sus fuerzas trasladada, no se ha discernido aún por qué motivos, la ubicación de su destino en tierras vecinas. Decide que va a partir a Cáceres a habitar el palacete Nogales. Según los historiadores Rómulo de la Rosa y García Fernández, existe una conjetura: que los hermanos del supuestamente conjurado Ildefonso vendan la hacienda de Castelo Branco para recuperar el dinero perdido y despojen de las participaciones de su hermano. De hecho, otras fuentes, que indican que los hermanos formaban parte de la masonería de Sintra, recogen testimonios de que al regresar a Lisboa juran la promesa de que si vuelve a entrometerse en su negocio, le matarán. Por otro lado, en sus diarios Ildefonso retrata la capital lusa como un nido infecto de pecado que merece ser azotado de nuevo por otro terremoto, mientras que la campiña cacereña se le antoja bucólica, y él anhela el contacto telúrico.

El viaje hasta Cáceres se le antoja al soñador Ildefonso como una alegre escapada hacia un futuro mucho mejor. Al ser tan flaca su envergadura y querer portar tamaña cantidad de libros, decide montar en un

burro uncido a una collera que tirará de un carromato cargado de volúmenes. Los rústicos con los que se va encontrando en su camino —labradores oscuros y pueblerinos que le acechan con risotadas—, le tachan de chiflado. El viaje se retrasa por las múltiples convalecencias que van minando su salud, y en las que se ve obligado a detenerse en las más aberrantes fondas del camino. Por fin, llega al villorrio cacereño, una loma solitaria que se yergue sobre la llanura reseca, y en la que despuntan antiquísimos torreones desmochados y las fachadas de los palacios fortificados.

La visión le hace sentirse un Bocaccio afortunado. Cree que puede salvar de su palacete obras valiosísimas que estén siendo tratadas como restos inútiles. Asciende a través de la plaza mayor hasta el interior del conjunto histórico. Describe con la precisión de un arquitecto la iglesia de San Mateo, la iglesia de San Francisco Javier, la concatedral de Santa María, los palacetes de los Golfines de Abajo. En otros legajos que debió de desechar, explica con parquedad que la solemnidad de edificios palaciegos está marchitada por los olores de sofritos que emergen de los ventanucos, por las sábanas tendidas, los pedigüeños amontonados en las fachadas de las iglesias y por los habitantes zafios que orinan en los callejones.

Cuando llega al palacete familiar, discreta y enjuta edificación cerca del palacio episcopal, halla al guardés devorando un mendrugo de pan en la puerta, y le insta a que le reciba como es debido. Cuando entra dentro, los peores presagios del temeroso Idefonso se han cumplido: la biblioteca de su padre ha sido descuidada. Monta en escandalosa cólera y riñe al guardés, quien no le hace demasiado caso. Esa misma noche se encierra en la biblioteca con la intención de catalogar,

ordenar y analizar los centenarios y apolillados tomos para su conservación. Trabaja hasta altas horas de la madrugada, hasta cuando los fantasmas que moran el palacete se retiran de su vagar por los corredores, y es entonces cuando en uno de los tomos encuentra un tratado de orografía de la región, y halla en las páginas una orientación hacia un caudal de agua al que pocas personas han podido acceder.

Durante semanas le obsesiona aquel vulgar reguero de agua escondido en un risco sin importancia, porque le atribuye la cualidad telúrica y la predisposición mesiánica que tanto ha esperado. Intenta distraerse rastreando la historia de Isabel de Moctezuma, la hija del rey Moctezuma II que erigió el palacio que lleva su nombre, y cuya historia se pierde en el continente al que nunca viajará, pero en el que ha vivido toda su vida. Es el último trabajo intelectual sobre el que está trabajando antes de que lo abandone todo por la promesa de las aguas mágicas. También resulta curioso que en este tiempo reflexiona sobre la reciente muerte de Alfonso XII de tuberculosis, enfermedad que siempre le había horrorizado.

Comienza a narrar sus días con más enjundia en su diario antes de partir a lo que considera su último viaje, ya que sabe que no resistirá la vuelta. La muerte se le antoja necesaria, se considera a sí mismo un mártir que se inmolará. Incluso deja de dormir debido al éxtasis religioso que sufre. Los últimos días en Cáceres los utiliza para aprovisionarse de víveres y le ruega al guardés que envíe sus escritos vitales a su madre. Para su desgracia, el recio patán del guardés no hará el menor caso, y los breviaros biográficos se deteriorarán y se marchitarán hasta que sean ilegibles en su mayor parte.

El conquistador de la fe Ildefonso parte hacia el norte, obcecado en fábulas marianas y exóticas. Su misión es buscar el manantial sagrado, y para ello invoca a Cristo durante horas en extenuantes rezos cuando no va montado en el humilde asno. Durante varios días, cuando llega a alguna localidad, escribe cartas a sus hermanos para que le financien el proyecto. Estos, contentos de que se dedique a sus ínfulas, le acabarán enviando el dinero al palacete, dinero que ya nunca podrá recoger el cándido Ildefonso y que se quedará el guardés.

Algunos testimonios de los oriundos campesinos, recogidos por el naturalista británico John Edmund (afamado colombófilo), hablan de que Ildefonso se apeó del asno cuando este no trotaba con la premura que él le apremiaba, y que se le solía encontrar recorriendo a pie, solitario y andrajoso, las dehesas lejanísimas y los berrocales de una blancura garrapiñada. Había abandonado sus libros. Edmund escribe en sus textos que anduvo a la búsqueda del insólito humanista luso Nogales Escolha cuando se enteró que vagaba por aquellos territorios, aunque jamás lo encontró. Por fin, llega a la importante ciudad de Coria, tras una semana de itinerario.

Los rústicos de la población le toman por un peregrino excéntrico. Comienza a correr el rumor de que vaga por aquellas tierras buscando un tesoro moro que los fráteres enterraron. La propia curia de la catedral de Coria, al que han llegado los rumores, le invitan a que se reúna con ellos, concededores de su fervor: pero niega esas pretensiones tan mundanas ante el cabildo. Al contrario que sucederá con los nobles más adelante, le acogen para que reponga las fuerzas. Sin embargo, las fuentes documentales de la diócesis de

Coria (la catedral fue la única sede episcopal durante muchos siglos, hasta que en el siglo XX tuvo que compartirla con Cáceres) no le citan en ningún momento. Sebastián Aguirre Cano explica que esto se debe a que pronto comprendieron que su onirismo desatado resultaba, cuanto menos, turbador. Solo hay un documento que se conserva: el monaguillo Salustino Expósito Expósito cuenta en sus memorias que Ildefonso no salía de su celda durante días enteros, entregado a la oración y la abstinencia, y que estaba entregado a la memoria de la conocida como La Sabia de Coria, una beata terciaria franciscana muy relevante en la ciudad que vivió dos siglos antes y cuyo nombre, que no recoge el monaguillo, es María de Jesús Ruano Gutiérrez. Es probable que algún religioso alabase su figura y él se quedara prendado, como si fuera una señal más que le acercaba hacia su destino.

A ningún historiador se le escapa la relevancia que tuvo la ciudad de Coria en los días últimos del erudito Nogales Escolha. En primer lugar, la nobleza le recibió con entusiasmo cuando se presentó como el vástago Nogales, pero sus palabras en el diario indican que debió de sufrir algún tipo de rechazo o marginación con posterioridad, tal vez a causa de su aguda rareza, que debía de asustar a la aristocracia cauriense. Sin embargo, su estancia se prolonga durante casi un año. El agravamiento de su estado mental es patente en sus escritos, que deberían poseer, igual que la patología de su padre, una cualidad lenitiva, pero que son una evidencia del delirio que le vencía.

El motivo principal que señalan algunos estudiosos de la biografía de Escolha para que se quedara tanto tiempo en Coria es, curiosamente, la propia catedral, azotada por el latigazo del terremoto lisboeta más de

un centenar de años antes, apenas cuando llevaba siete años concluida su construcción. A pesar de la inmensa lejanía que estriba desde la capital atlántica hasta la ciudad de Coria, distancia que él mismo ha padecido —y le ha condenado—, el fragor que tuvo que ser aquel cataclismo se extendió hasta allí. La prolongadísima grieta que horada la fachada lateral, todavía en nuestros días, debió de significar para él una muestra de la sabiduría de Dios, de su irreprimible poder ante la actitud pecaminosa del vulgo ateo y liberal —como su padre—. En la catedral se han conservado algunos documentos suyos que escribió allí, escondidos junto con los del monaguillo. En muchos ataca al marqués de Pombal por desafiar a Dios con su arquitectura; es un claro reproche a las ideas ilustradas de su padre, por lo que es de suponer que al final de su vida acabó añorando más a su madre que a su progenitor. También se conservan textos alfanuméricos sin sentido, profecías y dibujos apocalípticos que aterran a quien se asoma a investigarlos. Los criptólogos que han resuelto parte de sus enigmáticos escritos han demostrado que bajo la capa de literatura sacra se esconden unos versos paganos —referidos a sátiros y a ninfas— y también referentes a su viuda Bianca Poça. Otra serie de textos todavía siguen sin resolverse, aunque los criptólogos apuntan a que no significan nada y por eso carecen de sentido —¿episodios febriles, esquizofrenia?—. Los historiadores señalan la importancia de estos textos, porque son los únicos que nos han llegado aparte del diario. Señalan que él podría emplear de manera corriente los crípticos. Las influencias para que ocultara sus narraciones, obedecen a la influencia masónica de sus hermanos, por lo que no se descarta que conociera el Palacio de Reis, ya que en muchas de sus descrip-

ciones fabulosas, las alcazabas poseen cierto parecido con el complejo palaciego de Sintra.

Para Ildefonso es hora de culminar su destino divino. Se despide de los clérigos y sigue su camino por la campiña floreciente de primavera. Con el esfuerzo de la travesía, vuelven a atacarle las fiebres y tiene que reposar en ventas inmundas muchas noches. Se le agravan los problemas respiratorios.

Finalmente, decide abandonar el lecho sin haberse recuperado. En su camino por las tierras despejadas que orillan con el Alagón, afluente del Tajo, se topa con el enorme risco, conocido popularmente en esa época como el Arrugaino, del que aún no sabe que será su sepultura.

Afirma que es el promontorio del que hablaba el tratado del palacio Nogales. Todavía hoy no se ha podido determinar si ese texto existió en realidad, por lo que le habría llevado hasta allí, o si solo había errado sin conciencia en los parajes y se detuvo por el azar del abatimiento. La explicación de las leyendas folclóricas es una imprecación religiosa que entonces le hizo detenerse en forma de rumor de aguas procelosas. Durante dos jornadas explora la elevación, trepando por el relieve accidentado, hasta coronar la cima. Cuando culmina la ascensión, su estado físico, ahído de esfuerzo, se resiente; su cuerpo le traiciona. No es capaz de moverse más. Las fiebres ya le están reduciendo a un moribundo. Justo en ese momento encuentra una garganta natural que desciende por una brecha, y cae en una cascada en el interior de una cavidad grotesca. Al encontrarse con el prístino reflejo, considera que las visiones le han llevado hasta el sitio adecuado. Bebe agua. En el éxtasis del hallazgo, se queda velando el milagro, y trascurren los días, hasta

que las fuerzas del orden público que suben hasta su paradero, siguiendo la pista que le han dado los villanos, le encuentran agonizando.

El yaciente Ildefonso les toma las manos a cada uno ante su asombro y ruega que recen con él. Se resiste beatíficamente a que lo trasladen. Bebe de las aguas milagrosas pero rechaza la comida. Habla de un advenimiento, de las aguas mágicas que sanarán a la humanidad, de una mujer santa —¿su madre?—, pero los agentes creen que es la Virgen María y así lo manifiestan en un informe que resultará extraviado misteriosamente.

Algunos aldeanos que han acompañado a las autoridades le velan durante la noche, en la cual tintinean las diamantinas estrellas sobre el risco. Prenden hogueras. Le escuchan. Su verbo, encendido y culto, suena profético. Por la mañana, el ferviente Ildefonso ha fallecido. Los aldeanos que contemplan su cadáver se asustan y protestan para que se quede su cuerpo allí. Los agentes se niegan y quieren trasladar los restos sin vida a un cementerio cercano. Al final los villanos convencen a las autoridades, lo entierran cerca de la gruta, y no abandonan el risco.

Las habladurías sobre que se ha encontrado un milagro de aguas medicinales se extiende por las aldeas lindantes durante los días siguientes. Cada vez crecerán más rumores que circulan en regiones más distantes sobre sus beneficiosos poderes. Desde el promontorio, en la lejanía, se divisarán excursiones hasta la fuente mágica, que por la noche, como filas de hormigas, vagan en procesiones con candiles encendidos. A comienzos del nuevo siglo XX que se inaugura, el risco suele ser trepado por grandes multitudes que se abarrotan con la llegada de la primavera. Incluso hay

despeñamientos mortales que truncan la búsqueda de los prodigios.

Las autoridades religiosas de la diócesis de Coria contienen el fervor popular. Comunican que las aguas no poseen propiedades miríficas. Aun así, unos maestros carpinteros venidos de Indaha-a-Nova para venerar al que fue su vecino y que consideran un santo, construyen una pequeña ermita fabricada con madera para albergar una talla labrada de una virgen.

Las peregrinaciones de crédulos y fervorosos cada vez vienen de más lejos hasta aquella altitud venerada. Se levanta en el promontorio, por orden del marqués de Gardiano, de Coria, una raquílica espadaña con campanas de cobre y garitas militares de granito donde se apostan vagos soldados en las romerías que se acaban sucediendo año tras año. La Virgen de la talla es conocida popularmente como la Virgen de las Aguas. El populacho se divierte bañándose en las gargantas naturales, se llevan agua en cántaros que muchas veces se vierten al descender por la cornisa, montan tenderetes con dulces en honor al pío Ildefonso, se venden reliquias falsas, aparecen milagros falaces.

Concienzudos teólogos de los oscuros seminarios de las localidades vecinas alaban la figura mística del descubridor. Cunde la leyenda acerca de sus visiones reveladoras y de su supervivencia divina a una bomba. Pocos alaban el que dedicara su vida al estudio y a la inspiración.

Tras muchas polémicas en las que pretenden que sus ingentes cantidades de literatura mística sean reconocidas por las autoridades eclesiásticas de la diócesis de Coria, las pocas voces serias que elogiaban su trabajo son desoídas. Se puede suponer que la

condición anticlerical de la familia Nogales hace desconfiar al Cabildo, y tachan a Ildefonso de pagano y lo condenan al ostracismo. Los textos emigran hasta Cáceres. Algunos historiadores han elaborado la hipótesis en base a pruebas circunstanciales de que es el propio Expósito Expósito, ya ordenado cura, quien se encarga del traslado. Sin embargo, serán compilados de mala manera y archivados en el palacio de los Nogales, donde el hijo del guardés los sigue descuidando, junto con los delirantes textos de su padre, que tampoco sobrevivirán a las siguientes generaciones para que los estudiosos puedan analizarlos.

Al mismo tiempo, no dando el consentimiento la Iglesia, el cuerpo es exhumado por recientes y efímeros acólitos, y en la ermita se exponen sus huesos en un relicario de cristal, ya que los hermanos de Ildefonso, cuyo negocio había vuelto a prosperar, donan dinero para que se levantara con piedra la ermita. Se puede aventurar que esa decisión se enfrenta con la de la Iglesia, que se empeñará desde entonces en borrar las huellas de Nogales Escolha a toda costa, motivo por el que es un autor cuya obra no había llegado hasta nuestros días, y que le aportaba el aura de intriga por la que se le conoce. Sin embargo, nunca llegará a edificarse más de medio metro de la ermita, ya que estalla la Gran Guerra y los hermanos prefieren cambiar de opinión e invertir su capital al servicio de la manufactura de uniformes militares lusos, que debe reportar más capital que la fe. También retoman el palacio.

A través de los años, la multitud va atenuando su asistencia al sacro confín, hasta que las siguientes generaciones desdeñan seguir acudiendo. La difícil situación orográfica y la lejanía respecto a las pobla-

ciones cercanas, favorecen que la peregrinación sea difícil. Menguan las excursiones. El risco se sume en un paulatino olvido. Los años maltratan y abandonan el recinto religioso, expuesto a las rachas furiosas y las lluvias. Entonces, sin que aún se sepa muy bien por qué, la garganta comienza a rebajar su caudal, con el paso de los años, hasta que no es más que un hilo de agua que recorre el lecho erosionado de la roca, donde antes fluía el arroyo. Se acaba secando. Los restos inaugurales de la ermita inconclusa terminan por desmigajarse. Su mampostería se esparce por el risco, la mayoría de las rocas caen por los altos flancos del relieve, como si un viento silbante los arrojara en los atardeceres rosados. Entre las rocas que allí quedan, la urna con los restos del difunto Ildefonso quedan a disposición de las aves carroñeras, que se llevan uno por uno sus huesos torcidos, hasta que sólo queda la calavera abandonada entre la maleza. Dicen que un pastor la encontró y adorna la repisa de su hogar.

**Un cuento, dos
relatos
(II)
La niña de la parra**



Xiomary Urbáez

Algunas «desobedientes» desafiaron al milenario Moloch, atrapando como heroínas de cuentos de hadas la imaginación del mundo con las letras y cortaron sin piedad sus siete cabezas.

El médico de la familia, advierte de los peligros que puede correr una joven con tanta lectura, sobre todo si no existe la figura de un padre para poner orden.

—Esta ausencia de nuestro querido Rafael permite a la pequeña Ana Teresa un amor demasiado intenso por los cuentos y las novelas. Alguien debe colocar límites —dice en clara referencia a la madre que tomada por sorpresa, da un respingo y lanza un largo suspiro.

A Ana Teresa la exhalación de su mamá le suena a resignación. La mira divertida. La señora Isabel se prepara para escuchar la gastada cantaleta del buen hombre, a quien nadie le está pidiendo opinión.

—Hay que tener cuidado con esa literatura frívola y emponzoñada esparcida por el mundo como una plaga. Es una señal segura del declive en las letras y además, es la causa de grandes males para nuestras sociedades.

El hombre mira a Ana Teresa que se ha mantenido silenciosa, distraída, enredando un mechón de su liso cabello oscuro, entre los dedos. Preocupado agrega:

—La mujer, no debe ser muy instruida. Esta niña solo necesita algo de lectura, escritura, aritmética, gramática, geografía e historia.

Ana Teresa lo mira sorprendida con sus vivaces ojos verdes muy abiertos, pero no dice nada. Ella es como una paloma de la paz. No le gustan las discusiones. La niña es afable y cordial... en apariencia. Sin embargo, Ana Teresa resiente calladita las órdenes. Sobre todo, si no tienen sentido. Mientras afuera vibra la ciudad afrancesada, el galeno continúa exponiendo una opinión que nadie ha solicitado.

—Piano, pintura, francés y obligatorio, costura ¡Todas labores propias de su género! —afirma finalizando la absurda perorata con una amplia sonrisa en el mofletudo rostro.

Ana Teresa, a sus diez años, piensa que la cultura no debe ser de acceso exclusivo. Vuelve a mirar de reojo al entremetido. Él es una clara muestra. Sonríe para sí. Está segura de que el gusto del señor se inclina más hacia la *L'Opera comique* o el *cancan*. Está a punto de dejar escapar una sonora carcajada. Se contiene a tiempo. No obstante, su boca de arco bien dibujado, con labios del tono de las cerezas, se tuerce ligeramente en una sutil sonrisa. La boca de la niña parece un bombón azucarado.

Recuerda la conversación que tuvo su mamá con una vecina solterona, mientras bordaban afanosas. Los *ruches* de los largos vestidos arrastrando en el pulidísimo piso del salón del té. Por los vidrios de las blancas puertas, el sol de la tarde filtraba sus benignos rayos, dando a la habitación una claridad acogedora. A los pies de las mujeres, reposaba la cesta de mimbre, vestida en delicada tela de encajes, conteniendo los hilos en bolas de colores y las agujas de diferentes tamaños.

—Hace poco quise llevar al teatro a mi sobrina. Tú sabes... Alicita... la que tiene veintidós, pero todavía

está soltera —dice la señora con un profundo dejo de preocupación frente a esa «condición» de malquerida de su parienta.

Pobre chica había pensado Ana Teresa. Si no lograba encontrar marido, las mujeres de su familia no le perdonarían no haber podido organizar el *trousseau*, como era la costumbre.

—Me encontré con que las obras más populares son *Amants*, *Le Carnet du diable* y *Paris fin de sexe* —había explicado la vecina a su mamá, bajando considerablemente el tono de su voz para que Ana Teresa no escuchara.

Todas son un ultraje para una muchacha decente. Protagonizadas por actrices y bailarinas ligeras de ropas... —había guardado un breve silencio.

Un rictus de amargura había aparecido en la fofatez de la señora.

—¡No tengo palabras para describirlas!, —había exclamado al fin, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

A Ana Teresa, a pesar de su corta edad, le gusta el teatro, la ópera y la zarzuela. Además es una aficionada de las retretas que se hacen en las plazas. Adora ver el romance de las parejitas escondidas entre los árboles o, de las que danzan al ritmo de los valeses, listas para cambiar la cadencia con las transiciones de la orquesta. Sobre todo le gusta tener la oportunidad de usar sus vestidos de fiesta, sin cuello, con *ruches pierrot* y el sombrerito de plumas que lleva en ocasiones especiales; un regalo de su difunto padre que atesora con amor. Tenía solo seis años cuando él la llevó a los almacenes de Compagnie Francaise y ella misma lo escogió. Cuando hay mucho fresco, su mamá le permite usar una mini estola de encaje malinés. Ella se siente grande.

Ana Teresa trata de toser, pero del trancado pecho solo sale un sonido perruno.

—La combinación de paz, armonía y aire limpio de la hacienda El Tazón, hará milagros en la salud de la niña, —comenta el médico, diciendo por fin algo con sentido.

Esta enfermita necesita un descanso, sin situaciones emotivas discordantes que la alteren, —manifiesta, refiriéndose al resto de sus cinco hermanos.

Ana Teresa piensa en el trapiche. En los brazos sudorosos descargando los montones de caña y en los hijos de los peones con las bocas llenas de papelón en pedazos, disputándose a las avispa ambarinas y glotonas. Ana Teresa recuerda la hermosa hacienda entre los dos arroyos.

La ciudad colonial, con sus casas de salientes aleros rojos, no es un ambiente saludable para el pecho de Ana Teresa. Sobre todo, después del paseo por el barrio de El Silencio, que de silencioso no tiene nada. Se habían perdido por esa «pústula citadina», como la llamaba Isabel, situada a pocas cuadras del Capitolio, de la Universidad y de la Plaza principal, corazón y centro de la urbe.

—Ese lugar escandaloso y disoluto... ¿Cómo pudieron llegar hasta allí?, —reclamaba una y otra vez su mamá, a la compungida aya francesa.

La crianza rancia de Isabel aparecía cada tanto, en aquellos exagerados comentarios.

Aquella tarde, las corrientes frías que bajan de la gran montaña, habían afectado su salud, no así las tabernas de El Silencio, piensa Ana Teresa, mientras desde el landó camino a El Tazón, se deja seducir por el hermoso paisaje de campos sembrados, la campes- tre ilustración de las casas de estilo colonial y el sonido

del agua, proveniente de los estanques cercanos. Veintitrés grados centígrados de aire puro, la hacen respirar profundamente. La templada temperatura ha comenzado a obrar el portento. La niña convence a la francesa y al chofer, de mantener la capota baja. El buen hombre voltea regularmente, mientras conduce con mano firme el caballo que empuja el vehículo, desde el asiento elevado al frente del carruaje. Ana Teresa le sonríe beatíficamente.

Al día siguiente, Ana Teresa sale muy temprano, dispuesta a dar una caminata de reconocimiento por el campo. La acompaña Chocolate. El rápido e inteligente pastor alemán trota a su lado. Su pelaje negro, de bordes café, mecido por el viento mañanero. De repente, el perro comienza a dar mordiscos en el aire. Las puntiagudas y bien proporcionadas orejas se erizan a los lados de la cabeza. Ana Teresa también escucha ruidos extraños.

Un hombrecito bien proporcionado, pero no más alto de treinta centímetros, ríe a carcajadas entre las hojas acorazonadas de una parra silvestre. El pequeñín se distrae usando como columpio las ramas trepadoras, enrolladas alrededor del tronco de un frondoso árbol. Al balancearse hacia atrás, se hace invisible. Al hacerlo hacia adelante, es visible.

Ana Teresa y Chocolate permanecen mudos, petrificados por la impresión. Mariposas de todos los colores aletean primorosamente alrededor del duendecillo y de los racimitos como de uva, que nunca llegaron a desarrollarse. Con el movimiento, sale un polvillo dorado que impregna de chispas el aire.

Su camisa, pantalón y zapatos puntiagudos, tienen cada uno, los matices alegres de las flores. En la cabeza un enorme sombrero terminado en puntas,

da el toque final al estrafalarío atuendo. El duende, sin mirarlos todavía, saca de uno de los bolsillos una flauta.

Algo le dice a Ana Teresa que él sabe que ellos están allí. Pasan algunos minutos. Al fin, el duende sonrío al verlos. Comienza a tocar la flauta. Del instrumento, sale una música muy hermosa que suena dulce en los oídos. Parece tener buen talante, considera la niña, sin sentir miedo. Pero es extraño, muy extraño, piensa preocupada. Me conviene tratarlo bien.

—Señor, —empieza a balbucear modestamente, sin tener la certeza de que está usando el tono adecuado.

El duende sigue tocando la flauta.

—¿Me puedes decir quién eres?, —se atreve finalmente a preguntar Ana Teresa.

—Depende de quién quiere saberlo, —contesta el hombrecillo, parando de tocar, mirándolos fijamente.

Sin sentirse intimidada, Ana Teresa vuelve a la carga. No hay titubeo.

—Ana Teresa. Me llamo Ana Teresa Parra —dice—, y por cierto... ¿Qué haces tú guindado en esa parra?

—Demasiado curiosa, —murmura el duende, ras-cándose la barbilla y meneando la cabeza como si la desaprobara—. Parra, así que te apellidas Parra, —balbucee rápidamente, más para él mismo que para sus interlocutores. Extraña coincidencia, ¿no crees? —la mira fijamente—, aunque las coincidencias no existen —afirma apuntándola con el índice.

Hace una pausa y después añade:

—Cierra los ojos y piensa en algo que desees.

Ana Teresa hace lo que se le ordena. Presurosa aprieta los ojos.

—Si fluyeras con el tiempo como lo hago yo, —dice el duende—, no hablarías de adelantarlo... El tiempo no se adelanta.

Ana Teresa permanece muda de asombro. El hombrecillo le está leyendo el pensamiento.

—Tampoco pensarías en dejar de ser niña. Las diferencias entre varones y hembras son físicas nada más. El intelecto no tiene género.

Un pesado silencio impregna el ambiente. Chocolate ha dejado de ladrar.

—Yo quiero ser adulta —dice la niña dubitativa—. No es lo que quiero decir... —protesta Ana Teresa—. En realidad, me hubiera gustado ser hombre —confiesa finalmente Ana Teresa, suspirando.

O por lo menos, tener las oportunidades que tienen los varones, —agrega al fin, en un tono tan afligido, que achispa la mirada del gnomo y lo obliga a soltar una alegre carcajada.

Repentinamente, un viento levanta un remolino alrededor de Ana Teresa y del pastor alemán. Hojas, flores, mariposas y chispas doradas, dan vueltas. El mundo parece detenerse, quedar suspendido. Inquietos, menudos, llenos de escarcha, el perro y la niña levitan. Debajo, la tersa alfombra de la grama fresca, luce como pátina esmeralda.

—¡Qué impresión tan rara! —exclama Ana Teresa—, me siento liviana.

Y así era, en efecto. Ahora pesa muy poquito. Su carita se ilumina de gusto al ver que se eleva por entre las hojas de la mágica parra, seguida muy de cerca por Chocolate.

Desde allí, observa el verde suave de los amplios cañaverales. Por aquí y por allá, entre la hierba, aparecen doradas manchas luminosas. Los pájaros

distraídos, entre el ramaje de la caña, trinan contentos, regodeados en tanta dulzura.

Ella no sabe cómo, pero la vista de Ana Teresa va más allá. Atraviesa el océano. La niña ve ciudades enteras. Algunas cubiertas de nieve, escarchadas bajo mantos blancos y plateados. En pleno corazón de Roma, tropieza con el coliseo y el foro. Más allá, se recrea entre las cumbres del arte andalusí, con la ciudad palatina de La Alhambra. Se le cansan los ojos recorriendo la muralla china. Pestañea mil veces frente al más portentoso y emblemático de los monumentos: La Gran Pirámide de Guiza. Da un respingo. «¡Es una de las siete maravillas del mundo antiguo!» En la orilla del río Sena, echa un vistazo a la torre Eiffel, la estructura más alta de París. Al sur de Manhattan, junto a la desembocadura del río Hudson, cerca de la isla de Ellis, distingue a La Libertad iluminando el mundo.

Casi sin darse cuenta, Ana Teresa comienza a bajar. En pocos segundos, está nuevamente bajo las ramas de la parra. La muchachita atónita, pestañea mil veces, se estruja los ojos, se rasca la cabeza.

—¿Qué harás con lo que has visto? —pregunta el gnomo.

Ana Teresa permanece silenciosa sin saber qué responder. Lo mira con curiosidad. El duende sonrío.

—Puedo... Puedo... Puedo... —balbucea la niña.

Hay un momento de silencio mientras Ana Teresa reflexiona.

—Puedo escribir un cuento —grita finalmente la niña alegre.

El hombrecillo deja escapar un profundo suspiro y asiente.

—¡Eso es! ¡Eso! Las letras te liberan. Escribe y cambia el mundo ¡Ya lo creo! —Una amplia sonrisa ilumina su rostro.

El duende encoge los hombros complacido. De pronto mira alrededor y lanza una exclamación:

—¡Caramba! Debo irme. Me voy volando. No me olvides niña de la parra.

—No lo haré —responde Ana Teresa, agitando su manita en señal de despedida.

La muchachita mira a Chocolate y sonrío. En un santiamén, el gnomo se esfuma como si nada.

—Niña de la parra... niña de la parra, —repite pensativa—. ¿Crees tú que...? Teresa de la Parra —balbucea...

—¿Qué te parece ese nombre para una escritora? —pregunta al animal.

El perro la mira con ojos soñadores, mueve la cola, ladea la cabeza y ladra varias veces, en señal de asentimiento.

En el transcurso de un año...



J. Miguel G. Martín

La vida iba volviendo a la normalidad. En los montículos de arena apelmazada a ambos lados de las aceras aún podían verse manchas de sangre, el rastro de los cuerpos que habían caído y que habían sido arrastrados y arrojados a los carros, uno encima del otro hasta formar una confusa montonera; todavía se elevaba, en el horizonte, alguna columna de humo hacia el cielo encapotado, último vestigio de los incendios; y por el arroyo, enlodado del agua sucia, gris de ceniza, se escurrían perezosos, apenas legibles, los últimos pasquines, compuestos con tipografía urgente, llamando a la resistencia. Pero la vida en la ciudad se iba restableciendo, similar en lo posible a como había sido —aunque los hechos serían difíciles de olvidar—, antes de noviembre, antes incluso de que la nación —pero esto resultaría todavía más imposible borrarlo de la memoria— se hubiera embarcado en una larga, ruinosa, fracasada guerra.

Pese a que en varias intersecciones los cascotes, restos de las barricadas derruidas, ocupasen aún el centro de la calzada, y varias vías estuviesen siendo adoquinadas de nuevo, ya los tranvías verdes, de tracción eléctrica, y esos otros omnibuses tirados por mulas surcaban las avenidas colmados de viajeros.

Y aunque a paso cansino, como el transporte, el calor apuntaba ya en la atmósfera, el cielo se mostraba cada día más diáfano y azul, y unas rachas de brisa perfumada, anuncio de primavera, se expandían desde los parques con mayor frecuencia.

Dos hombres caminaban, sin embargo, con paso grave —*todavía* grave, se podría decir— por aquellas aceras salpicadas de suciedad y barro. Había ya anochecido casi por completo, y pese a la oscuridad creciente y a la mortecina luz amarillenta que vertían las farolas, podía advertirse en ambos un semblante preocupado. Iban conversando entre sí y, cada pocos pasos, llevados por la mecánica del diálogo, se detenían para insistir en algún punto en concreto...

Yo pude hablar con Harris, uno de aquellos dos hombres, con quien me unía una cierta amistad, apenas un año después de los acontecimientos que se van a referir. Hablé con Harris cuando ya había quedado por completo fuera de juego, arrastrado hacia una oscuridad anónima. Nadie hubiera sospechado su destino por aquellos días, cuando caminaba con paso grave, ya se ha dicho, la espalda erguida, la frente alta, el sombrero recto, el gabán perfectamente ajustado sobre los hombros, convencido de su importancia, aunque no fuera mucha en realidad. Cuando conocí a Harris, era solo el director de una de tantas publicaciones como proliferaban en aquellos días, aventadas por la incertidumbre de los tiempos, por los rumores que suelen crecer en medio del caos, y también, a qué negarlo, por las mentiras interesadas. *El Observador de la Ciudad* se llamaba su semanario —en sus oficinas fue donde por primera vez le estreché la mano— y bastaba con echar un vistazo a la primera de sus páginas, o leer cualquier artículo tomado al azar, para

darse cuenta de quién estaba detrás de aquella breve maraña de papel, mal encuadrada entre titulares de reminiscencias góticas.

Nunca le pregunté, pero estoy seguro de que la fantasiosa Sociedad del Supremo Norte era la propietaria de la publicación. Esos chalados, sí, ila Sociedad del Supremo Norte! Costaba creer que tipos como Harris, de semblante tan circunspecto y de aspecto que pretendía ser importante, se tomasen en serio las sandeces que vertía aquel círculo de *iniciados*. Todo aquello de la raza pura superviviente del desastre de la Atlántida, o venidos, como sostenían otros no más listos, de Aldebarán, náufragos en la Tierra, donde habían sido contaminados por judíos, por eslavos, por toda una retahíla de razas inferiores... Créanme que a veces me resultaba ofensivo escuchar a tipos como Harris, a quienes tenía por inteligentes, repetir aquella sarta de patrañas... O quizás —también lo pensaba en ocasiones—, lo que ocurría era que Harris era mucho más profundo, o al menos más sensato y más práctico, de lo que aparentaba. Tal vez la creencia última de Harris era, en lo inmediato, dirigir el semanario de la Sociedad del Supremo Norte, asegurarse el sustento y, después de ello, conseguir que la Sociedad le financiara sus sueños políticos, incluso ¿por qué no? llegar a captar a alguno de sus miembros, ganarlo para su proyecto. Porque algo inexplicable había en aquel grupo de chalados que atraía a la gente de alta posición, que llegaba a magnetizarlos, hacer que donaran sedes, aportaran dinero, llegaran hasta el sacrificio personal... Así al menos me lo planteaba yo, en términos de misterio difícil de resolver, cuando por aquellos días, en mitad de la refriega, los cadáveres del príncipe y de la condesa aparecieron entre los luchadores caídos

en el combate contra el Gobierno Regional, cuando los defensores de la Nación, finalmente triunfantes, rescataron sus cuerpos de la montaña de víctimas para rendirles los debidos honores. ¿Caídos por que?...creo que nunca llegaré a saberlo: no oí las rimbombantes palabras —no estuve en el entierro—, y si no lo he dicho ya, la lectura de *El Observador de la Ciudad* no estaba entre mis favoritas. *El Observador de la Ciudad e Información Deportiva*, se llamaba, por cierto, en aquella época el semanario que dirigía Harris; señal indudable, a mi entender, del pragmatismo de mi amigo: una publicación para ensalzar la raza y, ya de paso, enterarte del resultado de las carreras de caballos; la mezcla da una buena idea del carácter del hombre...

Quien caminaba junto a Harris se apellidaba Dexter y era casi diez años mayor que él. Se trataba de un tipo alto, delgado, de facciones angulosas, barbilla prominente, gafas redondas y bigote bien peinado hacia los lados; caminante de amplia zancada, algo desgarrada, parecía que el sombrero y el abrigo le habían caído desde la altura hasta cubrirle de cualquier forma. Tenía, en fin, toda la elegancia que se le puede exigir a un mecánico ferroviario —esa me dijo Harris que era su profesión— metido a político. Un individuo risible si no fuera por el brillo de su mirada, acerado como los trebejos de su profesión, y si no fuera por la exaltación con que hablaba de sus ideas. ¡Ah, las ideas! En esto era en lo que ni Harris, director de una publicación casi imposible, ni Dexter, viejo apretador de tuercas, admitían la menor sombra de duda: en sus ideas, en la convicción de que, del modo que fuera, había que salvar a la patria.

Aquel sentimiento era, para ellos, una pulsión imperiosa: ambos sospechaban que un futuro terrible

aguardaba a la vieja nación, exhausta y derrotada. Un terremoto, por ejemplo, en forma de bolchevismo que, de momento, los veteranos, armados a toda prisa por el Gobierno Central, habían conseguido reprimir, pero ambos sabían que el respiro de esas semanas en que se presentía la primavera era sólo pasajero. Que llegarían jornadas peores, y luchas más enconadas. La guerra en los taludes de tierra había concluido, pero ambos *estaban convencidos* de que la verdadera lucha, la lucha por la salvación de la patria, se seguía librando en esos momentos: en los comedores de beneficencia, en los hospitales, en los comercios y en las fábricas donde los obreros supervivientes de la guerra laboraban en el torno mecánico con la cabeza gacha y la derrota en la mirada... ¿Abandonar frente a los bolchevistas que, pese a su reciente sofocación, seguían haciendo circular, mediante murmuraciones, sus consignas por los puestos de trabajo, que repartían subrepticamente sus octavillas entre los descargadores del mercado? ¿Cejar, se decían, contra esas ratas? Los cuerpos de veteranos no estarían allí siempre, ni habrían de bastar para frenar la siguiente oleada; tanto Dexter como Harris *sabían* que el comunismo acabaría por extender e imponerse a no ser que en el obrero penetraran otros valores.

Los valores de la patria.

Eso fue lo que les llevó a ambos a afiliarse y coincidir en la Sociedad del Supremo Norte y lo mismo, sospecho, que les llevó a concluir que con esas ideas mitológicas, algo fantasiosas y bastante absurdas, quizás no fuera suficiente. Se imponía una lucha más directa, menos fantasmal, una lucha política. De ahí que fundaran el Círculo de Trabajadores cuando los soldados comenzaron a volver del frente —mutilados,

ciegos, reventados los pulmones por efecto del gas, aniquilados por la magnitud de la derrota, quemados, heridos, rendidos al fin tras haber empuñado el arma en las trincheras y entre el barro durante más de cuatro años, vapuleados después de haberse lanzado con orgullo ciego a las oficinas de reclutamiento—. De ahí que lo volvieran a intentar con el partido, cuando en noviembre los soldados y obreros más sediciosos —esos que entonces llenaban las cárceles y cuyos cadáveres habían jalonado hacía apenas unos días las calles— se habían hecho con el control del Estado regional, separado del Gobierno Central y proclamado una República Soviética. Dexter y Harris lo intentaron una vez, lo intentaron dos veces, pero para aquel anoche en que los tranvías volvían a recorrer las calles, la primavera apuntaba en los jardines y los faroles vertían sobre el empedrado una luz turbia, apenas si habían logrado reunir a más de cuarenta personas en sus mítines.

Pese a todo, ambos se resistían a abandonar. Yo conocí, como digo, a Harris, le oí hablar de Dexter, y supe hasta qué punto el afán por salvar a la patria se había convertido para ambos en una idea fija, una obsesión, un velo que les impedía aceptar la derrota. Fue Harris quien, al fin, decidió organizar una nueva reunión y anunciarla con todo *lujo* tipográfico —ya saben lo que opino sobre el goticismo de *El Observador de la Ciudad*— en su semanario. Tenían la esperanza de reunir, en aquellos días en que la sublevación bolchevique había sido ya aplastada, a un centenar de personas...

Si estoy contando esta historia es porque dispongo de datos; quizás no los suficientes para recomponer el cuadro entero —¿quién podría hacerlo, en realidad?— pero sí bastantes. De igual manera que trabé, en su día, cierta amistad con Harris, llegué a conocer a un tipo que por esa época trabajaba en el Ejército de la Nación. Gracias a él, supe que el anuncio de *El Observador de la Ciudad* donde se llamaba a la reunión del partido de Harris y Dexter, después de haber pasado por varios mandos intermedios, fue a parar —bien rodeado el texto de un impulsivo trazo de lápiz— al despacho decisorio de la Inteligencia militar. No recuerdo qué nombre tenía el departamento por aquellos días; quizás ni ellos mismos lo supieran bien: hacía apenas unos meses que habían caído derrotados en la guerra y un maremoto en forma de reestructuración había sido impuesto por los vencedores. Sin embargo, el departamento de Inteligencia —o como fuera su nuevo nombre— seguía activo, más incluso que en la época de la lucha en el frente. El enemigo, esta vez, era el bolchevismo, y el escenario de la batalla no el campo abierto ni la trinchera embarrada, sino las casas de vecindad en que la portera pudiera dar algún dato, la charla con el camarero de la cervecería de la que se pudiera obtener una confidencia, el callejón oscuro entre cuyas sombras aplicar la oreja... El departamento de Inteligencia —o lo que fuese, repito— tenía como principal labor en aquellos días descubrir a quienes habían participado en la sedición soviética, recientemente aplastada, cazar a quienes habían salido indemnes de la refriega, capturar a los que, pese a la persecución, intentaran, subrepticamente, repartir propaganda o transmitir consignas...

Para esta nueva acción de vigilancia habían reclutado a soldados licenciados, veteranos del frente, que aunque vagamente patriotas se sentían, sin embargo, heridos por la leyenda de la «puñalada a traición». Tal vez al principio no fuera sino un recurso más para preservar el orgullo, pero la leyenda se había ido propalando entre quienes regresaban de las trincheras y había tomado una fuerza considerable. El Ejército, en realidad, no había perdido ninguna batalla —lo cual sobre el papel era muy cierto, pero solo para quienes no tuvieran nociones de intendencia, no imaginaran los inmensos y al final irresolubles problemas que conlleva abastecer a un ejército en batalla: surtirlo de pertrechos, de alimentos, de munición...—; no había sido derrotado con las armas; lo que había ocurrido era que, mientras los bravos e inocentes soldados luchaban y morían en el frente, a sus espaldas, al calor de la ciudad y en el gran salón de los negocios, los intereses económicos, manejados por judíos, y políticos, llevados por socialdemócratas, habían conspirado en su contra para asestarles el golpe definitivo, y para mayor traición, a su vuelta se habían encontrado con una horda bolchevique dispuesta a lanzarse sobre los restos de la nación agotada. Ahora, con las calles todavía humeantes, un ejército de veteranos armados rondaba las calles para mantener el orden, pero también existía un ejército de veteranos ocultos, sigilosos, merodeadores, que peinaban la ciudad en busca de los bolchevistas que se hubieran sustraído a la represión. Y sobre la mesa del departamento de Información del Ejército llovían denuncias, se acumulaban delaciones, se apilaban pasquines y anuncios de periódico que se consideraban subversivos o que habían sido emitidos por organizaciones supuestamente peligrosas...

Era un trabajo inmenso de rastreo. Una labor de zapa que en ocasiones superaba las capacidades del equipo. Era necesario posponer algunas acciones ante la urgencia de otras, retrasar, demorar, mantener en espera y alarma hasta la próxima ocasión...

—Pero ya les llegara su turno, no hay que preocuparse —me dijo aquel que conocí que esa era la fórmula habitual que se empleaba en el departamento—. Ya les llegará su turno.

A pesar del anuncio en *El Observador*, y después de haber pasado la semana repartiendo invitaciones a los transeúntes, introduciendo pasquines bajo las puertas, incluso anunciando el evento a voz en grito en las cervecerías repletas y en los comedores sociales, al final, el día de la fecha, no se ha presentado en la asamblea popular más allá de la treintena de costumbre. Acabado el acto, Dexter contempla la sala con cierta desolación, Harris, sin embargo, se muestra optimista. Es cierto que el grupo sigue atrayendo a poca gente, pero no importa la cantidad sino la calidad de los asistentes.

Allí se encuentra, por ejemplo, Edkart. Dramaturgo, autor de libretos de ópera, Harris le conoce de las reuniones de la Sociedad del Supremo Norte, era uno de los que, con especial vehemencia, se expresaba contra las razas inferiores; es una suerte, según lo ve Harris, no sólo que haya acudido a la reunión, sino que se haya interesado por el partido al punto de ofrecerse como orador para la próxima reunión. Edkart tiene dinero, tiene influencias, tiene un prestigio literario que les podría favorecer. Ha acudido también

ese ingeniero, Felder, que escribe algunos artículos en prensa contra la opresión que ejerce la economía sobre la vida social; qué duda cabe que un profesional y un articulista de su talla puede proporcionar prestigio a la organización, caso de que consiguieran ganarle para sus filas. Harris, en fin, se encuentra satisfecho con el acto. No así Dexter.

Dexter observa la sala con cierta decepción. Harris podría adivinar lo que está pensando en ese momento. Le alegra, es cierto, la presencia de personajes públicos, o semipúblicos, como Felder y Eckart, y se complace pensando en las relaciones que les podrán proporcionar, pero, a pesar de todo, a Dexter le duele la poca afluencia de público. El suyo, el partido que fundó con Harris, no es un grupo que practique el proselitismo, él al menos no lo ideó así; su partido aspira a ser un partido del pueblo; a él le hubiera gustado ver la cervecería llena de obreros, oficinistas, dependientes...; además, es obvio, de los soldados que han vuelto del frente, de cuyas manos siente que pende el futuro. Él, personalmente, había cursado invitación para acudir al acto a Strauser, el teniente primero, condecorado con una Cruz de Hierro, que dirige un batallón de veteranos, el Batallón de la Tormenta, seguramente el más fiero de los grupos armados que han luchado contra los bolchevistas. Pero Strauser no ha acudido, y pese a las exclamaciones de satisfacción de Harris, y el modo en que conversa animadamente, al término de la reunión, con Felder y Eckart, no puede evitar sentirse decepcionado. A buen seguro, Dexter piensa que no en vano adoptaron para su partido el apelativo «de los Obreros».

Reuber, del Comando de Inteligencia —así se ha denominado definitivamente el departamento— observa los tres anuncios que en estos meses han llamado a asistir a las reuniones del Partido de los Obreros. Por sistema, el Comando no desconfía de lo que aparece en *El Observatorio de la Ciudad*, una publicación amiga que en el último mes, imbuida del espíritu patriótico, ha pasado a denominarse *El Observatorio de la Nación* —sin renunciar, eso sí, a sus páginas deportivas—, pero aquel término de «Obreros» necesariamente lleva a pensar en una facción internacionalista, en un rebrote del bolchevismo en la región. En todo caso, y ahora que los momentos más acuciantes de la represión han pasado, no estaría de más mandar a la reunión un *v-mann*, un vigilante atento que pudiera reportar información sobre la naturaleza del grupo y sus objetivos. Reuber pasa el dedo por la lista de quienes se encuentran a sus órdenes, demorándose durante unos segundos, especialmente, en aquellos que alguna vez estuvieron destinados al Departamento de Seguimiento a la Prensa —sabe que Harris, uno de los promotores del pequeño partido, al fin y al cabo, es un gacetillero de poca monta.

En este tramo, Reuber no puede evitar detener su dedo, durante más tiempo que con el resto, en el nombre del cabo austriaco. Sus sentimientos hacia este extraño vigilante son contradictorios. Por un lado, no acaba de agradecerle su actitud —con nadie, de hecho, parece simpatizar el individuo en cuestión—: su gesto altivo, su mirada despectiva, su rechazo de cualquier tipo de broma soez, siquiera sea de cualquier comentario bromista, su reverencia hacia la autoridad, algo que se supone debería complacer a Reuber como su superior, pero que finalmente, ignora por qué, le

resulta incómodo... Son detalles que juegan en su contra; junto con —no conviene olvidarlo— aquello que consignaron sus superiores en el Ejército y que figura en su hoja de servicio: «absolutamente incapacitado para el mando», motivo por el cual nunca fue ascendido a suboficial ni se le dieron más galones que su modesta franja en el brazo. Es más, el último oficial que le tuvo bajo su mando hizo constar, con tono rotundo, «¡Nunca promoveré a este histérico! Sería un peligro poner soldados bajo sus órdenes».

Todo ello, naturalmente, eran impedimentos para su elección, así debió de entenderlo Reuber. Pero al mismo tiempo —y a juzgar por lo que finalmente decidió—, también debió de pensar que, en todo caso, aquello no constituían sino valoraciones subjetivas, juicios etéreos, personales, insustanciados; en lo tocante a eficacia, obediencia, abnegación, cumplimiento pronto del deber, y todas esas cualidades que definen a un soldado, el cabo austriaco destacaba, sin duda, por encima de sus compañeros. En este aspecto, hablaban por él sus dos Cruces de Hierro, concedidas por su valentía en el campo de batalla; hablaban sus heridas de guerra, causadas por proyectiles enemigos; hablaba su larga estancia en el hospital y su temporal ceguera cuando fue alcanzado en la trinchera por el efecto de los gases... Es más, desde que, después de haber pasado una breve temporada como guardia de un campo de prisioneros, ingresó en el Comando de Inteligencia como *v-mann*, sus informes habían sido excelentes a la hora de denunciar a antiguos compañeros de batallón implicados en acciones bolcheviques; y del Departamento de Educación y Propaganda habían evacuado unos informes donde constaba que su tarea como «educador del pensamiento nacional» en los cursos

que llevaba a cabo esa sección del Ejército, era excelente de todo punto, con una mención encomiástica a su tono como orador y a la atención que conseguía despertar en los reclutas que le escuchaban.

No tengo duda que Reuber debió de ponderar todo aquello antes de asignar a Adolf, como se llamaba aquel cabo austriaco, a la vigilancia de la próxima reunión que llevara a cabo el Partido de los Obreros. En todo caso —se podría haber consolado Reuber, mientras firmaba la orden—, el panorama se había calmado ya bastante por esos días, casi finales de verano, y era bastante improbable que, en un futuro próximo, otros nubarrones vinieran a empañar el cielo terso de la Nación.

—Fue exactamente, lo recuerdo, el dieciséis de septiembre...

Me he ido a reunir con Harris para completar este relato y para que me asesore en los puntos que me parecen dudosos. Entre los dos es posible que alcancemos aunque solo sea una vaga reconstrucción. El pobre hombre se halla envejecido, pese a su mediana edad, enfermo, cansado de intentar resucitar a la nación al mismo tiempo que su carrera de periodista, ambas cosas sin éxito.* Sin embargo, y pese a su abatimiento, guarda una prodigiosa memoria para los nombres, las fechas, los lugares... No dudó cuando le pregunté por el nombre exacto de la cervecería donde habían llevado a cabo aquella vez la reunión del partido, por el número de asistentes —de nuevo

* De hecho, pocos meses después de la conclusión de este escrito me llegó la noticia de su muerte.

apenas una cincuentena—, por el orden incluso en que actuaron los oradores —el último lugar en la intervención, supuestamente el más prestigioso, se le reservó a Eckart, el célebre dramaturgo que finalmente se había dejado convencer para la causa—. Pese a la poca afluencia de público, Harris apreció que Dexter estaba más satisfecho aquella vez.

—Algo había en ese hombre, hoy me doy cuenta. Una especie de complejo. Como cerrajero que había sido y mecánico de trenes, no acababa de encontrarse a gusto entre aquellos a los que yo deseaba reclutar, entre la gente ilustre, de buenos modales, de mejor familia, académicos, pensadores... ¡y eso que entonces no se había unido a nosotros Rosenberg, el filósofo escapado de Rusia a quien yo estaba tentando en aquellos días en busca de su adhesión! Lo que debería de haber elevado su estima, por poder participar de su compañía, muy al contrario le causaba cierta renuencia, no acababa de sentirse a gusto en aquel ambiente. Pero, al mismo tiempo, las personas que Dexter buscaba, como no se cansaba de decir, los obreros a que hacía alusión el partido, los trabajadores y la gente más humilde, igualmente le resultaban extraños. Todos ellos podían mostrarle sus heridas de guerra, sus cicatrices, sus mutilaciones, o aunque sólo fuera sus corazones mellados por el fuego enemigo; sin embargo Dexter, excluido del frente por motivos de salud, trabajador acomodado en lo posible, estoy seguro que pensaría: «Y yo, ¿qué puedo mostrarles?».

Comoquiera que fuese, Harris me dijo que, observando a Dexter, le encontró satisfecho, entonces sí, aquel atardecer de septiembre. Dispersos por la sala había unos cuantos trabajadores, y varios tipos en los que podía apreciarse —por sus andares, por

su porte, por su forma de fumar incluso— un pasado militar. Quizás se tratara de reventadores, no sería la primera vez, pero seguro que Dexter ni siquiera había considerado esa posibilidad. Cuando Eckart concluyó su vibrante discurso, el larguirucho mecánico asistía emocionado al turno de intervenciones, durante el que los concurrentes pugnaban por tomar la palabra y expresar su opinión, a veces en tono exaltado, a menudo demagógico, bastante poco realista en general, pero intervenían al fin. Un tipo con aspecto de dependiente de comercio se levantó para proponer, como principal medida a defender por el partido, la secesión de la región respecto al Gobierno Nacional: era uno de aquellos federalistas, que tanto abundaban por aquel tiempo —cuando, al menos, les dejaban expresarse—. No había acabado de engarzar sus razones, la mayoría peregrinas, cuando ya otro tipo se había alzado de su asiento y, con especial fervor, procedió a rebatirle. El tono de aquel joven, al que nunca antes habíamos visto por nuestras reuniones, pronto hizo que el resto de los asistentes se inclinara hacia delante en sus sillas, como imantados por sus palabras, por la gesticulación con que se adornaba, por la enérgica manera en que engarzaba sus frases. Se hizo un silencio extraño en la reunión mientras aquel joven —con evidente aspecto de veterano de guerra— literalmente machacaba, sin piedad, al que había propuesto la secesión, y después de acabar con su diatriba, en el aire, durante unos minutos, quedo suspenso un insólito magnetismo. Como una enorme carga de electricidad. El dependiente de comercio —si es que tal era su oficio— se retiró de la reunión derrotado por completo, y el joven que había intervenido, antes de volver a sentarse, la cabeza erguida, paseó su mirada por la sala con tal fuerza

que pareció haberse apoderado del ambiente. Noté que Dexter, sencillamente, se había quedado boquiabierto. Al término de la reunión, consiguió deslizarse hasta donde se hallaba el joven y le deslizó en la mano uno de aquellos panfletos, grotescamente ambicioso, que había escrito para, seguramente, tratar de poner en claro sus confusas ideas. *Mi despertar político* se titulaba, un escrito redactado a duras penas, difuso, incongruente a tramos, pero exaltado, justo es reconocerlo. Allí, en las cercanías del joven, coincidió con Eckart, que había acudido a felicitar al interviniente por su oratoria, brillante, es cierto, hipnótica incluso, pero con varios aspectos que pulir, aspectos en los que él, Eckart, se mostraba dispuesto a instruirle, si es que aceptaba sus consejos y se animaba a acudir a las siguientes reuniones del partido...

Tened por cierto, los que me leéis, que hubiera dado... quién sabe qué... por introducirme en el pensamiento del joven cabo austriaco aquella madrugada, mientras de vuelta en su pensión leía el panfleto que le había alargado Dexter, *Mi despertar político*. A buen seguro, como fondo de la lectura, ronroneaban en su cabeza las felicitaciones de Eckart y sus halagüeños presagios de un futuro como orador. No llegué a conocer al cabo en cuestión, cuanto voy a hablar de él lo sé de oídas —en los días venideros, muchos antiguos camaradas de armas, y algún viejo amigo de la juventud, o por mejor decir: el único amigo que tuvo en la juventud, fueron esbozando algunas pinceladas de su carácter—. Me quedo con lo que dibujara este último, Kubisec: el único amigo que tuvo en sus días

juveniles. No tengo duda de que las tuyas son las impresiones más certeras, porque en el Ejército el joven cabo siempre se mostró retraído, apenas si hablaba con sus camaradas, nunca cruzó con ninguno de ellos la menor confianza personal. Por su viejo amigo, que le acompañó en los días en que ambos vivían en la capital del Imperio vecino, acabé sabiendo de su afición a la pintura y de sus esfuerzos ímprobos por labrarse una carrera como acuarelista. Por dos veces fue rechazado su ingreso en la Academia de Bellas Artes; sencillamente, a decir de los examinadores, le faltaba talento. No hace falta tener —yo no los tengo— grandes conocimientos de la naturaleza humana para hacerse una idea de la frustración que se apoderaría del joven aspirante a artista, y de qué modo ese rencor determinaría su mirada sobre la cosmopolita capital del Imperio vecino, un imperio extenso, enorme, y enormemente decadente; una ciudad *melting-pot* de razas, de etnias, de culturas, de diversas nacionalidades que interferían su sueño... El sueño de un joven que había perdido a su madre, y que tuvo que emplearse como descargador de maletas, como obrero de la construcción, prestándose a barrer las calles nada más que por la mera subsistencia, y aun así la falta de dinero hizo que le desalojaran de la pensión y hubiera de recurrir más de una vez a los comedores para indigentes.

Yo estuve en la capital vecina en los dorados días del emperador; es posible que alguna vez me cruzara con su sombra vagabunda. Fantaseo con su figura desastrada, recostada en una esquina, contemplando el trajín de aquel viejo mundo ignorante de que tenía los días contados. La ciudad era entonces el corazón de un Imperio de 52 millones de habitantes. Apenas amanecer el día, los ciudadanos corrían afanosos a su

trabajo. Aquél marchaba con porte altivo, porque había logrado un puesto de funcionario municipal; los aprendices corrían a agarrarse a los troles de los tranvías, soñando con el momento de conseguir la categoría de oficiales y ganar así un mediano sueldo mensual. Las costureras y planchadoras pasaban en risueño grupo hacia su taller, fantaseando sobre el último caballero o el galán soldado que entró en la tienda para que le arreglasen una prenda; el tendero caminaba rumbo a su negocio, sumido en preocupaciones sobre ganancias y pérdidas, ventas y devoluciones; el rico terrateniente, acomodado en el interior de su carroza, cruzaba entre el espeso tráfico del centro de la ciudad, dirigiendo miradas de desprecio hacia la plebe; el obrero de Artes Gráficas corría a hundirse en el sótano penumbroso, donde sonaba ya la imprenta en marcha. Arropados en sus guardapolvos, toneleros, ferreteros y almacenistas salían un momento al exterior a respirar algo de aire, asfixiados por la cerrazón y el aire viciado de sus comercios. Los niños trotaban hacia la escuela, embutidos en pulcros uniformes cuyos rotos sus madres, o sus sirvientas, habían estado remendando la noche antes, hasta muy tarde, a la luz de un candil. Una prostituta intentaba ocultarse entre la masa y era advertida por un golfo, casi ya un adolescente, habituado a descifrar los rostros de la gente de la noche...

En medio de aquel tumulto, no parecía posible encontrar un medio decente de vida, cuando menos para un joven de provincias sin formación. No me cuesta imaginar el júbilo que embargó al joven pintor fracasado cuando estalló la guerra, la Gran Guerra, cuando, como dijo aquel poeta húngaro, «un ángel furioso comenzó a tocar su tambor en el cielo». Sin

embargo, el destino... o por mejor decir, el Imperio, le tenía reservada aún una mala pasada: en la oficina de reclutamiento le habían considerado en su día «no apto» para engrosar las filas. Era hora de probar suerte en el país hermano, un país más sano en su opinión, más fuerte, libre al menos de aquella inmunda mezcla racial en que se carcomían su nación y su Ejército.

Darí­a realmente... qué sé yo... por habitar la cabeza de este joven cabo austriaco cuando, al día siguiente, quizás sin haber dormido, o al menos agitado todavía por la lectura del opúsculo de Dexter, abrió la ventana de su cuarto en la pensión y lanzó una mirada a la ciudad. Una ciudad que parecía haber recobrado ya la normalidad, después de los sucesos de noviembre a mayo... Pero Adolf sabía que *no podía* ser así.

De nuevo he de valerme de la imaginación. Comienza a alborear y el hombre, que ha estado toda la noche sumido en la lectura, echa a un lado las bastas cortinas de la ventana y mira al otro lado del cristal. El cielo está nublado, amenazante de lluvia. Huele al humo brusco de una fogata cercana, prendida con desperdicios. Un niño pasa, vestido como un arrapiezo, calzado con unas botas negras varias tallas más grandes, que a saber de dónde habrá cogido; un perro, que ha dormido aovillado y que se acaba de despertar, se arrastra calle adelante pegado a los muros; justo enfrente, un tendero dispone dos caballetes y sobre ellos una tabla algo mohosa donde mostrar su género; las paredes de los edificios, en torno a donde desagua el canalón, muestran una grisura intensa, casi negra, que ha ido ascendiendo por la fachada hasta casi conquistarla toda. Una cantata de Bach, *Du Hirte Israel, höre*, creada para sonar grandiosa, solemne, catedralicia, se escurría chirriante, trémula, desde un

gramófono cercano, la aguja temblequeante surcando el disco de pizarra... Era un tiempo de nadie. Adolf miraba entre las mugrientas cortinas, confeccionadas con una tela poco menos basta que la arpillera, y le invadía la sensación de hallarse entre dos mundos, en medio de un compás de espera. A sus espaldas un mundo que había concluido hace apenas unos meses, y ante sí otro que se estaba gestando y se hallaba a punto de surgir...

El episodio que sigue se lo encomiendo a Harris. Lo que sigue es una transcripción —en cuanto permite la memoria— de lo que me contó la última vez que le fui a visitar para que me aclarara algunos aspectos de esta historia. Fue, por cierto, también la última vez que le vi con vida, pero esto carece de importancia: hacía tiempo que el antiguo director de periódicos minúsculos había pasado a ser un fantasma de días precedentes...

—El joven cabo austriaco —me contó Harris— se integró en el partido casi con ferocidad. Dexter le ofreció un puesto en nuestra directiva y él no dejó de asistir a todas nuestras reuniones ordinarias, y se mostró igualmente como el más dispuesto y vehemente orador en las asambleas que, durante los dos meses siguientes, celebramos por distintas cervecerías. Advertí enseguida que entre él y Dexter se había establecido cierta complicidad, quiero decir: ambos estaban de acuerdo en que, de alguna manera, había que procurar que las clases bajas, los soldados, los obreros, el pueblo común, en resumen, acudiera en mayor número a nuestras conferencias. No despreciaban, desde luego,

la presencia de tipos como Eckart —que por lo demás estaba ayudando sobremanera al joven cabo a pulir sus modales sobre la tribuna—, ni la ayuda monetaria e intelectual que pudieran prestar a nuestra asociación tipos como Felder o Rosenberg, pero no estaban de acuerdo con la labor proselitista, con el consiguiente avance lento que yo propiciaba desde la presidencia del partido. Ellos, Dexter, y el joven cabo sobre todo, eran partidarios de una acción más dinámica, decían, más decidida, atraer del modo que fuese a un mayor número de personas. Empleando, decían de nuevo, unos métodos muy lejanos a lo que yo propugnaba y que sólo me cabe tildar de poco elegantes. Ya te hablé, creo, de la fascinación que sentía Dexter hacia los cuerpos de veteranos, poco disciplinados en general y bastante, por usar una palabra, *expeditivos* que todavía vagaban por las calles a la caza y represión de elementos bolchevistas. Era el momento, en su opinión, de volver a pulsar a Strauser, el comandante del Batallón de la Tormenta; además de ello —invitado por Adolf, para regocijo de Dexter—, había acudido a nuestras últimas reuniones otro de aquellos milicianos fogosos, un tipo arrogante, de apellido Roem, que mostraba en el rostro cicatrices de su paso por el frente y que dirigía otro de aquellos grupúsculos violentos apenas refrenados por el Gobierno Central.

»Les reprendí, por todo ello, en un par de reuniones, mostrando mi malestar por el cariz exaltado y quizás, en un futuro, poco manejable que pretendían darle a nuestro partido, pero llegados a este punto me encontré solo. Ni Eckart, ni Felder, ni Rosenberg, al que yo tenía por más racional y calmado, se pusieron de mi parte. Es más, el joven Mauris, que había pertenecido casi desde los inicios a nuestro partido y que a

la sazón apenas si tenía veintidós años —en el ímpetu de su juventud, en último caso, aún podría encontrarle disculpas—, se prestó o fue encargado —nunca lo supe porque, de cualquier modo, la maniobra se efectuó a mis espaldas— para crear un *cuerpo de seguridad*, que no hace falta retorcer mucho las palabras para entender cuál podía ser su naturaleza. Todos ellos, en fin, los que formaban la ejecutiva del partido, se vieron subyugados por las promesas del joven cabo austriaco, que veía una oportunidad, casi inmediata, de elevar a nuestra humilde organización, a toda prisa, a una posición de poder. En esas circunstancias, no me cabía otra alternativa que dimitir, que dejarle mi puesto a Dexter y, sencillamente, apartarme de aquel movimiento naciente que veía abocado a la vorágine. La última reunión en la que intervine se celebró en los primeros días del año y en ella fue cuando presenté mi renuncia, quizás cinco minutos antes de ser expulsado. El ambiente era bastante tenso, pese a lo cual, y los numerosos ceños fruncidos con que me sentía observado, aún tuve oportunidad de decirle al joven cabo lo que opinaba de él. «Sinceramente, le dije, creo que es usted un megalómano». Esas fueron, lo recuerdo perfectamente, mis últimas palabras antes de abandonar la reunión.

»Lo que a continuación vino sólo puedo contarlo desde la distancia del que ha sido postergado primero, y excluido al final.* Los directivos del partido habían cifrado sus esperanzas en la fecha del 24 de

* Una última y humillante derrota le quedaba, sin embargo, por encajar a Harris, cuando algunos meses después de lo que se va a contar, Eckart y el joven cabo austriaco, como él le llamaba, compraron, tras realizar una colecta, *El Observador de la Nación* y le retiraron, como era de suponer, de su dirección.

febrero, en que habían programado celebrar un mitin que, aquella vez sí, se prometían, iba a reunir a un gran número de personas. En los días previos habían estado recorriendo las calles a bordo de camionetas, lanzando panfletos, voceando consignas a través de megáfonos, lemas contra el enemigo interno, los criminales de noviembre, socialdemócratas, marxistas y judíos que habían apuñalado por la espalda a la nación. Les escoltaban varios de aquellos voluntarios armados, tipos rudos del Batallón de la Tormenta y de la gente de Roem que no dudaban en hacer demostraciones de fuerza contra quienes observaban su paso con gesto huraño u osaban insultarles; se habían atado en los antebrazos brazaletes rojos y negros en los que se hallaba inscrito ese signo esotérico, la cruz gamada, que habían tomado prestado de la Sociedad del Supremo Norte, sabedores de que ésta, la Sociedad, aún constituía un reclamo para mucha gente y sus ideas de una raza pura originaria, podrida por la contaminación racial, resultaban atractivas como un consuelo a la derrota. No tengo duda de que aquel despliegue causó conmoción entre quienes lo observaron, provocó una sugerente curiosidad en los que se toparon con la marcha por las calles. Comoquiera que fuese, aquel 24 de febrero consiguieron congregarse en la cervecería donde se iba a celebrar el mitin a más de cinco mil personas, expectantes por lo que aquel partido, desconocido para la mayoría, tuviera que decir, casi seis mil personas que quedaron atónitas cuando el joven cabo austriaco, pulido ya casi por entero su oratoria por Eckart, subió al estrado y les habló con un tono vibrante, hipnótico, fascinador, de lo que querían oír: de la traición con que se había consumado la derrota en la guerra, de las vergonzantes condiciones

en que había sido impuesta la paz por los vencedores, de los grandes enemigos raciales e ideológicos de la Nación, de la posibilidad, de la necesidad, de la imperiosidad de que la Patria resurgiera de su postración...

Como no podía ser de otra forma, los ecos de aquella reunión llegaron hasta el departamento de Reuber —me vais a disculpar si, de nuevo, se me ha olvidado su nombre exacto; una sección, acabemos pronto, del Ejército de la Nación—. Y Reuber —esto lo sé por el tipo, conocido mío, que ya he dicho operaba dentro— no pudo tampoco por menos que elevar aquella información a sus superiores. Seis mil personas realmente es un número digno de consideración... y de estudio. En un principio, las ideas que se habían voceado en aquella cervecería no desagradaban a los mandos; patria, unidad, orden... por descontado que eran mucho más gratas que esas otras soflamas internacionalistas y disolutivas del Estado que hacía apenas un año dominaban las calles; por otra parte, parecían serles agradables también a los cuerpos de veteranos, dóciles en teoría pero a los que, por si acaso, mejor era no contravenir; y así mismo la gente de poder, los viejos nacionalistas que jugueteaban con aquella ideas un poco infantiles, a veces grotescas, pero seductoras que había difundido entre ellos la Sociedad del Supremo Norte, escuchaban con delectación todo aquel runrún. «Larguémosles hilo, pues —pareció ser la resolución final de los mandos—, pero con la mano en el carrete siempre, por si en un determinado momento conviniera frenarlos, tirar de ellos hacia la superficie, sacarlos del agua y que se asfixien en tierra». Y casi al mismo

tiempo, el mismo día que Reuber volvió a su despacho con aquella medida de la superioridad, se encontró sobre su mesa con un escrito del joven cabo austriaco en el que éste presentaba su dimisión. En que renunciaba a seguir en el Ejército.

En este punto yo hubiera hecho lo mismo que seguramente hizo Reuber: esbozar una sonrisa de conmiseración hacia el pobre hombre, y la aventura que tan insensatamente, y sin cubrirse las espaldas, iba a emprender. Pobre diablo —pensaría Reuber, pensaríamos cualquiera—; pobre ingenuo que piensa que está al frente de una gran empresa, dirigiendo los destinos de no se sabe qué, en la cumbre de su fortuna (*megalómano* le había llamado Harris), y que ignora que, en cualquier momento, en cuanto traspase una sutil línea trazada en el agua, tiraremos del cordel y le dejaremos que se asfixie en la orilla...

Era entonces —luego he ido cuadrado las fechas— el primero de abril, y la primavera apuntaba de nuevo en los parques, al otro lado del despacho de Reuber. Sobre las calles adoquinadas, los tranvías verdes, de tracción eléctrica, y esos otros, cada vez menos, omnibuses tirados por mulas surcaban las avenidas colmados de viajeros. Y aunque a paso cansino, como el transporte, el calor apuntaba ya en la atmósfera, el cielo se mostraba cada día más diáfano y unas rachas de brisa perfumada comenzaban a expandirse desde los parques...*

* Este relato está basado en sucesos reales. La exactitud de los hechos y algunos nombres han sido levemente modificados, pero el sentido aspira a ser verídico.

Mal de amores



Esther Domínguez

Nájera, Junio de 1403

Estaba sentado en una piedra, junto al puente, observando a quienes lo atravesaban con mirada inquisitiva. Era pequeño. Calculé que tendrían unos nueve años. Más tarde supe que ya había cumplido once. Delgado, el pelo oscuro muy corto, su boca grande y sus cejas pobladas se movían ligeramente al tiempo que contemplaba a los viandantes. Parecía inmerso en un laborioso proceso mental que lo hacía centrar su atención en algunas de las personas que se dirigían a la ciudad, haciéndolo olvidarse de todo lo demás. De pronto, se levantó y se dirigió a una dama que viajaba en un caballo lujosamente enjaezado y con la compañía de un mocetón armado de un garrote. La conversación fue breve. La dama negó con la cabeza y siguió su camino. Su acompañante hizo un gesto amenazador al muchacho y éste regresó a su puesto a la entrada del puente. Allí siguió, sentado, hasta que se levantó de nuevo y se dirigió a un grupito de frailes. Tras una breve conversación, uno de los frailes señaló el imponente Hospital del Emperador, que se levantaba a poca distancia del puente. El muchacho se encogió de hombros y se quedó contemplando, en medio del

puente, cómo se alejaban. Algo en su actitud me llamó la atención y me detuve para observarlo. No era un mendigo, puesto que únicamente abordaba a algunas de las muchas personas que entraban en Nájera. Busqué con la mirada una cesta, un odre, algo que indicara que el chiquillo vendía algo. Sólo vi un hatillo y un gato rojizo durmiendo plácidamente sobre él.

El grito destemplado de un carretero lo advirtió de que estaba en el camino de una yunta de bueyes que tiraba de una carreta cargada de barriles. Pero el mocito estaba demasiado distraído para darse cuenta del peligro que se le venía encima. Corrí hacia él, lo cogí de un brazo y tiré sin contemplaciones, alejándolo de la carreta que pasó haciendo un ruido infernal al que contribuían las imprecaciones del carretero, que nos amenazó con su látigo. Se giró, asombrado, frotándose el hombro.

—Gracias. Muchas gracias —miró la carreta que se alejaba—. Casi me mata.

—El camino no es el mejor lugar para pararse a observar —aseguré, convencido—. Por cierto, ¿qué mirabas con tanta atención?

—La gente —respondió, distraído. Sus ojos se movían impacientes, como los de un cazador al acecho.

Las campanas de las iglesias de la ciudad nos hicieron saber que eran las dos de la tarde. Bostecé y me froté los ojos. Tenía hambre y sueño. Para dormir debía esperar a la noche pero el estómago no tenía porque esperar tanto.

—Creo que podría comerme un ternero yo solo. ¿Y tú? —pregunté al chiquillo.

—Yo también —aseguró con presteza.

—Pues vamos a ver si encontramos un sitio donde comer.

—Puedes ir al Monasterio. Dan de comer a los peregrinos. Porque eres peregrino, ¿verdad?

—Sí.

—Si puedes pagar algo más que sopa y pan puedes seguir por esa calle —señaló con un dedo delgado como un palito—. Al final está la plaza del Mercado. Allí hay una posada donde comen los mercaderes cuando vienen a la feria. Esos siempre saben dónde están los mejores bocados —añadió con convicción.

—¿No quieres acompañarme? Acabas de decir que tenías mucha hambre.

—No he comido nada desde la mañana temprano —aclaró—. Pero si voy contigo...

—¿Qué podría pasar? —pregunté, divertido.

—A lo mejor viene alguien que podría llevarme —movió la cabeza, con tristeza. Y añadió—. Tengo pan y algo de tocino —señaló el hatillo, custodiado por el gato—. Será mejor que me quede.

—¿Llevarte a dónde?

—A Compostela —lo dijo con el tono del que se asombra de que el resto del mundo no sepa algo tan obvio.

—Yo voy hacia allí —expliqué—. Ven conmigo a comer y podremos hablar del viaje...

—Yo no quiero hablar del viaje —me interrumpió—. Quiero hacer el viaje, tengo que hacerlo —terminó con vehemencia. Se volvió hacia el camino y a su tarea de examinar a los viajeros, olvidándose de mí completamente.

—Está bien. Me acercaré a la posada. Tal vez allí puedan recomendarme a alguien que quiera acompañarme en la peregrinación.

La frase surtió efecto. El chiquillo se volvió, con la boca abierta. —¿Necesitas un criado?

El asombro del niño estaba sobradamente justificado. Debo reconocer que mis ropas eran sencillas. No viajaba a caballo, como hacían los peregrinos adinerados y mi aspecto no era el de una persona que pudiera permitirse el lujo de un sirviente. Mi aspecto había mantenido alejados a los inoportunos vendedores de reliquias, mendigos y rameras que viven de los peregrinos que llenan la ruta a Compostela.

—Mejor un ayudante. ¿Vienes a comer o no? —pregunté, señalando en dirección al pueblo.

—Sí, claro que sí.

Cogió el hatillo y el gato y nos pusimos en camino. La plaza estaba casi vacía, salvo por unas mujeres que vendían miel y queso y un hombre harapiento que ofrecía unos haces de leña a todo el que pasaba. La posada estaba en una de las esquinas. Era un caserón destartado, las paredes cubiertas de desconchones, pero el olor a comida que lo envolvía era tan apetitoso que hacía que los viajeros acudieran allí sin parar mientes en el aspecto que ofrecía. El comedor, una sala grande y bastante oscura, estaba ocupada por tres mesas largas que ocupaban la mayor parte del espacio. Varias mesas más pequeñas estaban repartidas por los rincones y aprovechando los huecos de las ventanas, lo que obligaba al posadero y a dos mujeres que lo ayudaban a abrirse paso entre los bancos cargados de fuentes y vasos. El lugar estaba lleno de clientes, en su mayoría hombres, que daban cuenta de su comida y hablaban con sus compañeros de mesa. En la chimenea ardía un tronco de encina. El gato del chiquillo se dirigió hacia allí con presteza, se enroscó cerca del fuego y reanudó la siesta. Miré a mí alrededor. Había una mesa vacía cerca de una de las ventanas que daba al patio trasero. Nos sentamos y

una moza morena y bajita nos trajo alubias guisadas con tocino y dos grandes trozos de pan.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —quise saber, entre cucharada y cucharada.

—Alonso. ¿Y tú?

—Aidan —Alonso me miró con la boca abierta—. Es un nombre irlandés por eso suena tan raro —expliqué—. Significa 'fuego'.

—¿Eres irlandés? —negué con la cabeza, la boca llena de pan me impedía hablar en ese momento. Un sorbo de vino tinto me ayudó a tragar—. Nací cerca de Santillana. Mi padre era un soldado irlandés y quiso que su hijo llevase un nombre propio de su país. Cuando él murió, mi madre, que era muy pobre, me dejó en un monasterio.

—¿Eres fraile? —quise saber.

—No. Viví entre ellos durante bastantes años. Me enseñaron a leer, escribir, música, historia y latín. Pero me marché de allí antes de tomar los hábitos.

—Sabes muchas cosas. Debes de ser muy importante —apostilló Alonso mientras arrebañaba la salsa con una miga de pan.

—¡Ojalá lo fuera! Sin embargo, con lo que aprendí allí pude ganarme la vida como amanuense —ante esa palabra, los ojos del chiquillo se llenaron de desconfianza—. Amanuense se le llama al que escribe cartas o documentos para otras personas —aclaré—. La influencia del prior consiguió que el duque de Villalón me tomara a su servicio. Puse todo mi interés en hacer bien mi trabajo. El duque me tomó bajo su tutela hasta llegar a nombrarme cronista de su Casa.

—¿Qué es un cronista?

—El que escribe los acontecimientos que suceden en un determinado país, ciudad o familia. Escribí la

historia de la familia del duque, una relación de las hazañas militares de sus antepasados y varios poemas, uno de ellos en memoria de su difunta esposa. Fue una buena época.

—¿Ya no escribes esas cosas tan raras? —Negué con la cabeza—. ¿Y a qué te dedicas ahora? ¿A viajar?

Suspiré. Me dedicaba a olvidar. No deseaba hablar del último año de mi vida y, menos todavía, explicárselo a un extraño. Además, Alonso era un niño, no podría entender el laberinto en el que yo mismo me había metido y del que, afortunadamente, había podido salir sin heridas físicas pero con el alma rota. ¿Cómo explicar que, hacía ya tres años, Constanza de Mendoza, la recién casada duquesa de Villalón, había irrumpido en mi vida, deslumbrándome con su mirada penetrante, su sonrisa insinuante y sus deseos de buscar diversión a espaldas de un marido ya maduro y entregado totalmente a los proyectos de conquista del rey? El duque había tomado parte en varias escaramuzas contra el Reino de Granada, y estuvo con la flota que destruyó la base pirata en Tetuán en el primer año de este siglo. Después se entusiasmó con el proyecto real de colonizar las islas Canarias y aportó dinero de sus arcas para costear la expedición de Hernán Peraza y Diego de Herrera, con sus esperanzas puestas en futuras prebendas. Su actividad política y guerrera le ganaba el favor del rey pero le mantenía alejado de su hogar y de su recién adquirida esposa. Cuando ésta comenzó a llamarme a sus aposentos para pedirme que le recitara algún poema o le leyera algún relato del Decamerón, me sentí halagado. Era una mujer hermosa que buscaba mi compañía, prefiriéndome a los muchos caballeros que la cortejarían gustosos. Creí que la duquesa no deseaba sino un coqueteo ino-

cente, alguna cortesía, nada importante. Pronto caí en la cuenta de que siempre elegía los cuentos en los que las esposas engañaban a sus maridos y salían airosas gracias a ingeniosas tretas. No tardé en comprobar que Constanza no era una mujer que se conformase con lecturas o paseos por el jardín.

El deseo me hizo enterrar el temor al duque o el más mínimo remordimiento por mi conducta hacia mi señor. Viví unos meses entre la euforia del enamoramiento y la necesidad de ocultar mis sentimientos. Me creía un privilegiado por disfrutar del favor de una mujer como Constanza y sufrí cruelmente durante una breve estancia del duque. Sentía una enorme angustia al imaginarlos juntos en su alcoba y compadecía a la duquesa que tenía que soportar la presencia de un marido que no la quería como yo lo hacía. Que Dios me perdone, aquella fue la primera vez que deseé la muerte de un semejante.

El duque partió de nuevo y nosotros reanudamos nuestros amores. Seguí ciego durante varios meses hasta que la Fortuna arrancó la venda de mis ojos. Necesité ver a Constanza con otro amante para comprender el error que había cometido al prestar oídos a una mujer indigna, engañando a un marido que me había tratado con justicia y generosidad. Aquella noche, el remordimiento no hizo más que aumentar la amargura que me invadía. Al día siguiente, había tomado una decisión. Abandoné el castillo del duque dos días más tarde, llevándome mis escasos bienes y la mucha vergüenza que sentía.

Pasó el tiempo y era incapaz de olvidar a Constanza. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no regresar al castillo y suplicarle que me perdonara, que volviera a aceptarme como amante. Rondé por la zona, incapaz

de alejarme del lugar donde ella moraba con su nuevo amante. Más tarde, me instalé en Logroño, donde trabajé para un notario. La distancia no surtió el efecto que yo deseaba. Mi desesperación llegó a ser tan grande que, como postrera solución decidí viajar a Compostela para pedir al apóstol que me ayudara a olvidar a aquella mujer infiel. Alonso me observaba, esperando una respuesta.

—He hecho la promesa de viajar a Compostela. Como todos los peregrinos, supongo.

—¿Qué llevas ahí? —señalaba la bolsa de tela negra que descansaba a mis pies.

—Los útiles de trabajo. Un escriba puede ganarse bien la vida en los mercados y las ferias. Por eso necesito un ayudante. Alguien que busque clientes entre los comerciantes, que alabe mi trabajo e insista en que lo hago más barato que nadie.

Alonso sonrió.

—Eso puedo hacerlo yo.

—¿Estás seguro? —me hizo gracia su seguridad. Decidí embromarlo—. Me parece que eres un poco joven. ¿Cuántos años tienes?

—Once. No soy tan joven como parezco —lo miré fingiendo unas dudas que no tenía.

El chico me parecía espabilado y estaba seguro de que el viaje con él sería muy entretenido. Sin embargo, él creyó mi gesto y se apresuró a explicar sus motivos.

—Necesito un milagro —añadió con sencillez—. Dicen que el apóstol los hace, por eso tengo que ir a verlo. Para pedirle que haga un milagro para mi hermana Juana.

—Está enferma, claro —deduje.

—No, ahora está muy bien. Pero hace mucho tiempo, tuvo la viruela. Todos la tuvieron, mis padres y otra hermana murieron; Juana se salvó.

—¿Y tú cómo te libraste?

—Una tía me llevó a su casa, en otro pueblo.

—Tuvisteis suerte. Sobre todo tu hermana. Muy pocos contagiados viven para contarlo.

Alonso afirmó con la cabeza. —Sí, es verdad. Pero Julián no quiere casarse con una mujer con la cara marcada. Y la culpa es de Inés.

—¿Qué le pasa a Inés en la cara? —empezaba a perderme.

—A Inés nada. Es Juana la que tiene marcas de viruela en la cara. No son muchas ni muy profundas. Pero Inés no quiere que Julián se case con ella. Se lo ha prohibido. Y él siempre la obedece —añadió con gesto triste.

—¿Quién es Inés? —seguía perdido.

—La madre de Julián. Yo creo que no quiere a mi hermana porque no tiene dote. No le importa que Juana sea muy buena y trabaje mucho. Dice que para su hijo quiere una mujer guapa, sin marcas. Por eso quiero ir a ver al apóstol. Si a mi hermana se le borran las cicatrices, Inés ya no podrá decir que no a la boda, ¿verdad?

Me miraba fijamente, esperando mi opinión, con la ilusión que tenía puesta en su peregrinación reflejada en sus ojos. Yo sonreí. ¡Vaya pareja! La mayoría de los peregrinos esperan recobrar la salud perdida, la llegada de un hijo o un nieto o que la justicia se muestre compasiva en la resolución de algún pleito. Pero ignoraba si el apóstol solucionaba problemas sentimentales. Alonso malinterpretó mi sonrisa.

—Aunque te sonrías, no tiene gracia. No sé por qué...

Me apresuré a aclarar mi gesto.

—No me río de ti. Pensaba que es muy bonito que quieras emprender el viaje para favorecer a tu hermana. Es un viaje muy largo y fatigoso —omití decir que también era peligroso—. Debe sentirse muy orgullosa de ti.

—Dice que aún soy muy pequeño. Pero no es verdad. Y cuando una mañana vea que ya no tiene cicatrices, se pondrá muy contenta y no me reñirá cuando regrese.

—¿Por qué tendría que reñirte?

Alonso se puso colorado. Durante unos segundos se quedó callado, mirando al gato dormido. Después preguntó, con gesto inocente, intentando distraerme.

—¿Por qué los gatos duermen tanto?

—¿Y por qué tu hermana querrá reñirte cuando vuelvas de la peregrinación?

—Todas las mujeres riñen. Unas veces porque has ensuciado el suelo o derramado agua o roto algo...

—O te has escapado de casa para irte a Compostela —añadí, imitando la voz del chiquillo.

—Bueno, sí —aceptó con expresión resignada—. No quería dejarme ir. ¡Y eso que el milagro es para ella! —afirmó escandalizado.

—Debe andar buscándote. Y estará muy preocupada. Lo que tienes que hacer es regresar a casa...

—Hace muchos días que me escapé. Lo menos diez. Ya se habrá cansado de buscar. Y no voy a volver —añadió con determinación—. Me dejarás ir contigo, ¿verdad? Dijiste que necesitabas un ayudante. Y yo necesito ese milagro.

Sus ojos suplicantes me decidieron.

—Tendrás que espabilarte de ahora en adelante si quieres que, al menos de vez en cuando, podamos comer tan bien como hoy —dije señalando el plato, ahora limpio a fuerza de arrebañar, que Alonso tenía delante.

Y comimos bien. Vaya si lo hicimos. Potajes de garbanzos, habas o calabaza; sopa dorada, trucha asada o salmón los viernes; cuajada, quesos recios con miel y carne de membrillo. Pocas veces tuvimos que recurrir a la sopa de los monasterios y las iglesias del camino. Había gran cantidad de pueblos y ciudades que celebraban ferias y eso nos benefició grandemente. Recuerdo la de Burgos, donde a cada paso te encontrabas un mercader flamenco. La labia de Alonso me procuraba muchos clientes —me temo que solía exagerar mis méritos— y gracias a él tuvimos dinero suficiente para alquilar un par de borricos en algunas etapas del camino.

Montes de Oca, cubiertos de encinas y robles; Villafría, Hornillos del Camino, Fromista, Carrión de los Condes, Sahagún. A lo largo del inacabable camino nos encontramos con un buen puñado de pillos —vendedores de reliquias, buleros, falsos cobradores de portazgos, rateros—; y mucha gente de buena fe que, al igual que nosotros, se dirigía a Compostela con la esperanza de recibir la ayuda del apóstol. Las jornadas se sucedían. En Foncebadón, la niebla sustituyó al implacable sol que nos había acompañado la mayor parte del viaje. Agradecemos el cambio y continuamos la subida al monte Irago. En lo alto del puerto hacía frío y compramos a un arriero un par de mantas con las que abrigarnos. En el hospital que allí se encuentra, nos curaron las muchas rozaduras y cortes de nuestros pies y descansamos antes de continuar

hasta la ya cercana Galicia. La lluvia apareció un par de días después y el polvo se convirtió en lodo durante las leguas que nos separaban del Cebrero.

Estábamos sentados con las espaldas apoyadas en el muro de la catedral. A nuestro lado, bajo un tenderete cubierto por un toldo, una mujer vendía tortas dulces y velas. Hasta nuestros oídos llegaban los cantos de los sacerdotes y los murmullos de los fieles rezando. Ante nosotros pasaban grupos de peregrinos que se dirigían, presurosos, al lugar que nosotros acabábamos de dejar. Los contemplábamos con la satisfacción del deber cumplido. Habíamos orado ante la imagen del apóstol. Sólo nos restaba esperar que se produjeran los milagros que tanto necesitábamos. Se nos acercó un mendigo tullido y tuerto y nos pidió limosna en una lengua incomprensible. No me atreví a sacar la bolsa, escondida bajo mis ropas. No deseaba ser víctima de los muchos ladronzuelos que, según nos habían contado, pululaban por Compostela. Le dimos un trozo de pan y un par de manzanas que guardábamos para la cena. El mendigo guardó la comida en un zurrón y se dirigió hacia un grupo de peregrinos que miraban lo que les rodeaba con gesto desdeñoso. Alonso estaba callado, ajeno a voces, olores y el ir y venir frenético de la ciudad. Lo miré, extrañado. No era normal en él. Le di un codazo suave. No necesité preguntarle qué pasaba.

—Estoy deseando saber si el santo ha hecho el milagro —dijo con voz pausada. Y añadió —Juana se pondría tan contenta.

Moví la cabeza.

—Aunque las marcas de la viruela no desaparezcan, seguro que tu hermana estará muy orgullosa de ti. No todo el mundo tiene a alguien que haga un viaje tan largo para beneficiarla.

—Ya lo sé, pero si todo sigue igual, la peregrinación no habrá valido para nada.

Me callé. Sentía pena por Alonso y comprendía su ansiedad. Si el apóstol no lo ayudaba, su desilusión sería enorme. No podía prometerle que todo iba a cambiar y que a su vuelta las cosas serían más fáciles. Sería una crueldad por mi parte alentar sus esperanzas. Le cogí una mano.

—No digas eso. Las cosas siempre valen para algo. Por ejemplo, aunque yo no consiga olvidar a la mujer de la que te hablé —había terminado por contarle a Alonso la verdadera razón de mi viaje. Es imposible ocultar algo a una persona con la que convives las veinticuatro horas del día y con la que compartes todas las penalidades del camino—, te he conocido y hemos pasado muy buenos ratos juntos. Sólo por eso, estoy seguro que el viaje ha merecido la pena.

Alonso suspiró. No parecía muy convencido. Visitamos la ciudad y tres días más tarde, emprendimos el viaje de vuelta. A medida que nos acercábamos a Nájera, Alonso estaba más y más nervioso. Yo lo observaba, contagiado de su inquietud. Ambos temíamos el momento en el que podríamos comprobar si Santiago había hecho honor a su fama de santo milagrero. Llegamos a Nájera, desde allí nos dirigimos a una pequeña villa, no más de quince casas, donde vivían Alonso y su hermana. La casa estaba vacía pero una vecina nos explicó que Juana estaba lavando la ropa en el río cercano. Nos fuimos hacia allí. Al volver una curva, vimos a la joven. Estaba arrodillada sobre

el agua y golpeaba la ropa con energía. Tenía el pelo castaño claro, largo y rizado. La miramos en silencio, retrasando el momento tan temido. Alonso me cogió de la mano y la apretó con fuerza. Inspiró con fuerza y se decidió a llamarla.

—¡Juana, ya estoy de vuelta!

Juana se giró con rapidez.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó? —Las vocecitas de los niños reflejaban la curiosidad que sentían por conocer el final de la historia—. ¿Hubo milagro o no?

Aidan sonrió y le guiñó un ojo al más pequeño de sus hijos—. Sí y no.

—Pero eso no es posible —rebató su hijo mayor, un mocito de nueve años, listo como el hambre y pelirrojo como una llama—. O hubo milagro o no lo hubo.

—En este caso sí es posible. Veréis, hubo dos milagros aunque la cara de vuestra madre siguiera teniendo marcas de viruela.

—¿Dos? —El asombro de los niños era grande.

—Claro. Cuando vi a Juana, me enamoré de ella y olvidé a Constanza. No volví a pensar en los años pasados a su lado. Lo único que quería era estar con Juana, vivir con ella, verla a todas horas. Quería olvidar a una mujer sin corazón y encontré a otra que llenó el mío de cosas buenas. ¿No es eso un milagro?

—Pero tú dijiste que hubo dos milagros y sólo nos has contado uno —le recordó su hija, siete años rebosantes de buena memoria y lógica aplastante.

—Cierto. Vuestro tío Alonso pedía que su hermana pudiera casarse. Y se casó. No con Julián sino conmigo. Aunque con novio diferente, hubo boda.

—¿Y no volviste a Compostela?

Aidan sonrió.

—Estoy esperando a que crezcáis. Si dentro de unos años, alguno de vosotros sufre mal de amores, vuestro tío y yo volveremos a peregrinar. Somos ya unos expertos.

El César de Castilla



Arkaitz Lemur

“El himno de este imperio se escribió en clave de Sil”.

Paró el camión en la carretera, al final del pueblo, y se bajó junto a su mujer. Los dos tenían los ojos negros y aspecto cansado. Ella tenía los labios finos y la nariz aplastada, diminuta; como si detestara tener que coger aire e hiciera lo posible por evitarlo. Él, sin embargo, tenía un rostro bastante más amigable. Parecían nerviosos. Sin detenerse tan siquiera en saludar a sus nuevos vecinos, abrieron las puertas traseras del remolque y empezaron a sacar materiales de construcción. Apenas una hora después, comenzaron las obras de su casa. Todo era suyo al otro lado de la carretera: casi se diría que sus dominios llegaban hasta el horizonte. Y, sin embargo, aunque eran dueños de la mitad del pueblo, edificaron su casa con sus propias manos.

Enseguida los pocos vecinos del municipio nos acercamos a presentarnos. Apenas hablaban el idioma, pero con Luca conseguíamos entendernos muy bien. Desestimó con una amplia sonrisa nuestra ayuda, dando a entender que su mujer no quería que les ayudáramos. Giulia ni siquiera se molestó en saludarnos.

Durante la primera semana, levantaron su *domus*. Hasta que lo consiguieron, dormían en el camión y se alimentaban en la tasca de doña Olvido, que les

atendía siempre encantada. Luca sonreía con cada plato nuevo que la vieja tabernera le servía con devoción de abuela. Para nosotros eran el pan nuestro de cada día pero el joven italiano exploraba un mundo nuevo en cada olla que doña Olvido cocinaba expresamente para él. Giulia deglutía *tortellini*, invariablemente, día tras día, mirando con indiferencia los platos que la buena abuela hacía para su marido.

No eran religiosos —ni falta que les hacía—, pero el buen italiano se esmeraba en hacerse amigo de los pocos habitantes que quedábamos en esta tierra de nadie acudiendo a diario a la pequeña y cochambrosa iglesia. El edificio a ladrillo visto era bastante simple. Más que la casa, parecía el trastero del señor: la preciosa iglesia original había caído ya hace años. Quizá, asqueada por la estructura; quizá, poco interesada en integrarse, nadie vio aparecer por allí a Giulia. Y su falta de fe, al alcalde, que también era cura, le consternaba.

La tercera semana, cuando Luca ya era uno más en las sobremesas en la tasca de doña Olvido —e incluso, empezaba a aprender castellano—, Giulia marchó con el camión por el sendero de la Cantera Vieja. Lo trajo cargado de piedras que descargó frente a la enorme *domus* antes de desaparecer, con un plano bajo el brazo. Luca, que lo vio desde la taberna, resopló, se frotó las manos, dijo algo sobre unos metales y volvió a casa. Al día siguiente, San Millán amaneció con una estatua nueva. En la Plaza Mayor —que no era, en realidad, más que un ensanchamiento de la carretera—, una loba de bronce ocupaba el viejo pedestal donde, en otro tiempo, se alzaba la figura de alguien que nadie alcanzaba ya a recordar quién era. A todos nos pareció preciosa, pero los ojos de orgullo con los

que la italiana miraba a Luperca consternaban a don Emiliano.

Desde entonces, las idas y venidas de Giulia a la cantera se convirtieron en una constante, igual que las salidas de Luca a buscar otro tipo de materiales: piedras, hierros, madera... Todo se almacenaba junto a la *domus*. A don Emiliano estas cosas parecían ofenderle: decía convencido que aquellos italianos venían para conquistarnos. Y sin embargo, Giulia seguía, con su nariz pequeña y arrugada, comiendo pasta y alejándose de las conversaciones con cualquiera que no fuera su marido, como si quisiera evitar algún tipo de contagio por nuestra parte. ¡Cualquiera haría una conquista así! Y además, a Luca, que hablaba ya castellano con una soltura impresionante, era muy difícil distinguirlo de cualquier otro de nosotros. El odio de don Emiliano no tenía ni pies ni cabeza.

Un día, el mayor de mis hijos, que acababa de aprender a hablar, me despertó gritando:

—¡Papá, papá, corre! ¡Que el pueblo se ha inclinado!

Miré por la ventana por la que me señalaban sus diminutos dedos. Efectivamente, desde allí, San Millán parecía inclinado. Salí confuso, casi presa del pánico, antes de caer en la cuenta de que lo único que había perdido la verticalidad era la imponente torre que se alzaba enfrente de mi casa, al otro lado de la carretera. Sentí la mano del italiano, sonriente, en mi hombro, mientras contemplaba atónito cómo aquel enorme campanario daba las horas.

—Hacia años que no se escuchaban campanas en este pueblo —dije. Sonreí y añadí—: Y eso no le gustará a don Emiliano.

No me equivoqué. Don Emiliano puso el grito en el cielo antes que el pie en la calle: tras verlo por

la ventana, no quiso salir de casa y allí permaneció durante varios días, consternado, pensando en cómo deshacerse de aquellos italianos que habían deslucido la «maravillosa miseria» de su pueblo con unos monumentos preciosos. Cuando se enteró de las intenciones del alcalde, Giulia desapareció por varios días. Ni siquiera Luca sabía a dónde había ido.

Un miércoles de octubre, casi no vimos alzarse el sol, pues lo tapaba el ingente montón de material que la mujer había traído. Ese mismo día era un anfiteatro monumental, que nada debía envidiar al Coliseo de Roma, el que no nos dejó ver salir la luna. Todos, maravillados, cenamos con doña Olvido; gozando de la bellísima estructura que Giulia había alzado ella sola. Su marido nos prometió que nos dejaría visitarla al día siguiente.

Oímos voces en la calle y no nos costó adivinar el motivo. Don Emiliano golpeaba furioso, la puerta de la *domus*; pronunciando las palabras más feas del castellano a una mujer que no le entendía pero que sabía muy bien lo que quería decir. Giulia ni siquiera se molestó en salir: se limitó a mirarle con desprecio desde la ventana.

Era jueves y, al ir a despertar a mis hijos, me percaté de su ausencia. Les busqué por toda la casa agobiado y salí dispuesto a recorrer el mundo entero, si fuera necesario, sólo para encontrarles. No hizo falta: en la puerta me esperaba Luca. Me llevó hasta la Plaza Mayor y me señaló a Luperca; que ahora se alzaba sobre un pedestal de cinco metros de altura. Mis hijos estaban mamando de ella una leche metálica. El mayor empujó al pequeño, al que atrapé al vuelo y siguió bebiendo aquella leche extraña. Luca se encargó de bajarle.

Por la tarde nos sentamos en las gradas del anfiteatro, ante la insistencia del italiano. Según él, el espectáculo estaba apunto de empezar. Los gritos daban fe de que así era. Por una de las puertas de la arena, entró don Emiliano, vociferando que aquella pagana bestialidad de piedra daba sombra a su preciosísima iglesia. De otra puerta, con aires de indiferencia, salió Giulia; con un gladio en cada una de las manos. Las puertas se cerraron solas, para sorpresa de todos y la italiana arrojó un arma a los pies del cura. Don Emiliano estaba tan fuera de sí que aceptó la sangrienta proposición de la extranjera. Todos mirábamos atónitos, salvo mis niños. El pequeño dormía plácidamente en los brazos de Luca. El mayor miraba a los gladiadores con altivez, casi con indiferencia; con un poder en los ojos que me asustó. Fue a él, justo a él, a un niño que apenas acababa de aprender a hablar, a quién dirigieron sus palabras.

—*Ave, Caesar, morituri te salutant.*

Giulia no tardó mucho en derribar a don Emiliano. Tampoco tardó mucho mi hijo en mirarla con decisión e indicar con el pulgar la muerte del cura, que la italiana ejecutó sin piedad. Tampoco tardó mucho en llevársela detenida la Guardia Civil. Y mientras, a la vez que los funcionarios sacaban el cadáver y a su asesina, una sombra cobró forma. Desde el fondo del Coliseo, una loba avanzó con una corona de laurel en la boca que depositó en el centro de la arena, con los ojos clavados en mi hijo.

Confesiones de una reina



Rebeca Martín Gil

Si tuviera el valor de abrir los ojos... Si pudiera mirar las caras de este pueblo que un día me coronó reina y que ahora me degüella...

Fui una damisela joven y fresca, fui la hermosa morena, tez oliva, ojos negros que, con su agudo ingenio, supo seducir y atrapar al rey en sus redes. Mi exotismo despertaba a la vez atracción y desconfianza. Fue el trampolín que me lanzó a Enrique y fue el tobogán por el que, lentamente, caigo al reino de los muertos. Ana, la francesa; Ana, la morena; Ana, la bruja; Ana, la de los seis dedos; Ana, la de los tres pechos... ¿me acompañarán a la tumba todos estos comadremos?

Nieta de aquel hombre que en su día mandó sobre la ciudad en la que hoy dejo la vida. Hija de aquel señor que, con talento e inteligencia, llegó a caballero. Y todo esto que hasta ahora me parecía poca cosa, todo esto, lo voy perdiendo. Pierdo mis raíces y mis más verdes hojas.

Heredé la astucia de mi abuelo, la capacidad para los idiomas de mi padre... y consideraré a Francia mi tierra, dándome ella el título de hija predilecta. La única tierra que puedo vislumbrar ahora es la del infierno; puedo notar su calor recorriendo lentamente mi escu-ridizo cuerpo.

Si pudiera acariciarme por última vez, antes de que me corten el cuello... Si pudiera pasar el dorso de mi mano por mi esbelto cuello, si pudiera recorrer todos esos huesos que me hacían destacar en los bailes...

Si me hubiera casado con Percy... si hubiera vivido en el anonimato... ¿estaría ahora con esta gente a mi alrededor intentando ver rodar mi cuello? Lo amé. Sí, a él sí. Fue mutuo. Aún tiemblo al recordar sus besos. Aún me maldigo por no haberle entregado todo mi cuerpo. Enrique tenía cierto encanto cuando se fijó en mí: era enérgico, vigoroso, atlético... aún no había entrado en la decadencia que ahora le corroe. No fui una Blessie Blount: no, Enrique, fui mucho más lista que tú; no me sedujiste para casarme luego de vulgar manera. Moriré joven, deshonrada, pero he conocido todos los placeres de la vida, aquellos que jamás podrán ver esta gente que chilla, que vocifera, que desea ver cómo mana, a borbotones, la sangre de mi nuca.

Y dices que te embrujé, Enrique. Lo aseguras, firmemente, como si de verdad lo creyeras. ¿Lo crees acaso? Deseaste ver crecer en mi vientre un bebé, saber que te daría el hijo varón con el que estabas obsesionado. Te di una niña, Isabel, ¿te parece poco? Será reina. Volverás a casarte, volverás a tener hijos, pero en el trono de Inglaterra se sentará, y no como consorte, una Bolena.

Hipócrita... que te volverías a casar con Catalina si no fuera pecado, que los textos sagrados prohibían ese matrimonio, que Arturo era su único esposo. Hipócrita... que cuando me observabas, con mirada lasciva, pensabas solo en ese varón. Pero fue niña. Fuerte, viva, inteligente. Heredará todas las virtudes de los

Bolena y de los Tudor. Isabel, que pasará a la historia como una gran reina.

Tuve que ser yo quien te diera la solución: la reforma religiosa que había triunfado en el continente desde Lutero y que más tarde se impondría en Inglaterra, siendo tú el jefe de la Iglesia.

Hipocondríaco como eres, fuiste incapaz de apoyarme cuando contraí la fiebre. Me abandonaste, como habías abandonado anteriormente a Catalina y como abandonarás a todas las mujeres con las que te cases. Egoísta: solo pensarás en ti. Dejarás de lado a Isabel como humillaste en su momento a María, como me has despreciado a mí. Ni siquiera tendrás remordimientos, ¿no era Dios quien te hablaba a través de tu conciencia? Avaricioso, hipócrita, enfermo... ¿seré capaz de encontrar algún calificativo que no te delate?

Si tuviera el valor de espetarte todo esto y más... Si te lo pudiera decir en vez de permitir que me corroa por dentro...

¡Cómo se sintió Catalina, hija de los poderosos Reyes Católicos, Isabel y Fernando, cuando vio que su codiciado puesto se lo robaba una hija del pueblo, una persona de rango infinitamente menor! Pero jamás me lo dijo, se lo calló. Como todos, como tú mismo al principio, se pensaba que era otra Bessie Blount. Pero la rutina palaciega seguía, no rompimos su monótona existencia. Nada se detuvo, parecía ser todo impermeable a los acontecimientos que nos sacudían. Me besabas en público, declarabas a los cuatro vientos tu amor... pero la reina seguía siendo Catalina, la vieja española católica.

El pueblo empezaba a odiarme, me consideraban una chiquilla ambiciosa que sacaba de su sitio a la perfecta esposa, esa mujer que supo ganarse el corazón de los ingleses igual que yo supe ganarme su odio. Ahora pago por ello. Sus gritos ensordecen mis oídos y el último momento parece hacerse eterno. Permanezco boca abajo, con los ojos cerrados, con los puños también cerrados. Empiezo a tener miedo no solo de lo que la otra vida me depare, sino del futuro que pueda tener mi hija Isabel.

Ainsi sera, groigne qui groigne. Mi propio lema me ataca. Ya no soy esa joven invulnerable a quien los murmullos de la gente le traían sin cuidado. Ahora veo en el pueblo, y eso me duele, la voz de Dios. No me puedo fiar de mi propia conciencia; es cambiante como el tiempo. No puedo tampoco aferrarme a los libros; algunos ya me han fallado.

Tiemblo. Una gota de sudor recorre mi cuello y me encojo, discretamente, deseosa de poder secarla. Nadie parece darse cuenta de mi estremecimiento.

Tengo una lengua viperina, siempre la he tenido; he sacado con palabras todo el veneno que hay escondido en mi cuerpo. Sí, es cierto que conocía la antigua profecía. Sabía que quemarían a una reina de Inglaterra. Pero en su momento me dio igual. ¿Qué más daba la muerte, si podía estar unos instantes de mi vida con Enrique? Fui una mujer imprevisible: podía bien estar rabiosa o emocionada. Ni siquiera yo conocía mis propias reacciones, tampoco ahora. Quizás sea cierto que tenga algo de bruja. Me debería haber moderado, debería haber pensado más en mí y, más tarde, en mi hija. Pero jamás me supe contener. El temperamento fogoso que encandilaba a Enrique me hacía ganar enemigos día a día. Sobre todo, entre las mujeres,

entre las cuales no conté ninguna amiga. Mis motes salieron de labios femeninos, estoy segura. «Nan Bullen, la puta del rey». No sé si les molestó más el hecho de representar el amor carnal o el hecho de no ser de sangre azul. En este sentido, el pueblo es mucho más injusto que la aristocracia. ¿O acaso tuvo algún reparo Justiniano al casarse con la prostituta Teodora? Las mujeres fueron mis enemigas desde el principio, las que me han ido arrastrando lentamente a la guillotina. Debería haber conservado alguna amiga, aunque fuera solo por interés.

Se llegó a creer que el pueblo se rebelaría tras mi matrimonio con Enrique. Sobrevivimos a eso. Tampoco se quejará ahora: tendrán en Juana Seymour a una gran reina o, al menos, a la que ellos desean.

La humillación del pueblo fue poca comparada con la que sufrí por parte de mi futuro esposo, Enrique. Cómo lloré, y aún creo hacerlo ahora, cuando ocurrió lo de las camisas de lino. Me sentí tan sola, tan humillada... Lo pagué, aún con más crueldad, con la joven María, que no tuvo culpa de nada. Como no la tendrá tampoco Isabel, a quien seguramente volverá a pisotear. Pero se subirá la corona de Inglaterra a la cabeza y será la mejor reina de la historia. Te superará, Enrique. Una mujer, hija de una hija del pueblo, conseguirá lo que ningún soberano de sangre azul pudo realizar. Esa será mi venganza.

¡Qué celosa estuve de la vieja Catalina! No podía imaginarme lo que más tarde sucedería con Juana.

Con Whitehall sí me sentí poderosa, segura. En esa mansión, no podía entrar la reina; solo yo, la amante de Enrique. La reina empezó a ponerse enferma justo cuando nosotros frecuentábamos Whitehall. Deseé que no saliera adelante, que se muriera, que nos diera toda

la libertad que pedíamos a gritos y no nos era concedida.

París estaba a nuestro favor, junto a Oxford y Cambridge. Pero en España nos dieron la espalda; de ahí procedía Catalina. Italia estaba dividida. No tuvimos la capacidad de persuasión suficiente para poder conseguir el consenso de las universidades europeas, así que seguíamos igual. Catalina, de reina; yo, de amante. El Papa estaba presionado por el todopoderoso Carlos V, quien intentaba luchar por los intereses de su familia.

Tuviste, finalmente, la agudeza de sugerir que quizás Inglaterra se volcara en el luteranismo si su rey no se podía casar conmigo. El Parlamento tampoco estuvo de acuerdo con esta medida; si bien Cromwell la veía idónea, Moro desconfiaba. Catalina empezó a temblar; yo sonreía. Como se dijo entonces, era más luterana que el mismo Lutero. Fui yo quien introdujo en la Corte las ideas reformistas desde el continente. Una mujer, hija del pueblo. Llegué, en este aspecto, mucho más lejos que cualquier aristócrata que pudiera hablar en el Parlamento.

Si pudiera saber desde dónde me miras... desde las ventanas, seguro, como observabas todos los torneos, como contemplabas los que se celebraron cuando me coronaron reina. Si pudiera...

No despediste a Catalina; tampoco, a mí. Pero nuestros destinos son diferentes: a ella le esperaba el apoyo por parte de muchos nobles, aunque también la humillación de no ser considerada reina. A mí, me depara un futuro menos prometedor: la muerte. ¿De veras crees que te engañé con ese músico? ¡Yo, que lo

di todo por mantenerme a tu lado! ¡Yo, que sacrificué mi imagen pública por darte un hijo!

Fui coronada el uno de junio, cuando el calor llegaba a esta fría isla. Aún se me escapa alguna lágrima al recordar la ceremonia. Para empezar, fui a buscar, desde Greenwich, agua a la Torre de Londres, según manda la tradición. Iba escoltada por cincuenta, ¡cincuenta!, barcas, como en un cuento de hadas. Sentí que el mundo giraba a mi alrededor, que cualquier movimiento mío, por minúsculo que fuera, podría hacer cambiar muchas cosas. Me limité a disfrutar del momento.

Días más tarde, fui llevada con toda la pompa a Westminster. La multitud me miraba como se mira a lo desconocido, como se teme a lo ajeno. Muchos me sacaron la lengua, burlones. Apenas oí gritos de «¡Dios os salve!», aquellos que acompañaron a mi predecesora cuando llegó a esta tierra. Me sentí sola, traicionada; los momentos de dicha absoluta sentidos anteriormente se evaporaron imperceptiblemente. El deseo, la obsesión de ser mejor que ella, se habían vuelto en mi contra hasta tal punto que ni yo misma me creí capaz de poder ser comparada con Catalina. Me sentí infinitamente más pequeña que ella. Pero decidí no hundirme, continuar luchando, aunque no estuviera realmente convencida de que valiera la pena.

Este pueblo, y tú también, Enrique, veía en mí un único elemento positivo: la esperanza de dar un heredero varón, de sangre real —la tuya—, que ofreciera un nuevo mundo dorado para los ingleses. Dije amén

a un coro de niños que cantaban poemas. Asentí. Estaba convencida de que yo era la elegida para darte un hijo, Enrique.

Al poco de la celebración de la ceremonia, nuevas sospechas empezaron a acechar: si ya habías abandonado a tu esposa por una cortesana, ¿qué te impedía volver a hacerlo? Las había hermosas, las había seductoras, las había inteligentes... Me iba sintiendo más y más pequeña entre tanta dama, y tú parecías no darte cuenta. Es más, me seguías piropeando en público y proclamabas tu amor por mí a los cuatro vientos. Pero eso no me protegía de mis pensamientos, de mis temores. Jamás supe controlar mis ataques de celos; eso te exasperaba. De manera que, lentamente, el muro que habíamos ido construyendo los dos, hombro con hombro, parecía mostrar algunas grietas. Tú seguías convencido de que estas peleas estimulaban la pasión. Tenías razón.

Di a luz: no era el esperado príncipe que llegaría a ser coronado rey de Inglaterra. Fue una niña. Decidimos llamarla Isabel, por tu madre. A pesar de la importancia que sentí al verme incapaz de tener un niño, se llamara Enrique o Eduardo, todo parecía indicar que Isabel llegaría a ser reina; se la consideró heredera, declarando a María ilegítima. —Otra victoria sobre Catalina—. Volvimos a emprender nuestra relación. Todo parecía volver a su sitio.

Pero yo no supe cumplir. Me pedías una única cosa, un hijo varón. No te lo supe dar. Del primer embarazo, nació Isabel; del segundo, aborté; del tercero, murió un varón de tres meses... Entre preñez y preñez, tú ya te habías olvidado de mí. Correteabas como un

cervatillo alrededor de Juana Seymour, y a mí solo me tenías en cuenta como la madre de tu hijo.

Murió Catalina; me sentía vacía, ya no tenía nadie con quien competir. Juana era, desde luego, mucho más hermosa que yo y, sin duda, de carácter más apacible. Ella tenía todas las de ganar. Yo había sido incapaz de darte un solo hijo varón ni de mantener un círculo de amistades que me protegieran en los malos momentos.

Lentamente, iba decayendo.

Ahora estoy de nuevo en la Torre de Londres, esperando que el verdugo me corte el cuello, tratando de hacer balance de mi corta vida. Si pudiera decirte cuánto lo siento... Volvería a tener veinticinco años, volvería a seducirte —de amarte no me arrepiento—... Pero haría las cosas de otra manera. Si pudiera...

Los relatos vistos por sus autores



Leyenda

Raúl Gómez Lozano

Ocurre en ocasiones que la Historia ensalza los acontecimientos que la conforman a la altura de mito; grandes nombres son bordados con hilos de oro en la Eternidad. Sin embargo, no es costumbre que haya lugar para los muertos en las narraciones de conquistas épicas; nadie recuerda quién se quedó atrás en la ascensión de los emperadores; los soldados, que con su sangre protegieron a su generales, jamás son nombrados.

Este relato intenta darle un poco de luz a aquellos secundarios de la Historia que permanecen en la sombra; intenta dar voz a los silenciosos. Situado en uno de los grandes momentos de nuestro país, el inicio de la Reconquista a manos de Pelayo, el protagonista de este escrito nos dará su propia versión de los hechos; una versión cargada de miedo, de terror ante la ira de Dios, de nostalgia por el amor dejado... Las palabras que leeréis tienen una misión: demostrar que toda historia tiene algo de *Leyenda*.

Las voces mudas

Ricardo Giraldez

Mil vidas parecieran poder caber en una sola. Es lo que nos ocurre pensar luego de trabar conocimiento con ciertos personajes históricos de corte aventurero y sufrir el irresistible contagio del ímpetu frenético que ellos han sabido imprimir a sus febriles existencias. César Borgia es uno de esos ejemplos de vida múltiple y de inagotable aliento. Bajo el signo de la cruz o de la espada lo encontraremos siempre nuevo y distinto sin dejar de ser el de siempre y sin faltar nunca a su natural osado e inquieto. El escenario en el que se movió este extraordinario personaje, cuyo impulso no fue sino el de su enorme ambición, no parece tan vasto desde una óptica moderna. Sin embargo, al recorrerlo a su lado notaremos cómo la geografía se expande, los horizontes se atirantan y los límites ciertos se esfuman, a tal extremo de que lo anecdótico se pierde en los vaporosos terrenos de la leyenda. No es casual, por tanto, que muchos escritores se hayan sentido seducidos e inspirados por el héroe en cuestión y que tanta tinta se haya vertido en torno a su figura. Quizás no todos lo hayan plasmado con pareja suerte (esto seguramente) ni con igual comprensión del hombre a tratar. Todo lo cual no daña al personaje; más bien por el contrario. Que numerosos y variados César Borgia existan hoy en la ficción (y que otros muchos permanezcan aguardando todavía cobrar forma en las sombras) es también un modo de hacer justicia a aquel que, sin dejar de ser uno, tantos supo ser en una sola existencia.

Valencia-Sarajevo

Pedro Gascón

«Valencia-Sarajevo» es un viaje a las dos caras de la historia: la de los grandes personajes y la de las personas comunes, en un mismo día, el 28 de junio de 1914. Una fecha que resultará fatal para la historia; un viaje en el que un protagonista inesperado reivindicará su derecho a tener la suya propia, después de descubrir lo cerca que muchas veces está Valencia de Sarajevo.

Pampagonía

Rodrigo Torres Quezada

La historia se desarrolla en un pueblo ficticio llamado Pampagonía, ubicado en el desierto chileno, específicamente en la pampa salitrera.

Es el año 1905, después de la guerra civil de 1891 y un poco antes de la matanza obrera en la escuela Santa María. Las salitreras están en pleno auge, atrayendo a personajes de todo tipo a sus oficinas. Así, llega hasta la oficina Realidad un actor cómico en busca de un amigo.

En su estadía en Pampagonía, el actor se enamorará de una mujer de la clase alta del país y construirá un pequeño teatro. Además, conocerá a diversos personajes históricos tales como los escritores Valdés Cange y Baldomero Lillo.

En esta obra se muestran las diferencias sociales, el esfuerzo y los sueños de las personas que vivían en las salitreras chilenas todo unido a una historia entretenida.

El guardián de Al-Huasta

Antonio Jesús Ruiz Munuera

Este relato, tan real como imaginario, se apoya en la historia en sentido genérico, y en la fabulación en cuanto a lo específico. Geográficamente, el cuento se localiza en la actual ciudad de Alguazas, en Murcia. El escenario, la conocida como Torre Vieja, antiguo castillo defensivo en la ribera del río Segura, hoy reconvertido en museo y sala de exposiciones. Respecto a sus referencias históricas, están basadas en las frecuentes guerras en la frontera nazarí que separaba las tierras de Granada de las murcianas. Así, tiene de cierta la conquista de parte de Murcia por el sultán de Granada Muhammad IX, más conocido por Al-Aysar («el zurdo»). Menos determinante en el devenir de la historia habría de ser el protagonismo de la Torre Vieja, así como son ficticios los hechos relatados en este cuento, y personificados en el pequeño granuja que narra la leyenda en primera persona. No obstante lo dicho, el relato se inspira en la vida del último reducto morisco de la península Ibérica, que sobrevivió casi cien años más en el valle de Ricote, una vez expulsados de España por los Reyes Católicos.

La joven de la Alhambra

José F. Cuenca

La joven de la Alhambra narra la mágica experiencia de un visitante al famoso monumento nazarí. Todo comienza con nuestro protagonista siendo uno más de los miles de visitantes que cada año se emocionan

contemplando el palacio y los jardines creados por los musulmanes en la Granada de finales del medievo.

La gran protagonista del relato es la misma Alhambra. Se describen sus patios, jardines, salas, arcos, columnas, fuentes...

Cuando parece que la narración se agota en sí misma, aparecen dos nuevos protagonistas, dos mujeres que pasean en desenfadada conversación por los patios del monumento cuando primero el rojo, y luego el negro, han sustituido al azul del cielo, cuando el silencio ha relevado al bullicio característico del palacio. La magia inunda el cuento, el hechizo se abre paso entre el sonido de los surtidores y la fragancia de las plantas.

La relación que se establece entre el turista y la más joven de las mujeres, no dejará de sorprender al lector.

No quiero dejar de hacer una referencia al romántico y bellissimo bosque que separa y une la Alhambra con la ciudad. Allí, descansando en uno de sus numerosos bancos de piedra gris, alejado de la aglomeración palatina, pensé que sería maravilloso disfrutar de la soledad y de la Alhambra simultáneamente. Y que si eso no fuera posible en la realidad, quizá podría conseguirlo en un imaginario relato. Y así ha sido.

Breve esbozo biográfico sobre Nogales Escolha

Ignacio Sánchez-Oro Castellano

La idea primigenia de la que surgió el relato fue explicar la historia de la degradación de un edificio histórico, en este caso como el que aparece al final del relato, basado en una visita realizada a una ermita en la sierra de Huelva.

Del interés por incorporar el terremoto de Lisboa y el periodo ilustrado que siguió después surgió la idea del protagonista: tal vez, al tratar de combinar dos elementos tan antagónicos como son la razón ilustrada y la fe religiosa, representados por el padre y por la madre respectivamente, fue lo que llevó a la consecuencia de concebir el carácter contradictorio y desequilibrado del protagonista.

La ficción del relato reside en el propio Ildelfonso, en su familia y su vida, y también en la montaña final que alcanza a subir. Sin embargo, los hechos históricos son ciertos, como también lo son los puntos geográficos del relato, incluido la brecha en la catedral de Coria que puede contemplarse en la actualidad.

Un cuento, dos relatos (II). La niña de la parra

Xiomary Urbáez

«La niña de la parra» sitúa al lector en una ciudad de techos rojos, enclavada en las faldas de una gran montaña. El relato recrea la elegancia bucólica de una época. Sin dudas, tiempos difíciles para la pequeña Ana Teresa, ávida lectora, que más tarde dejaría huella imborrable en la literatura mundial. La niña, aquejada de fiebres, es enviada por el doctor de la familia a recuperarse en la hacienda familiar. En un paseo por los cañaverales con su fiel perro Chocolate, tiene un encuentro con un diminuto duende. El personaje la eleva en un viaje maravilloso alrededor del mundo: las pirámides, la torre Eiffel, la estatua de la Libertad, la gran muralla china y otros, para enseñarle que sí se puede cambiar el paradigma imperante,

utilizando la poderosa arma de la palabra para vencer los prejuicios.

En el transcurso de un año

J. Miguel G. Martín

Resulta sorprendente saber que en el transcurso, nada más, de un año, y de la mano de unos tipos poco menos que marginados de la sociedad, el nazismo llegó a hacer su aparición e implantarse en la sociedad. Fueron unos días en que, podría decirse, el futuro anduvo sobre un hilo, balanceándose en un fino cable en que cualquier movimiento en falso hubiera acabado irremisiblemente con aquella fantochada hundida en el fango y en el olvido. Estremece pensar que sólo con que no hubieran conseguido reunir los pocos marcos necesarios para poner un anuncio en el periódico anunciando su mitin —y a punto estuvieron de no juntar la cantidad—, el nacionalsocialismo nunca hubiera surgido, nunca se hubieran dejado caer por allí unos cuantos curiosos, nunca hubiera estado entre los presentes un cabo austriaco empleado —entre los de más bajo nivel— en el Servicio de Inteligencia... Cabo que, en un determinado momento, durante el turno de réplicas, no puede aguantarse más, se levanta, interrumpe al que está hablando y toma la palabra...

Mal de amores

Esther Domínguez

«Mal de amores» es ficción, pero seguramente hay miles de milagros parecidos en la milenaria historia del

Camino de Santiago. No todos los prodigios quedan registrados en los anales para la posteridad. Muchos, los más pequeños —pero no por eso menos importantes— pertenecen a la historia privada de las personas y éste, podría haber sido uno de ellos. No importa que Alonso y Aidan no hayan recorrido jamás los pueblecitos y las ciudades que jalonan el Camino, comido en sus posadas o conocido a peregrinos reales. Siempre habrá alguien que se identifique con ese pequeño milagro que hace las cosas un poco más fáciles, la vida algo más feliz y, sobre todo, que mantiene viva la esperanza en el futuro. Siempre habrá alguien —se llame como se llame— que haya encontrado una cura para su mal de amores.

El César de Castilla

Arkaitz Lemur

¿Qué ocurre si eliminas las fronteras espacio-temporales, convirtiendo la diacronía de la historia en algo fijo, inmóvil, en un punto sincrónico inubicable en el universo? Que confirmas que no hay culturas mejores que otras: quien lo aprende pronto es quien progresa.

Confesiones de una reina

Rebeca Martín Gil

Este relato, escrito en primera persona, nos ofrece lo que pudo pensar Ana Bolena, segunda esposa del monarca inglés Enrique VIII, minutos antes de ser ejecutada en la Torre de Londres. Repasa su historia personal, antes de convertirse en leyenda, rodeada

siempre de cotilleos y envidias, y se compara con otras esposas del rey. Vemos reproches al monarca y cómo se imagina el futuro de su hija, Isabel.

Presentación de los autores



Raúl Gómez Lozano

Leyenda

Nacido en un pueblo de Barcelona en 1979, y criado en otros tres pueblos más, este empleado de banca de profesión encierra en su interior a un amante de las letras. Realizó sus primeros pasos como escultor de la palabra a través del fanzine de tirada local *No-solofriki*, cuando aún era un adolescente. Con el cierre de la publicación, su producción se mantuvo estanca hasta bien entrada su edad adulta, momento en el que osó participar en ciertos certámenes literarios. Algunos de ellos no salieron nada mal: ganador mensual en el II Certamen de relato corto *Esta noche te cuento*; ganador en los concursos XV Calabazas en el Trastero y I Calabacines en el Ático, organizado por La Biblioteca Fosca; finalista en el I Concurso *Cuéntanos tu historia de amor*, organizado por Generación Fénix; finalista en el V Certamen de relatos de cine *Arvikis-Dragonfly*, organizado por Ediciones Cardeñoso; y varios relatos fueron publicados en algunas antologías: Calabazas en el trastero: «Fútbol»; Calabacines en el Ático: «Grand Guignol»; «Esta noche te sueño»;

«Revelando»; «Antología Albert Jovell»... Ante tales halagos, continúa probando suerte, esperando que la literatura, como el amor, siga siendo ciega.

Ricardo Giraldez

Las voces mudas

Ricardo Giraldez nació en 1970 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Fue Mención de honor en el Concurso Internacional de Ensayo celebrado en la ciudad de Rosario por «El hombre moderno» (2004). Premio finalista en el I Premio *Palabra sobre Palabra* de Relato Breve 2013, por «Un cuento de hadas». Seleccionado para Calabazas en el Trastero: Especial Mitos de Cthulhu por «La transfiguración» (2013). Seleccionado para las Antologías de Editorial Red Literaria por «Los faros del fin del mundo» (2013). Finalista en el III Concurso de relatos Punto de Libro 2013. Mención de honor en el XL Concurso Literario *Cultura en Palabras* 2014 por «La isla de las Tortugas». Seleccionado para la Antología de Microrrelatos *Otoño e invierno* por «Afinidades» (2014). Seleccionado para el Concurso *Pensamientos para la Eternidad* por «Aqua Vitae» (2014). Seleccionado para el I Concurso Relato Corto de Terror, por «Descensus ad Inferos» (2014). Publicación del relato «Serafina» en el número 256 de la *Revista Axxón* (2014). Seleccionado para el I Concurso Historias Breves *La Mar y sus Gentes*, por «Una ilusión del mar» (2014). Mención de honor en el XLII Concurso Internacional de Poesía y Narrativa *Unidos por la palabra* 2014. Seleccionado para el I Certamen Internacional de Relato Erótico *Venus de Noche* por «La amante de los espíritus» (2014).

Seleccionado para el Concurso Literario 2014: *Libro de Selección de Cuentos infantiles y para Adolescentes*, por «La Ciudad de los Sueños» (2014). Seleccionado para la II Convocatoria Internacional de Cuento Corto Libróptica por «La voz» (2014). Publicación del relato «El Orador» en el número 91-92 de la *Revista Literaria Baquiana* (2014). Entre sus libros publicados figuran *El Inadaptado* (2007) y *Cuentos Modernos* (2012).

Pedro Gascón

Valencia-Sarajevo

Pedro Gascón (Quart de Poblet, 1965) se define como historiador de base. Interesado por la historia de las personas, reivindica especialmente la de los que como escribió Brecht, arrastraron los bloques de piedras para construir Tebas, aunque en los libros sólo consten los nombres de los reyes.

Licenciado en Historia por la Universidad de Valencia ha publicado varios estudios de ámbito local y colaborado en diferentes medios. Su apuesta por la microhistoria es consciente e intencionada: el conocimiento que pretende es el de la cara tradicionalmente oculta. Ejerce la función social de la historia manteniendo varios blogs y páginas en las redes sociales, y promoviendo iniciativas históricas ciudadanas.

Rodrigo Torres Quezada

Pampagonía

Rodrigo Torres Quezada es licenciado en Historia por la Universidad de Chile. Ha participado en diversos

certámenes literarios obteniendo algunos premios como estos: primer premio en el concurso de cuentos *Cuéntate algo, V versión*, organizado por Biblioteca Viva, año 2011. Primer premio en el concurso *Saruman de ensayos 2011* en torno a la obra de J.R.R. Tolkien organizado por la Sociedad Tolkien de Chile. Fue primer premio en el concurso poético *Día de la madre*, organizado por Poetas del Mundo de Punta Arenas (2012) y primero en el Concurso de Microrrelato Siniestro para ser becario en el taller literario *Mente Siniestra* (2012).

Primer lugar en el I Certamen Digital de Narrativa y Poesía Dopamina, con la novela *Proactivo: buscamos sólo a los mejores* (2012) y ganador del concurso casting literario de novela *Sé un Best Seller Digital*, con la novela *Encanto de Duermebella* (2010).

Antonio Jesús Ruiz Munuera

El guardián de Al-Huasta

El autor es profesor de educación secundaria en la provincia de Murcia. Escritor aficionado, ha sido ganador o finalista en diversos certámenes literarios, especialmente en la modalidad de relato, entre otros: Premio Literario *X Gala del Deporte* (Instituto Municipal de Juventud y Deportes de Lorca); primer premio en el I Concurso de Relato Histórico Romano García (Lorquí, 2009); primer premio en el III Concurso de Relato Corto *Mujer* (Ayuntamiento de Lorca, 2014). Fue segundo premio en el VI Concurso de Cuentos Interculturales organizado por la Diputación de Almería en 2012 y finalista en el VII Concurso *ARS CREATIO Una imagen en mil palabras* (Torre Vieja, 2012), así como en los IV y V certámenes literarios *Hipatia de*

Alejandro (Lérida, 2012 y 2013). Finalista en el I Certamen Nacional de Microrrelatos Ciudad de La Coruña (2013); en el VI Certamen Internacional de Literatura de Montaña *Cuentamontes* (Elda-Petrer, 2013) y en el Concurso de Artes Rendibú (Murcia, 2014).

Recientemente ha sido finalista de la XVI Edición del Premio Desnivel de Novela de Montaña, Viajes y Aventuras 2014, con la novela *f/64, La luz de las rocas*, que será publicada en 2015.

José F. Cuenca

La joven de la Alhambra

José F. Cuenca nació en Adra (Almería) en 1959. Desde 1989 ha trabajado como profesor de física y química en diferentes institutos de Andalucía. Actualmente distribuye su tiempo entre su trabajo, su familia y su gran afición: escribir.

Ha escrito tres novelas históricas que se desarrollan en diferentes momentos históricos: la prehistoria hispana en *La pintora de El Lugar*; la invasión musulmana de la Hispania visigoda en *El amigo de Tariq*; y la España de los Reyes Católicos en *Se llamaba Sara*.

En estas novelas, simultanea la divulgación histórica con la descripción de sentimientos y situaciones frecuentes en la vida de los humanos. La muerte, el amor, el miedo; batallas, derrotas, traiciones, expulsiones, trufan la vida de personajes reales o imaginarios.

Su primera novela, *Historia de O-16*, es del género de la ciencia ficción. En este relato, protagonizado por un átomo del isótopo más vulgar del oxígeno, la divulgación científica es el hilo conductor que une diversas historias en las que se describen situaciones

pasadas y uno de los infinitos futuros posibles. Su última novela, *Aniceto Peláez y El Hombre del Traje Gris*, pertenece al género policiaco. En ella se describen, con un lenguaje divertido, las peripecias de un joven detective granadino que investiga una serie de asesinatos producidos en su ciudad.

En todas sus obras, el lenguaje usado por el autor es sencillo e imaginativo, pero claro y preciso, quizá influenciado por su formación académica. Además ha escrito numerosos relatos cortos de diversos temas: terror, divulgación científica, costumbrismo, infantiles, imaginarios o misterio.

Ignacio Sánchez-Oro Castellano

Breve esbozo biográfico sobre Nogales Escolha

El autor nació en Béjar, Salamanca, en el año 1988, aunque residió en Cáceres hasta los dieciocho años. Ha estudiado la carrera de Psicología y en la actualidad está cursando un máster en Estudios Avanzados en Cerebro y Conducta. Le interesa la escritura creativa y ha resultado finalista en varios concursos de literatura.

Xiomary Urbáez

Un cuento, dos relatos (II). La niña de la parra

Xiomary Urbáez es una escritora venezolana. Se graduó en Bachelor of Arts, mención Audiovisual, en St. Petersburg Junior College (1983), Florida, USA. Es licenciada en Comunicación Social, mención Desarrollo Comunal, de la Universidad Católica Cecilio Acosta

(1998), estado Zulia, Venezuela. Tiene un Diplomado en Comunicación, Medios y Política (2010-2011) de la Universidad Católica Andrés Bello-Centro Gumilla.

Ha experimentado con todas las facetas del periodismo en su país, destacándose en el área de la producción audiovisual. En medios impresos ha sido redactora en periódicos y revistas. Como periodista institucional, ha ejercido como directora y gerente de Relaciones Públicas y Comunicación en el sector público y privado. Ha sido asesora *freelance* y ha desarrollado campañas políticas y de marketing en el sector privado. Como docente, actualmente dicta las cátedras de Idiomas II y Gerencia de la Comunicación en la Universidad Fermín Toro, en Barquisimeto, estado Lara. Su primera novela, *Catalina de Miranda*, fue finalista del Premio Iberoamericano de Narrativa Planeta-Casa de América 2012. *Catalina de Miranda* va por su tercera edición en las librerías venezolanas. En el 2013, Planeta Venezolana, publicó su primer libro infantil titulado *El Viaje de Emma*, obra perteneciente a su recién inaugurado catálogo Planeta Lector, ala educativa de la editorial.

J. Miguel G. Martín

En el transcurso de un año

Aficionado a la literatura desde niño, devorador de libros, soñador de historias, sólo ahora se ha decidido a sentarse ante el ordenador y hacer caso a ese cursor que llevaba muchos años parpadeando. «En el transcurso de un año» es su primera historia de cierta extensión, pero antes se ha venido fogueando con relatos hiperbreves, cuentos más pequeños y también

con reseñas y artículos de tema literario. Admirador de todo tipo de literatura, tanto de la policiaca como la de ciencia-ficción, tanto la planteada como un juego como la que aspira a portar un mensaje, con la única excepción de aquella que únicamente busca situarse en el mercado y ganar dinero. Cada día aspira a aprender un poco más sobre este complejo arte y cada día se pregunta si en realidad no hizo mal y se metió en un buen jaleo al hacer caso de la llamada insistente de ese cursor...

Esther Domínguez

Mal de amores

Esther Domínguez es una profesora de inglés que, además, escribe. Nació en Santiago de Compostela — más de veinte siglos de historia— y vive en Pontevedra, una ciudad a orillas del Atlántico, también antigua, llena de placitas y rincones agradables donde perderse. Ha publicado varios relatos breves: «El maldito tirón», finalista en el Premio Relatos Breves de Mujer del Ayuntamiento de Valladolid; «La virtud de la puntualidad» y «La profesional», finalista en el Certamen de Narrativa Breve Villa de Torrecampo, Córdoba. Leer, viajar, tomarse un café con amigas y sus plantas ocupan el resto de su tiempo libre.

Arkaitz Lemur

El César de Castilla

Decía Gabriel Celaya que la poesía es un arma cargada de futuro. Sabiendo de qué color es el cielo

hoy; que no es muy distinto del de épocas pasadas, aunque los antiguos lo llamaran con otro nombre; no nos queda más remedio que utilizar la voz, la poesía, la palabra, para independizarnos. Es decir, para recuperar la cultura que es indudablemente el medio más rápido (si no el único) de alcanzar la libertad. No dejemos que nos digan que el cielo es azul; porque aunque lo sea, nos estarán engañando.

Rebeca Martín Gil

Confesiones de una reina

Nacida en Barcelona en 1983, es Licenciada en Periodismo y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la UCM. Asimismo, es profesora de Español para Extranjeros y ha impartido talleres literarios.

Obtuvo el segundo premio del Certamen de Poesía Ciudad de Priego (Cuenca) en 2001 por el poema «Ha caído la noche». Fue seleccionada ese mismo año en el certamen *Poemes per a un món millor*, convocado por UNICEF. Participó en el ciclo de lecturas de *Poesía ultimísima*, organizado por el Colegio Mayor Nuestra Señora de África (Madrid), junto a Edith Checa, en octubre de 2002. Obtuvo el premio Qwerty de microrelato (2008). Fue seleccionada en la sección *Jóvenes inéditos* del blog de relatos *El síndrome Chejov* (2008).

Ha colaborado, con textos de creación y de crítica, en medios de prensa digital, como los españoles *Deriva*, *Obituario* y *Groenlandia*, y los peruanos *Remolin* y *Luz de limbo*.

Nota final



Las ilustraciones que aparecen en este libro se han elaborado a partir de imágenes de dominio público o han sido creadas ex profeso para cada relato.

Siempre que ha sido posible, se han usado fragmentos o imágenes completas de obras que forman parte del Patrimonio Cultural, como fotografías, pinturas, libros, etc., siendo los personajes o los acontecimientos narrados, determinantes en la elección de cada una de ellas.

En la siguiente relación se indican las obras usadas para las ilustraciones y en sus títulos se han incluido los enlaces originales que le permitirán visualizar en la web la imagen original.

Leyenda

Composición propia. Tanto la indumentaria como las armas que porta el guerrero se inspiran en objetos recuperados en diversas excavaciones arqueológicas y que han sido datados aproximadamente en el siglo VIII, si bien algunos de ellos abarcan un periodo más amplio.

Las voces mudas

Retrato de gentilhomme (César Borgia).

Óleo sobre lienzo de Altobello Melone pintado aproximadamente entre 1500 y 1524. Accademia Carrara, Bérgamo, Italia.

Valencia-Sarajevo

Composición propia. Se toma como imagen una pistola de fabricación belga FN M 1910, modelo usado en el asesinato de Gavrilo Princip. Los tipos Regina y Bristol que también se mencionan en el relato, eran de fabricación española y de menor calibre (tipo Ruby) que a su vez derivan de los primeros modelos de pistolas diseñados por John Moses Browning.

Pampagonía

Oficina salitrera San José en La Noria, Chile.

Fotografía de Luis Boudat Ducollier tomada en 1889 sobre la salitrera San José.

El guardián de Al-Huasta

L'Exorcisme: Musiciens arabes chassant les djinns du corps d'un enfant.

Óleo sobre lienzo de André Brouillet (1884). Musée des Beaux-Arts de Reims, Reims, Francia.

La joven de la Alhambra

The Coffee Bearer.

Óleo sobre tabla de John Frederick Lewis (1857). Manchester Art Gallery, Manchester, Reino Unido.

Breve esbozo biográfico sobre Nogales Escolha

Composición propia que toma como base dos imágenes: *Die Offenbarung des Johannes: 4. Die vier apokalyptischen Reiter*, xilografía de Albrecht Dürer (1497-1498). Staatliche Kunsthalle Karlsruhe, Karlsruhe, Alemania. Los fragmentos criptográficos han sido tomados del *Manuscrito Voynich*, un controvertido libro fechado por C14 a inicios del siglo XV y que se encuentra depositado en la Beinecke Rare Book and Manuscript Library de la Universidad Yale, New Haven, Connecticut, Estados Unidos.

Un cuento, dos relatos (II). La niña de la parra.

Fotografía de la escritora venezolana Ana Teresa Parra Sanojo, más conocida como Teresa de la Parra. Aproximadamente 1920. Archivos de la Biblioteca Nacional, Caracas, Venezuela.

En el transcurso de un año

NSDAP - Versammlung im Bürgerbräukeller, München.

Fotografía de Heinrich Hoffmann, de la Asamblea del Partido Nazi en la cervecería Bürgerbräukeller, en Múnich, el año 1923. Das Bundesarchiv, Koblenz, Alemania.

Mal de amores

Tríptico del Juicio de Viena.

Grisalla sobre tabla en la que aparece Santiago el Mayor representado como peregrino. Pertenece al panel izquierdo del *Tríptico del Juicio Final* (cerrado), de Hieronymus Bosch (conocido como El Bosco). En torno a 1482. Akademie der bildenden Künste Wien, Viena, Austria.

El César de Castilla

Lupa Capitolina o Luperca.

Escultura en bronce en la que se representa el mito de Rómulo y Remo amamantados por una loba. De autor desconocido, la loba es probablemente de época medieval y los dos niños fueron añadidos en 1471. Musei Capitolini, Roma.

Confesiones de una reina

Anne de Boleyn à la Tour de Londres, dans les premiers moments de son arrestation.

Pintura al óleo de François Barthélemy Michel Édouard Cibot (1835). Musée Rolin, Francia.

Primera parte:



